

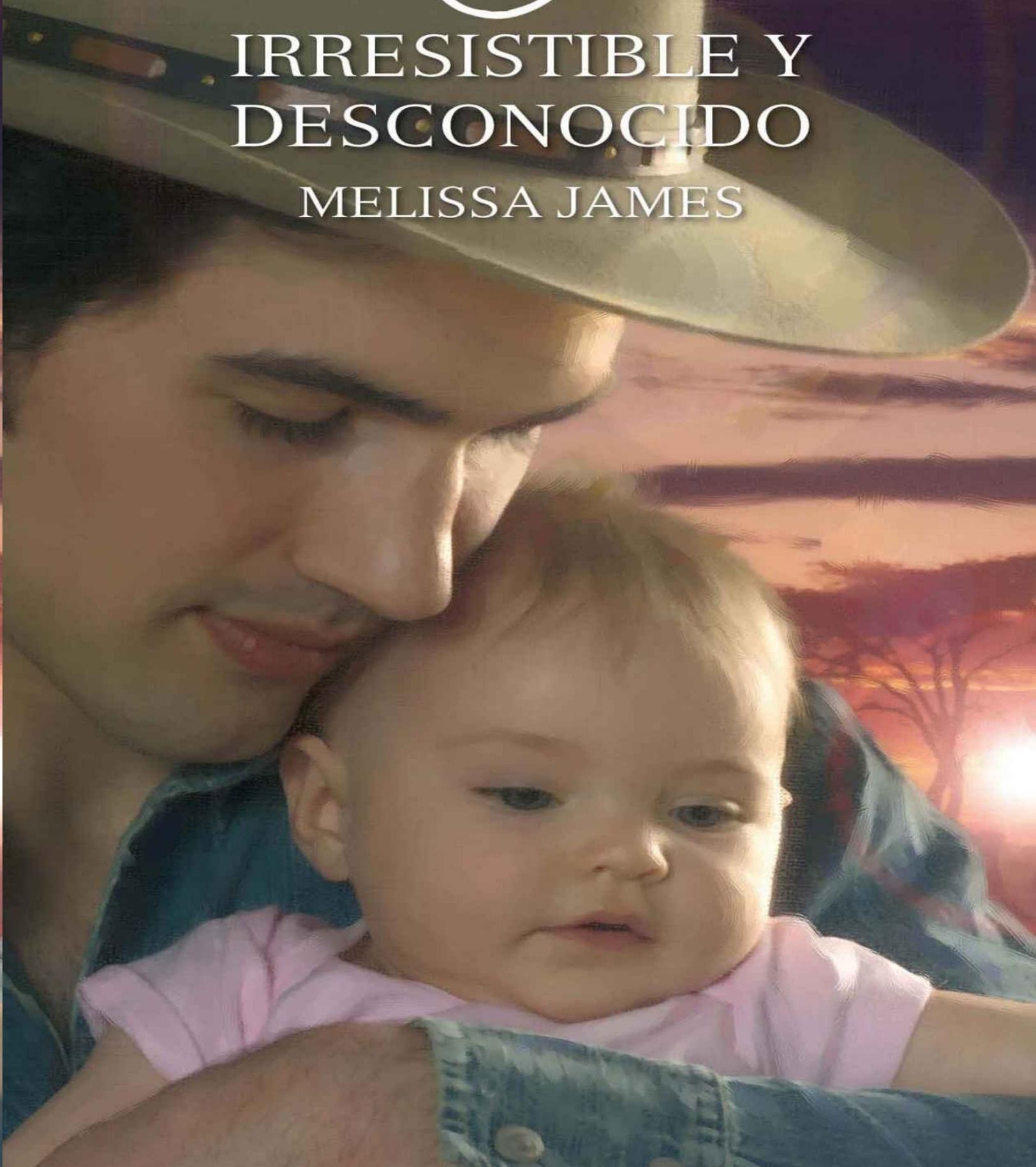


HARLEQUIN™

*Jazmin*™

IRRESISTIBLE Y  
DESCONOCIDO

MELISSA JAMES





# *Jazmin*

IRRESISTIBLE Y  
DESCONOCIDO  
Melissa James



Editado por Harlequin Ibérica.  
Una división de HarperCollins Ibérica, S.A.  
Núñez de Balboa, 56  
28001 Madrid

© 2006 Lisa Chaplin  
© 2018 Harlequin Ibérica, una división de HarperCollins Ibérica, S.A.  
Irresistible y desconocido, n.º 2114 - marzo 2018  
Título original: Outback Baby Miracle  
Publicada originalmente por Mills & Boon®, Ltd., Londres.

Todos los derechos están reservados incluidos los de reproducción, total o parcial.

Esta edición ha sido publicada con autorización de Harlequin Books S.A.

Esta es una obra de ficción. Nombres, caracteres, lugares, y situaciones son producto de la imaginación del autor o son utilizados ficticiamente, y cualquier parecido con personas, vivas o muertas, establecimientos de negocios (comerciales), hechos o situaciones son pura coincidencia.

® Harlequin, Jazmín y logotipo Harlequin son marcas registradas propiedad de Harlequin Enterprises Limited.

® y ™ son marcas registradas por Harlequin Enterprises Limited y sus filiales, utilizadas con licencia.

Las marcas que lleven ® están registradas en la Oficina Española de Patentes y Marcas y en otros países.

Imagen de cubierta utilizada con permiso de Harlequin Enterprises Limited.

Todos los derechos están reservados.

I.S.B.N.:978-84-9170-773-8

Conversión ebook: MT Color & Diseño, S.L.

# Índice

Prólogo

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Epílogo

# Prólogo

*Rancho Wallaby Station, zona rural despoblada de Nueva Gales del Sur, Australia*

Cómo le dice una a un hombre que solamente le ha dedicado frases como «Buenos días, señorita» o «Hace un día precioso, señorita Robbins» que no puede parar de pensar en él?

Sobre todo, cuando no era uno de los hombres que más interés mostraban en ella.

Laila se excusó con educación y se alejó. Llevaba siete años distanciándose de los hombres que mostraban interés en ella porque nunca sabía, y probablemente nunca lo sabría, si aquellos hombres se sentían atraídos por ella o por la fortuna y la influencia de su padre.

Brian Robbins había convertido los mil acres de su abuelo, que había heredado al volver de la Primera Guerra Mundial, en dos imperios de cien mil acres cada uno, con caballos ganadores de carreras, ganadería de primer orden y las mejores ovejas de la zona.

Muchos hombres querían un pedazo del pastel.

Laila, que contaba veinticinco años de edad, no se hacía ilusiones. Los únicos hombres en los que podía confiar eran su padre y sus hermanos, Andrew y Glenn, que casi nunca se habían equivocado a la hora de advertirla.

Pero entonces lo había conocido a él.

El hombre al que no podía dejar de mirar en medio de las quinientas personas que se habían dado cita para celebrar el aniversario de boda de su padre y de Marcie, que hacía quince años que se habían casado.

Estaba en un rincón y tenía un aire realmente misterioso. Laila no sabía si era porque iba vestido con la ropa de faena, a saber, vaqueros desgastados y camisa de algodón, o porque parecía albergar un alma torturada en su interior.

Aquel día parecía estar peor que de costumbre y no podía disimularlo. Laila no sabía cómo lo sabía, probablemente porque se pasaba mucho tiempo observándolo.

La fascinación que había sentido por aquel hombre de espalda ancha, pelo

oscuro y ojos de fuego desde la primera vez que lo había visto, no había hecho sino aumentar cada vez que había vuelto a casa aquel año desde Bathurst, en cuya universidad estudiaba.

Incluso cuando estaba allí, ningún hombre, ni estudiante, compañero de trabajo o cliente del restaurante, podían compararse con él.

Había transcurrido un año desde que lo había conocido y, en total, aquel hombre le había dedicado noventa y siete palabras, sesenta de las cuales habían sido «Buenos días, señorita».

Laila no podía soportarlo más. Era ahora o nunca. Necesitaba saber si aquello era una infatuación por su parte o si podía haber algo real entre ellos.

Jake no la vio acercarse, parecía completamente concentrado en sí mismo. Laila se dijo que no podía irse porque, de alguna manera, sabía que la necesitaba, así que tomó aire, se armó de valor y eligió cuidadosamente las palabras.

—¿Quieres que hablemos? Es una ocasión muy feliz para mi padre y Marcie, pero tú pareces realmente desdichado.

En cuanto hubo dicho aquellas palabras, Laila se sintió fatal. ¿Por qué demonios le pasaba siempre lo mismo? ¿Por qué no era capaz de decir lo que sentía? ¿Por qué había hablado de forma tan abrupta cuando le hubiera gustado hacerlo de otra manera?

De pronto, se dio cuenta de que ni siquiera la había escuchado. Estaba mirando a la nada, apretando con fuerza un vaso de cerveza que amenazaba con romperse de un momento a otro.

—Permíteme un momento —le dijo Laila, quitándole los dedos que se cerraban con fuerza sobre el cristal.

Por fin, Jake se giró hacia ella.

No tenía el ceño fruncido ni la miraba con la educación y la distancia de todos los días. Aquellos ojos dorados estaban cerrados y, aunque la estaba mirando, no la veía. Aquel hombre estaba sufriendo.

—¿Jake? —le dijo Laila, acariciándole la mano.

Jake no se movió, no habló. Era como si no pudiera. Entonces, Laila se dio cuenta de que estaba temblando.

—Ven conmigo, quiero ayudarte —le dijo en voz baja.

A continuación, con mucho cuidado, alargó la mano y le acarició la mejilla. «Por favor, por favor, déjame que te ayude».

Jake le dedicó una mirada perdida, levantó la mano como si no supiera lo que hacía y le tocó la mandíbula, el pómulo y la nariz como si fuera ciego,

como si fuera un ser humano necesitado de cariño. Laila echó la cabeza hacia atrás y disfrutó de aquella necesidad, ante la necesidad desesperada de un hombre que había pasado demasiado tiempo solo, tanto tiempo que había olvidado la fuerza de una simple caricia.

¿Sabría quién era? Laila lo dudaba, pero tampoco importaba. Lo que importaba era que la necesitaba porque en aquellos momentos estaba a su lado y tenía que aprovechar la ocasión.

—Por favor, Laila, sácame de aquí —le dijo con los ojos cerrados.

Laila sintió alegría y dolor a la vez. Sabía quién era y la necesitaba, así que lo tomó de la mano y lo sacó de allí.

# Capítulo 1

*Dos meses después*

Tenía que decírselo.

Laila se quedó mirándolo desde uno de los establos.

Aquel hombre, su hombre...

Necesitaba hablar con él, que le concediera más de los veinte segundos de siempre, pero Jake parecía tan triste como de costumbre. Estaba entrando en una de las cuadras con una taza en una mano y una carta en la otra.

Jake Connors iba por el rancho como si lo persiguiera una horda de demonios. Era un hombre realmente intenso que parecía llevar nubarrones de tormenta encima de él que nunca llegaban a estallar.

Incluso después de aquella noche, después de haber abandonado de repente su cama antes de que amaneciera, dejando claro que quería olvidar lo que había sucedido entre ellos, había algo en él que la atraía poderosamente.

¿Querría hablar con ella en aquella ocasión? ¿Sería capaz de mirarla a los ojos de una vez?

«Me tiemblan las manos», pensó Laila.

Laila sentía emoción, terror y un gran deseo por él, sólo por él. Sin ni siquiera proponérselo, Jake Connors la había convertido en una mujer en la que Laila no se reconocía.

¿Qué había sido de su independencia, de su decisión de hacer de su vida lo que le diera la gana? Laila Robbins siempre había estado convencida de que no necesitaba que ningún hombre la hiciera sentirse completa porque podía hacerlo ella sola.

La benjamina de la familia, había crecido agobiada por dos hermanos mayores y un padre increíblemente protector y sabía lo que era verse atrapada en un mundo de hombres.

Gracias a Dios, su padre había escogido una segunda esposa maravillosa. A los pocos días de casarse, Marcie se había convertido en la madre que Laila apenas recordaba.

Para cuando cumplió dieciocho años, la influencia de la mujer de su padre

la había llevado a tener una vida independiente en Bathurst, donde tenía un trabajo y estudiaba lo que quería... y se había distanciado lo suficiente de su padre y de sus hermanos.

Si no hubiera sido por Marcie, Laila era consciente de que habría tenido a uno de los tres en la puerta de su casa cada fin de semana, vigilando su vida, su trabajo, sus amigos y los hombres que la rondaban para impedir que su niñita saliera mal parada de algo porque no querían que sufriera, que sintiera, que experimentara la vida como otras chicas.

No, ella era la princesa de la familia y no debía salir de la torre de marfil.

Laila adoraba a su madrastra por haberle dado espacio y dignidad. Marcie dejaba que su vida le perteneciera, que hiciera las cosas como quisiera, la había enseñado a ser independiente y a apreciar aquella independencia por encima de todas las cosas, lo que había llevado a Laila a decidir que no quería verse subyugada jamás a la voluntad de un hombre.

Aun así, el día en que Jake Connors había llegado al rancho Wallaby para trabajar con las ovejas de su padre, Laila había sentido que un cambio se estaba operando en ella, pues el interés que aquel hombre seco y profundo había despertado en ella la había llevado a sentir una curiosidad y una fascinación increíbles.

Jake Connors sabía perfectamente quién era ella y no parecía importarle.

Laila no sabía a ciencia cierta cuándo aquella fascinación se había convertido en enamoramiento, pero se encontraba completamente perdida dentro del sentimiento y no podía pararlo, y Jake no tenía ni idea de lo que le estaba sucediendo.

Incluso ahora, un año y dos meses después de haberse conocido, a pesar de estar a cientos de kilómetros de distancia en la universidad, siempre pensaba en él, en sus ojos dorados, en sus manos y en sus labios, que le habían producido un éxtasis incomparable.

Aquel hombre se le había metido hasta las entrañas, se había apoderado de su corazón y Laila no podía hacer nada para impedirlo.

Y la angustia y la necesidad que había demostrado por ella aquella noche habían hecho que la chica se convirtiera en una mujer a un nivel mucho más profundo que el físico.

Haberse acostado con Jake había sido maravilloso. Exquisito, mágico e inolvidable. Laila soñaba con aquella noche y, sobre todo, soñaba con él. Se moría por estar con él, por estar con el verdadero hombre que había dentro de Jake Connors.

Una noche de gloria seguida por varios meses de tristeza. ¿Había merecido la pena? No estaba segura...

¿Era aquello amor? Tampoco lo sabía, pero tenía que averiguarlo porque quería seguir adelante con su vida y, por el bien del bebé que crecía en su interior, necesitaba conocer al padre de su hijo.

Aquella noche, Jake apenas le había dirigido la palabra, pero a Laila tampoco le había importado porque no necesitaba que le hablara. Tenía muy claro que Jake necesitaba ayuda y ella le había proporcionado todo el consuelo que había podido.

Estaba aterrorizada ante lo que sentía por Jake, pero no debía engañarse a sí misma. Lo cierto era que ningún hombre le había dado tanto sin pedir nada a cambio.

Aquella noche, había descubierto la fuerza de aquel hombre silencioso y el magnetismo de todo lo que no contaba.

Era evidente que a Jake no le importaba nada ni el apellido ni la fortuna de su familia y podría haber conseguido mucho porque era obvio que Laila estaba completamente fascinada por él.

Sin embargo, no había querido aprovecharse de ella en ningún momento.

Aquella noche la había necesitado, pero no había querido volver a mirarla desde entonces. Llevaba dos meses sin hablarla, sin ni siquiera pronunciar su nombre.

¿Acaso tenía miedo de que se repitiera la situación? Ojalá fuera así, porque Laila lo necesitaba a su lado con desesperación.

La absolución y la redención no eran tan fáciles de obtener y, aunque hubiera gente que lo consiguiera, John Jacob Sutherland no era de los que las aceptaba con facilidad.

Sin embargo, allí tenía otra oportunidad de perdón y apenas podía leer la carta. Por supuesto, no podía aceptar lo que se le proponía en ella. No después de haber hecho lo que había hecho.

«¿Cómo voy a olvidar que maté a mi esposa?».

Jake se apoyó contra el borde interior de la cuadra y releyó la carta que le había enviado su hermana a través de un abogado de Sydney.

*Querido Jake:*

*Espero que esta carta te llegue. Por favor, llámame o escríbeme para que*

*sepa que estás bien. Llevo cinco años sin saber nada de ti y lo estoy pasando muy mal, sobre todo ahora que papá ha muerto.*

*Burrabilla está vacío sin ti. Aaron piensa lo mismo que yo. Le encanta este rancho, pero siempre ha sido tuyo y no le parece bien que no estés aquí.*

*Mamá ha vuelto a casa hace unos meses con la intención de quedarse. Supongo que no te hará mucha gracia, pero no tiene otro sitio al que ir y Aaron y yo la necesitamos también. No creas que es porque tú no nos has criado bien, en absoluto, pero entiende que es nuestra madre y, por lo visto, resulta que se fue por otras razones aparte de las que papá nos había contado. Me ha dicho que le gustaría verte para aclarar las cosas.*

*Por favor, Jake, vuelve a casa. Estoy segura de que ni Bill ni Adah te culpan por lo que pasó. Darren, tampoco. A Jenny no le hubiera gustado que te hicieras esto. Lo sé porque era mi mejor amiga. A ella le hubiera gustado que fueras feliz. Sé que te sientes responsable por lo que le sucedió, pero, más bien, lo fuimos todos, porque fuimos todos los que la dejamos sola aquel día, ¿no?*

*Por favor, sólo te pido una llamada o una carta. ¿Es tanto pedir de mi hermano? Te queremos. Te echamos de menos. Te echo de menos.*

*Sandy*

Jake cerró los ojos y apretó las dos hojas de papel contra su pecho con tanta fuerza que las partió por la mitad.

A pesar de que estaban en invierno, sentía cómo el sudor le resbalaba por la frente y dejó caer el sombrero al suelo, junto a la carta rota.

Así que su madre había vuelto a casa después de veintiséis años, pidiendo perdón. Sandy y Aaron se lo habían dado. Lo entendía perfectamente porque, al fin y al cabo, su madre les había abandonado cuando ellos solamente tenían siete años, así que era imposible que recordaran lo mal que lo había pasado su padre.

Su padre había quedado tan destrozado que le había llevado un tiempo asimilar que su madre no iba a volver. Tras asumirlo, había contratado a un ama de llaves. Mientras tanto, Jake había tenido que hacerse cargo de sus hermanos e ir al colegio a la vez.

Así que su madre quería arreglar las cosas, ¿eh? A Jake le dieron ganas de estallar en carcajadas histéricas. ¿Cómo demonios se podía arreglar el

pasado? ¿Cómo era posible hacer que las cosas que habías hecho mal se olvidaran? Era posible que su madre tuviera respuestas, y lo cierto era que él necesitaba respuestas.

Al fin y al cabo, su madre no había matado a nadie.

Jake se apoyó contra la pared y se dejó caer hasta quedar sentado en el suelo. Decidió que se iba a quedar allí durante un rato porque era el descanso para tomar el té de la mañana y todo el mundo en el rancho había parado de trabajar.

Aquello le hizo pensar todavía más en Jenny. A ella le encantaba aquel momento de la mañana y durante el año en que aquella amiga de su hermana de la que se había enamorado, a la que había cortejado y con la que se había casado en menos de un mes se había convertido en la reina y señora de su rancho, no se lo había saltado ni un solo día.

Poco le había durado la alegría porque, para su primer aniversario de boda, ya había muerto.

Ahora, no poseía nada y no quería nada. Era un vaquero, un empleado normal y corriente de casi treinta y ocho años que se dedicaba a las ovejas, a reparar las vallas, a los caballos y a los terneros.

Eso era lo único a lo que tenía derecho.

Disponía de diez minutos para recomponerse antes de que sus compañeros fueran a buscarlo. Si lo sorprendían con expresión sombría, iban a querer saber qué le había sucedido. Sus compañeros, vaqueros duros pero de buen corazón, respetaban su soledad porque presentían que necesitaba estar solo, pero, si lo veían pasándolo mal, no lo iban a dejar en paz.

Jake se dijo que no merecía su preocupación. Tampoco merecía las palabras de su hermana. Era imposible que los padres de Jenny, Bill y Adah, lo hubieran perdonado. No era capaz de aceptar la mano que le tendía Darren, el hermano de Jenny, porque él no se había perdonado a sí mismo.

Sentía que tenía sangre en las manos porque aquella mañana había estado demasiado ocupado cuando su mujer le había dicho que le dolía la espalda más de la normal y él se había limitado a decirle que sería consecuencia normal del embarazo.

Le había hablado con impaciencia, pues tenía la mente en llevar el ganado al mercado para la venta anual. Al darse cuenta, Jenny había sonreído y le había dicho que no pasaba nada, que el niño no tenía que nacer hasta dentro de dos meses y que se iba a entretener pintando las paredes de la habitación del pequeño para olvidarse del dolor.

A Jake le había parecido una idea muy buena. Aunque quería mucho a Jenny y estaba emocionado ante la llegada de su primer hijo, estaba pensando en el ganado que tenía que vender.

Ya tendría todo el tiempo del mundo para su familia dentro de unos días. Mientras tanto, era buena idea que Jenny se ocupara de la habitación. Así, se mantendría ocupada mientras él no estuviera.

Cuántas veces se había preguntado Jake qué habría pasado de no haberla dejado sola. No debería haberse ido. No debería haberla dejado pintando la habitación porque, aunque le había advertido que no se subiera a ninguna escalera, Jenny había decidido subirse a una silla para colgar un móvil del techo mientras él estaba demasiado ocupado pensando en los beneficios de aquella estúpida venta.

Jake no quería saber absolutamente nada de ventas ni de ganado, simplemente se ocupaba de las ovejas de Brian Robbins.

Tras ponerse el sombrero y recoger los pedazos de la carta de su hermana, se puso en pie y salió de las cuadras. Una vez fuera, agarró una horca y recogió los pedazos de papel que quedaban, que rápidamente se mezclaron con la paja.

Por mucho que lo quisiera Sandy, nada podía cambiar lo que había sucedido.

Había llegado el momento de volver al trabajo, algo que le encantaba, aquel trabajo físico duro que necesitaba para mantener una pérdida tan grande como aquella alejada de la mente.

«Así no conseguirás olvidarte de ella, y lo sabes».

Jake se quedó helado, pero aquella voz, aquella voz que había intentado olvidar durante meses, continuó.

«No es tan fácil olvidarse de las mujeres. Puedes irte, pero su recuerdo te acompañará siempre, exactamente igual que el mal olor que se apodera de unos zapatos y que, por mucho que los lavas, permanece ahí a pesar de todo».

Jake se giró con la horca en la mano, dispuesto a defenderse físicamente de la voz de su conciencia, de aquel recuerdo que solamente él conocía.

¿O acaso todo el mundo sabía lo que había sucedido aquella noche cuando aquella chica lo había sacado de la celebración para llevarlo directamente a su habitación? Sí, todo el mundo debía de saberlo porque, desde entonces, los compañeros lo habían tratado con mucho más respeto.

Y allí estaba, ataviada con unos vaqueros apretados y botas altas, con el sombrero en la mano. La luz del sol arrancaba reflejos de su preciosa melena

color caoba y aquella sonrisa, que tanto le gustaba lucir, le iluminaba el rostro.

Aquella chica tenía todo el mundo a su disposición, y lo sabía.

–Hola, Jake Connors. Qué raro que estés aquí escondido durante el descanso. No eres muy sociable, ¿eh?

Connors era el apellido que utilizaba desde hacía cinco años. Era el apellido de soltera de Jenny y le había parecido bien vivir la vida que ella había perdido. Sin embargo, oírlo de aquellos preciosos labios, de aquella chica tan vital que había roto con sus caricias las barreras que él había puesto durante cinco años, le parecía una odiosa mentira.

Laila Robbins le hacía sentir cosas que no tenía derecho a sentir, como dulzura, alegría y esperanza. Los recuerdos de aquella noche habitaban en su interior y lo hacían sentirse inseguro y avergonzado de verla. Si aquella chica hubiera sabido lo que había hecho en el pasado, jamás se habría acercado a él.

Jake sintió que el corazón se le aceleraba. No podía sonreírle porque sentía como si fuera capaz de atravesarle con su mirada y de saber lo que se escondía tras su estoico silencio.

–Buenos días, señorita. Me alegro mucho de verla.

–No seas mentiroso. Llevas evitándome desde que he vuelto. Además, sabes perfectamente que me llamo Laila –contestó Laila con dulzura, mirándolo con sus vivarachos ojos azules–. Bien que me llamabas Laila aquella noche, después de la fiesta de mi padre y de Marcie.

Sí, aquella noche, aquella maravillosa noche, aquella increíble noche... aquella noche que no tendría que haber existido.

¿Por qué demonios habría ido a aquella fiesta justamente el día antes del quinto aniversario de la muerte de Jenny? Se había dado cuenta perfectamente de que la hija del jefe no le quitaba ojo de encima.

Y lo peor era que él también la miraba. No sabía por qué le parecía diferente, pero lo cierto era que no podía dejar de mirarla. No era que fuese diferente a otras mujeres, simplemente era ella, una chica de campo, fuerte y decidida, inocente e inteligente, con unos ojos que eran capaces de atravesar la fachada que Jake había construido... tal y como había hecho aquella noche.

Aquella chica que lo había consolado durante aquella noche que jamás olvidaría y de la que siempre se arrepentiría.

A la mañana siguiente, cuando se despertó, lo primero que pensó fue que

había pasado el aniversario de fallecimiento de su esposa en los brazos otra mujer.

«¡Jenny, mi vida, lo siento mucho!».

La había vuelto a traicionar. No había podido controlar sus deseos al verse cerca de aquella chica tan seductora que lo hacía sentirse incómodo y excitado la vez.

Desde luego, Jake tenía muy claro que con Laila Robbins no se jugaba. Si no hubiera sabido desde el principio que era completamente inocente emocionalmente, lo habría sabido al hacerle el amor. Aunque no era virgen, era obvio que aquella mujer no sabía que había que guardarse de los hombres como él.

Su padre y sus hermanos, que la adoraban, la llamaban familiarmente «princesa» y todos los vaqueros lo sabían. A Jake le parecía que le quedaba de maravilla porque era preciosa.

Además, era seductora dentro de su inocencia y estaba estudiando Veterinaria. Lo que demostraba que, además de guapa, era inteligente. A pesar de que no era muy alta, tenía un nervio y una gracia naturales que la hacían especial.

Por todo eso y por mucho más, todos los chicos de la zona corrían tras ella.

Sin embargo, Jake había decidido no pensar en ella. Daba igual que hubiera sido lo único bonito que le hubiera pasado en los últimos cinco años. Jake estaba enfadado consigo mismo porque aquella chica tenía toda la vida por delante, tenía futuro, y él ni siquiera tenía pasado.

La belleza fresca y pecosa de Laila no se parecía en absoluto a la exótica de Jenny, pero se parecían en que eran mujeres de corazón. Lo sabía porque Laila lo había abrazado, lo había besado y lo había amado como si lo hubiera querido, había sabido mirar bajo el escudo de protección que se había puesto y había encontrado al hombre solo y desesperado que se escondía debajo.

–¿No vas a decir nada? –lo increpó Laila.

–Tengo que trabajar.

–¿Tu madre no te enseñó modales?

Su madre no le había enseñado casi nada.

–Bienvenida a casa, señorita –le dijo, pasando a su lado sin tocarla–. Espero que tenga una agradable estancia en el rancho.

–Jake –le dijo Laila, poniéndole la mano en el brazo.

Aquello hizo que Jake se parara en seco, pues la sinceridad que había visto en aquel gesto, la vulnerabilidad que Laila no se molestaba en esconder, le

dolieron en un lugar que no había permitido que nadie le tocara en cinco años.

«Un lugar en el que solamente había estado Jenny».

–Dígame, señorita.

–Sólo una cosa. ¿Tienes intención de evitarme durante toda la vida? ¿Es un mensaje, Jake? ¿Es para que entienda que aquello fue solamente una aventura de una noche?

Desde luego, la princesa Laila iba directamente al grano. Jake no podía decirle que se equivocaba, que no había mirado a otra mujer desde aquella noche, que había llevado calidez a su vida y que se moría por recibir el sol de su mirada y el calor de sus besos.

No podía decirle que se pasaba los días y las noches pensando en besarla, en acariciarla, en abrazarla... en traicionar el recuerdo de Jenny sólo con ella.

Sólo con ella.

–No soy el hombre adecuado para andar jugando.

Laila se puso las manos en las caderas y sonrió.

–¿Y quién dice que yo esté jugando? –le dijo.

Su voz escondía todas las promesas con las que Jake había intentado no soñar desde aquella noche.

«Ha vuelto, vuelve una y otra vez aunque la evite y me muestre incluso grosero con ella. ¡Qué Dios me ayude si siente algo por mí!».

Al mirarse en sus preciosos ojos azules, Jake sintió la tentación de aceptar todo lo que Laila le estaba ofreciendo.

–Lo digo yo, y también te digo que eres estúpida por pensar en mí –gruñó.

Laila dejó de sonreír y Jake vio en su rostro el rostro de Jenny aquel último día, escondiendo su miedo, su necesidad de que se quedara a su lado mientras él sólo pensaba en ir al mercado.

«Cuando vuelva, te prometo que nos iremos a pasar unos días por ahí, ¿de acuerdo, cariño? Te llamaré tres veces al día, te lo prometo», le había dicho al despedirse.

Cuando la llamó por segunda vez, se encontró con que Jenny estaba sangrando y que, a consecuencia de la terrible tormenta que se había desencadenado, el helicóptero de salvamento no podía llegar hasta el rancho. Él estaba a dos horas de distancia en coche. Para cuando llegó a casa, la encontró inconsciente. Madre e hija estaban sentenciadas.

–Aléjate de mí, chiquilla –insistió Jake–. Búscate a un chico bueno con el que flirtear, un chico que te dé tiempo para que te conviertas en una mujer.

–Soy una mujer, Jake, y lo sabes –contestó Laila de manera provocadora–. Tengo edad suficiente para decidir con quién quiero salir. Te recuerdo que llevo viviendo fuera de casa siete años.

–Eres un bebé –le espetó Jake–. Eres una princesita protegida a la que le gusta jugar con fuego, pero conmigo te has equivocado. Yo no te voy a dar flores ni palabras bonitas ni promesas ni un anillo de diamantes. Me divertiré contigo durante unas horas o unos días y luego me olvidaré tu existencia y, cuando vayas a tu padre, te demostrarás a ti misma que no eres más que una niña –añadió.

Laila dio un paso atrás, completamente sonrojada. Al instante, Jake se arrepintió por haberle hecho daño y tuvo que hacer un gran esfuerzo para no pedirle perdón.

«Vete, huye, Laila Robbins, haz tu vida, una vida lejos de mí».

–Muy bien –murmuró Laila–. Pero no me digas que huya, porque eres tú el que huye. ¡Eres un cobarde! Me arrepiento de haber creído que necesitabas una amiga o... o de haber albergado esperanzas de que pudiéramos... siento mucho...

Evidentemente, estaba destrozada. Jake le acababa de romper el ego como había roto la carta de su hermana hacía un rato.

Se moría por devolverle la sonrisa a aquel precioso rostro, por abrazarla y besarla como había hecho aquella noche, pero no podía hacerlo. Destrozarle el orgullo era la mejor manera de apartarla de él, que lo único que le podía dar era dolor.

–Vete –le repitió.

Laila se limpió los ojos con el reverso de la mano.

–¿Acaso llevas tanto tiempo solo, escondiéndote de la vida de verdad, que la idea de que una mujer se acerque a ti te aterroriza?

La capacidad que tenía aquella mujer para ver cómo se sentía por dentro hizo que Jake sintiera un nudo en el pecho y que, de nuevo, tuviera que controlarse sobremanera para no pedirle perdón.

–Sólo quería conocerte –le dijo Laila, asombrosamente calmada, teniendo en cuenta el dolor que reflejaban sus ojos–. Quería ver cómo era el hombre que se escondía debajo del hielo, saber si... –añadió, interrumpiéndose y sonrojándose de nuevo–. Me dices que me vayas, te escondes del mundo, te empeñas en no hablar con nadie, en vivir en la sombra como si fueras un delincuente. Muy bien. Tienes lo que quieres, pero no te engañes, porque eso no quiere decir que estés a salvo. ¡Vivirás solo toda la vida, vivirás solo y

morirás solo!

Dicho aquello, Laila salió al exterior a través de la enorme puerta doble y Jake rezó para que volviera a Bathurst, a sus estudios y a su vida.

Si de verdad era tan inteligente como parecía, Laila no volvería a acercarse a él jamás.

Desde dentro del establo, sintiéndolo más oscuro que nunca, Jake la observó alejarse, intentando convencerse de que había hecho lo correcto por el bien de Laila.

Sin embargo, no se sentía bien consigo mismo. Laila Robbins llevaba el sol allí donde iba y él, que era demasiado viejo y tenía demasiadas cicatrices, estaba tan enfadado y asustado que no se permitía a sí mismo a acercarse a ella.

Una noche con ella era mucho más de lo que merecía, y lo único que le había dado a cambio era dolor y humillación. No era merecedor de ella y nunca lo sería.

No tenía más remedio que adentrarse de nuevo en las sombras frías y oscuras que habitaba desde hacía cinco años y quedarse allí hasta que se muriera.

# Capítulo 2

*Casi tres meses después*

Aquello de pasarse horas y horas en las cuabras, cepillando a los caballos, era completamente ridículo.

Ni siquiera debería estar en el rancho. ¿Acaso no llevaba desde que había terminado el colegio intentando zafarse de aquellas actividades? Desde la época de adolescente, había luchado contra el cariño asfixiante de su padre y de sus hermanos, que la veían como a una mujer frágil que necesitaba constantemente cuidados, y no como a una mujer de campo, que era lo que ella era en realidad.

Laila amaba a su familia profundamente, pero le hubiera gustado que se diera cuenta del flaco favor que le hacían intentando sacarla de cualquier disgusto emocional que hubiera en su vida.

Si hubiera tenido cualquier otro lugar al que irse, lo habría hecho. Bathurst ya no era una opción. Al estar vomitando día y noche, no había podido estudiar para los exámenes finales y su estado de constante cansancio y de cambios emocionales impredecibles tampoco le permitía estar mucho tiempo de pie de camarera, aguantando a los borrachos que se pasaban por el bar que había frente a la universidad.

Al final, Laila había tenido que aceptar lo inevitable, que se moría por volver a casa y estar junto a su familia.

Lo malo era que no la habían dejado ni a sol ni a sombra desde que había llegado. Incluso Marcie la asediaba, preguntándole constantemente qué le ocurría y si la podía ayudar.

«¡Por supuesto que están preocupados! ¡No es para menos, teniendo en cuenta que he vuelto de repente, justo antes de los exámenes finales!».

El rancho Wallaby ya no era su hogar, se había convertido en el lugar en el que estaba él, el padre de su hijo, un hombre al que apenas conocía.

Laila no podía soportar la idea de verlo. Si hubiera sido tan inteligente y fuerte como fingía ser, se habría ido, habría dejado sus recuerdos atrás, habría buscado a otro hombre y se habría olvidado de él.

Lo había intentado, de veras que lo había hecho...

A pesar de que encontrara a un hombre que la fascinara tanto como Jake Connors, tendría un recordatorio diario de la conexión que había entre ellos, de su humillante rechazo.

En aquel momento, el pequeño se movió dentro de su cuerpo y, a pesar del terror que le producía pensar en los cambios que se iban a operar en su organismo, Laila sonrió y se acarició el abdomen.

«Mi hijo».

Tras meses de intentar ocultar su embarazo, la habían echado del trabajo por tomarse demasiados días libres y por llegar tarde al quedarse dormida. Entonces, necesitada de cariño, había vuelto al rancho como un animal herido en busca de una madriguera donde esconderse a lamerse las heridas.

También era cierto que, aunque fuera una estupidez, en lo más profundo de su corazón albergaba esperanzas de que Jake reparara en ella, que se diera cuenta de que su cuerpo estaba cambiando, porque ya se le estaba empezando a notar el embarazo, sumara dos más dos y se diera cuenta de lo que había sucedido.

¿Qué había pasado con su orgullo y su independencia?

Jake Connors había dado al traste con ellos.

Aquel hombre era el quid de la cuestión. Laila creía que había estado muchos años experimentando la vida y ahora sabía que solamente había estado flotando. Por supuesto, no había sido fácil. Había estudiado mucho y había trabajado muchas horas, había conseguido lo que quería sin en el respaldo de su padre, demasiado protector y de cuya sombra había luchado tanto por escapar, sobre todo en lo tocante a los hombres.

«La gente te mira porque eres una Robbins. Especialmente, los hombres te miran y quieren salir contigo porque eres una Robbins. No puedes pedirle a un hombre que ignore tu apellido a menos que tenga tanto dinero como tú», le había dicho su padre hacía muchos años.

Aquel día, su vida había cambiado para siempre. Laila ya ni siquiera recordaba el chico del que estaban hablando en aquellos momentos, pero las palabras de su padre eran inolvidables.

Aquel día, sus ilusiones habían quedado destrozadas. La gente, no sólo los hombres, la tenía en cuenta porque era una Robbins, no porque fuera una persona. Cada vez que sacaba una nota buena en un examen, los demás pensarían que había sido comprada, pero, si cometía un error, los demás dirían que era una princesita y que, a pesar de haberlo cometido, no habría

consecuencias negativas para ella.

Desde entonces, no se había atrevido a hacer lo que otros estudiantes universitarios hacían. Por ejemplo, jamás se había atrevido a emborracharse.

Menos mal que tenía algunos amigos. Más concretamente, tenía tres: Danni, Jodie y Jimmy. Ellos la conocían y la querían, la aceptaban tal y como era, pero con los demás se sentía diferente, apartada, observada, tratada por lo que era y no por quien era.

Nunca había tenido la sensación de haber conocido al hombre con el que llevaba soñando desde la infancia, un hombre rural que amara tanto el campo como ella y que la quisiera sin tener en cuenta su apellido.

Entonces, en el último lugar donde había buscado, había visto a un hombre a lomos de un caballo, un vaquero solitario de rostro bello y mirada profunda y sus lejanos sueños habían aflorado de nuevo.

No podía dejar de pensar en Jake Connors, aquel hombre frío, misterioso y solitario al que, ingenua de ella, había creído que podría sanar.

«Tengo que dejar de pensar en eso».

¿Cómo? Se le estaba empezando a notar el embarazo. En breve, tendría que contárselo a alguien... más bien, a todo el mundo.

Lo primero era decírselo a él.

Sin embargo, hasta que no tuviera claro cómo lo iba a hacer, prefería permanecer escondida ocupándose de los caballos. Resultaba irónico que la única persona a la que Laila no quería evitar, con la que quería hablar, la única persona que quería que se interesara por ella lo suficiente como para preguntarle qué le ocurría, era la única persona en el rancho que respetaba su espacio vital.

«¡Estúpida!».

Jake nunca se iba a acercar a ella a preguntarle. ¿Por qué seguía engañándose? ¿Por qué seguía albergando la esperanza de que lo que había ocurrido entre ellos la última vez hubiera sido producto del miedo a sentir algo por ella y no de la fría indiferencia?

Al oírla sollozar, Jake sintió que se le encogía el alma.

Al enterarse de que la princesa había vuelto de la universidad, no le había resultado difícil evitarla. Al igual que todos los demás, se había preguntado por qué habría vuelto a casa precisamente antes de los exámenes, pero, por lo visto, no se lo había dicho a nadie.

Al enterarse de que estaba apesadumbrada y distante, él también había mantenido las distancias, lo que no le había resultado difícil porque tenía a su cargo la tarea de encontrar a quince ovejas que se habían perdido la semana anterior.

Desde luego, patrullar los más de mil acres del rancho durante todo el día bajo un sol de justicia no era plato de gusto, ni siquiera para un hombre solitario como él. Tanto tiempo solo le había llevado a pensar y a recordarla.

Cuando Laila había comenzado a pasar muchas horas en las cuadras, cepillando a los caballos en lugar de montarlos como solía hacer, Jake le había permitido invadir su santuario. Mientras ella estaba allí, él se tomaba el café bajo un árbol, ignorándola, o se iba hacer otras cosas.

Se había convertido en un ritual aquello de ver quién evitaba mejor al otro. Si lo que se proponía Laila era demostrarle que podía ir donde a ella le diera la gana, no había problema porque, evidentemente, no se iba a quedar mucho tiempo por el rancho.

Nadie tenía por qué enterarse de que por las noches Jake se acercaba a las cuadras y repasaba lo que ella había hecho para que todo fuera bien.

La princesa tenía un problema y necesitaba espacio. Perfecto. Jake respetaba la necesidad de soledad que tenían otras personas y, además, tampoco necesitaba dormir muchas horas. Podía hacer el trabajo que ella no hacía pues, a veces, Laila se limitaba a sentarse en las cuadras durante toda la tarde, intentando dilucidar la solución a sus problemas.

Después de lo que había sucedido entre ellos la última vez que se habían visto, Laila jamás pensaría que la persona que le estaba cubriendo era él.

Al oírla llorar, no había podido evitar acercarse al establo donde estaba y, al verla allí sentada, abrazada al caballo que estaba cepillando, se acercó un poco más.

—Laila —le dijo—, te he oído desde fuera, así que otros te podrían oír también.

Los sollozos se interrumpieron y Laila levantó la cabeza.

—Perdona por haberte molestado —le espetó.

A pesar de la acusación, Jake no se inmutó.

—Da igual si me has molestado o no, lo que quiero que sepas es que se te oye desde fuera. Supongo que no querrás que la gente se entere de que te pasa algo, ¿no? ¿Por eso vienes todos los días a cepillar a los caballos? ¿Quieres que hablemos?

—Estoy bien, gracias. Por favor, vete —murmuró Laila.

Jake se dio cuenta de que el dolor que la invadía era enorme.

–¿Quieres que vaya a avisar a tu padre?

Laila palideció.

–No.

–¿Y a Andrew o a Glenn?

–No –insistió Laila, limpiándose las lágrimas–. Ha sido simplemente un momento de debilidad. Todos los tenemos, ¿no? De verdad, puedes irte con la conciencia tranquila. Estoy bien.

Era evidente que no era cierto, pero quería que la dejara sola y lo habría hecho, pero algo en su interior le gritaba que no se fuera, así que Jake se sentó sobre una bala de paja.

–Si quieres hablar con alguien, aquí me tienes –le dijo.

Ironías de la vida. Jake le acababa de poner en bandeja lo que ella tanto ansiaba, pero no estaba preparada. Debía de ser la ley de Murphy.

Laila echó los hombros hacia atrás, tragó saliva y se dijo que no debía tener miedo. No iba a llorar delante de él. Lo que tenía que hacer era contarle lo que había sucedido, así que tomó aire, lo miró a los ojos y se lanzó.

–Estoy embarazada –anunció con la esperanza de que reaccionara bien.

–Es mío, ¿verdad? –contestó Jake, pálido como la tiza.

–Cómo te podrás imaginar, cuando te fuiste a la mañana siguiente con un escueto «lo siento», no me quedaron muchas ganas de buscarme otro amante –contestó Laila.

A continuación, se instauró un prolongado silencio entre ellos.

–Por eso viniste a buscarme hace unos meses. Querías contármelo –recapitó Jake con dificultad, como si alguien le hubiera golpeado en la cabeza con un bate de béisbol.

Laila apretó las mandíbulas. Lo cierto era que no sabía por qué le estaba contando todo aquello a él cuando era obvio que no le importaba.

Jake se dio cuenta por la agresividad con la que le estaba hablando Laila de que la había hecho buena. Al recordar el incidente de hacía unos meses, comprendió que, aterrorizada, había intentado hablar con él y lo único que había obtenido de su parte habían sido palabras de rechazo que la habían dejado sola y abandonada para enfrentarse a meses de miedo y soledad.

Jake se apresuró a hacer el cálculo y se dio cuenta de que debía de estar de casi cinco meses. A continuación, recapitó y se dio cuenta de que debía de ser la primera persona a la que se lo contaba.

Había llevado el peso del embarazo sola durante varios meses. La había

abandonado, como había abandonado a Jenny o, peor, porque se había comportado como un auténtico canalla.

–Lo siento, lo siento mucho –dijo sinceramente, presa de la culpa y de la angustia.

–Sí, seguro que lo sientes mucho, lo que más sientes es haberme puesto la mano encima –contestó Laila, girándose–. No te preocupes, no te voy a pedir nada. Tendré el niño y lo criaré yo sola.

–De eso, nada –negó Jake con una fuerza que lo sorprendió incluso a sí mismo–. Tengo algo que decir en todo esto. Estamos hablando de mi hijo.

Laila se volvió hacia él, furiosa.

–Sí, y yo soy su madre y ni siquiera me aprecias. Si yo no he conseguido suavizar tu agresividad, tu arrogancia y tu frialdad, ¿cómo lo va a conseguir el niño? ¿Sabrás darle la amabilidad y el amor que necesitará de su padre? –le espetó, cubriéndose la tripa con la mano–. No pienso permitir que le hagas daño a mi hijo.

Le había faltado decir «como me lo has hecho a mí».

–Yo nunca he dicho que no te aprecie –contestó Jake, fijándose en las ojeras que tenía Laila.

¿Cómo decirle que lo que le ocurría era que se odiaba a sí mismo? Era imposible que le creyera si no le contaba la verdad, y la verdad no se la había contado a nadie nunca.

–¿Por eso has vuelto a casa de repente?

–Sí, tengo vómitos y duermo mucho –contestó Laila, encogiéndose de hombros.

Jake se dio cuenta de que, aunque estaba intentando parecer tranquila, era obvio que estaba aterrorizada, pero que no quería que se diera cuenta.

–Sé que no voy a aprobar los exámenes, pero ya retomaré los estudios cuando pueda –le aseguró–. Podría terminar el año que viene, pero no va a poder ser porque el niño nacerá a principios de curso y no quiero que nadie me lo cuide mientras yo estudio.

–Lo podría cuidar yo.

Laila lo miró con desprecio.

–Si quieres volver a la universidad, podrías contratar a una niñera en Bathurst...

–Sí, claro con el dinero de mi padre, ¿no? No, gracias. Pienso seguir haciendo lo que llevo siete años haciendo, es decir, arreglándomelas yo sola.

Todo el mundo se creía que su padre le pagaba la universidad y la mantenía. Nada más alejado de la verdad.

–¿Quieres tenerlo? –le preguntó Jake.

–Por supuesto que sí –contestó Laila–. A pesar de no estar casada, da igual. Es normal hoy en día, ¿no?

Jake pensó que tenía que casarse con ella antes de que comenzara a notársele el embarazo y, para sorpresa suya, eso era exactamente lo que quería hacer. Su padre lo había hecho con su madre y, gracias a ello, él había disfrutado de un hermano y de una hermana, de un hogar en Burrabilla y de una herencia y había podido tener una vida alejada de la horrible ciudad en la que su madre, soltera, luchaba día a día por salir adelante ella sola.

Su hijo no merecía menos. Laila y él tenían que formar una familia por el bien del pequeño. Laila también necesitaba ayuda, para terminar sus estudios trabajando y poder mantener todo lo que había conseguido por sí sola.

Sin embargo, sabía cómo era el padre de Laila y que, para que aceptara su boda con su única hija, iba a tener que presentarse como un pretendiente acaudalado. Eso quería decir que tendría que volver a su verdadera identidad.

Todos se iban a enterar de sus mentiras y, cuando Brian Robbins se enterara de que Jenny y Annabel habían muerto por su culpa, no permitiría que se casara con su hija, a la que adoraba.

Desde luego, Laila se había equivocado por completo con él. Por su culpa, todo por lo que había luchado durante los últimos siete años se había ido al garete.

Qué pesadilla.

Aquella muchacha no tenía la culpa de nada porque se había acercado a él creyendo que era un hombre normal y corriente y él se había dejado llevar como un hombre muerto de hambre ante el que repentinamente aparece una mesa llena de manjares. Perdido en el pasado, desesperado de consuelo y de caricias, ansioso por estar con ella, se había dejado llevar y ahora ella iba a pagar las consecuencias.

No podía permitir que estuviera sola. Por su culpa, su vida estaba arruinada y debía estar a su lado.

–Nos casaremos cuanto antes –dijo.

–Muy noble por tu parte, pero no te molestes –contestó Laila–. No quiero que lo hagas porque te sientas culpable. Me equivoqué acostándome contigo, así que no te hago responsable de lo que ha sucedido.

Ya, claro. Si no le hacía responsable, ¿por qué le había dicho que estaba

embarazada? La única manera de arreglar todo aquello era casándose.

Jake le agarró el mentón con suavidad y se le levantó el rostro para mirarla a los ojos. Entonces, se dio cuenta, como había sospechado cinco meses atrás, de la inseguridad que ocultaban y que Laila intentaba esconder detrás de su radiante sonrisa.

–Alguien te ha hecho daño antes que yo, ¿no?

Laila se encogió de hombros.

–Debe de ser que lo llevo en los genes.

Sólo había estado con dos hombres en su vida y era cierto que con los dos había sido un desastre.

–¿Te he hecho yo más daño que el otro? –le preguntó Jake, apesadumbrado.

Laila cerró los ojos, sonrió cansada y se lanzó a contarle con amargura:

–Estuvo unas cuantas semanas conmigo, pero se fue con otra chica rica en cuanto se dio cuenta de que, a través de mí, no iba a poder llegar jamás a la fortuna de mi padre –le contó–. Tú me dejaste después de la primera noche. Por lo menos, fuiste honrado y dejaste muy claro que no querías nada conmigo, ni siquiera el dinero de mi padre.

Jake se dio cuenta de que, después de todo lo que había hecho para conseguir que Laila se distanciara de él, ahora tenía que hacer todo lo que estuviera en su mano para que volviera a acercarse. Tenía que conseguir convencerla para que se casara con él, tenía que darle una buena vida.

–Lo único que quiero es que lo reconozcas –le dijo Laila como si le estuviera leyendo el pensamiento–. Quiero que todo el mundo tenga claro que eres el padre y, si el niño quiere conocerte algún día...

Jake se dio cuenta de que le estaba poniendo en bandeja una salida fácil de todo aquel embrollo, por si acaso era un canalla sin escrúpulos, pero él era un hombre responsable.

–No –le dijo–. No pienso irme. Soy responsable de este problema...

Laila lo miró, furibunda.

–Ni mi hijo ni yo somos un problema –le aseguró.

A Jake le entraron ganas de golpearse la cabeza contra la pared. Lo estaba estropeando todavía más.

–No me refería a que tú y el niño seáis un problema, hablaba de la situación en la que estamos metidos.

–Tú no estás metido en nada –le aseguró Laila–. No pienso casarme con un hombre que lo hace sintiéndose obligado por el bien de un niño al que

considera un problema. ¡Yo quiero casarme con un hombre que me ame y que esté encantado de tener un hijo conmigo! –le espetó.

–¿Y qué esperabas? Apenas nos conocemos.

Para entonces, Laila había salido del establo y se dirigía al exterior de las cuadras, pero Jake fue más rápido que ella, la alcanzó y la agarró del brazo.

–No te vayas como una chiquilla malcriada. Esto es muy serio y tenemos que hablar.

Laila suspiró.

–Te aseguro que de esto no hay quien se escape. Lo que pasa es que necesito un descanso porque ya no puedo más de ver tu cara fría y sombría.

–A mí me parece que la que tiene la cara más fría y sombría en estos momentos eres tú –contestó Jake.

–Dame una buena razón para no estar enfadada.

Desde luego, a Jake no se le ocurría ninguna.

–Nos vamos a casar –murmuró–. Si me odias, podemos...

–No, no me ofrezcas un matrimonio de conveniencia. Los padres de mi amiga Danielle se casaron así y ella siempre cuenta que se odian, pero que no son capaces de separarse por el bien de su hija, a la que, como herencia de un matrimonio tan desastroso, han dejado una falta de confianza total en los hombres. Yo no quiero que le pase lo mismo a mi hijo, no quiero que crezca en un ambiente así.

–No tendría por qué ser de ese modo.

–Ya es así. Ni siquiera has pronunciado mi nombre desde que te he dicho que estoy embarazada –se lamentó con lágrimas en los ojos–. Me niego a ser un problema y a tener que esperar a que tú lo resuelvas.

Jake cerró los ojos.

–¿Y qué quieres de mí, Laila?

–¿Lo ves? Ni siquiera eres capaz de pronunciar mi nombre sin odio.

–Por favor, ten un poco de compasión. Tú has tenido meses para asimilar todo esto. Yo me acabo de enterar hace diez minutos.

Aquello la hizo recapacitar.

–Está bien –cedió Laila–. ¿Qué quieres?

–Quiero hacer las cosas bien. Soy responsable de los cambios que se van a operar en tu vida y lo que no quiero es que mi hijo crea que no me casé con su madre porque no lo quería a él.

–Me casaré contigo el día que seas capaz de mirarme a los ojos y decirme sinceramente que estás encantado con tu hijo. Ni el niño ni yo somos un

problema que tengas que solucionar. Hasta entonces, nada –le dijo, orgullosa.

–También es mi hijo –le recordó Jake, agarrándola de la mano para que no se fuera–. Esta conversación resultaría más fácil si pensaras en lo que es mejor para el bebé.

–¿Qué te crees, que estoy pensando sólo en mí? No te enteras de nada. Casarnos sólo sería beneficioso para el niño si viera amor y compromiso entre sus padres. De no ser así, se culparía a sí mismo por una situación que no ha creado.

Jake tomó aire, pues Laila acababa de describir su propia infancia, ya que él era producto de una breve aventura que terminó en boda precipitada y con el traslado forzoso de una chica de ciudad a una remota área rural. Cada vez que sus padres se enfadaban, Jake se sentía culpable y pensaba en que si él no hubiera nacido...

–Siempre que hablas de él, das por hecho que va a ser un niño –comentó Jake.

Laila sonrió levemente.

–Sí, estoy convencida de que va a ser niño.

Jake no discutió. Jenny había estado segura desde el principio de que iba a ser niña y había acertado.

Jake la había ayudado en el parto en el transcurso de una tormenta sin precedentes mientras su mujer estaba medio inconsciente. El hospital a estaba cinco horas de coche y los médicos no podían hacer aterrizar el helicóptero a causa de la tormenta, así que él era lo único que tenía.

Aquello era lo que tenía vivir en el campo, donde no había las comodidades de la ciudad, donde no había buenas carreteras, ni colegios ni hospitales. La mayoría de las mujeres de la zona, se trasladaba a la ciudad un mes antes de dar a luz. De hecho, Jenny y él tenían el hotel reservado.

Pero Jenny se había caído de la silla y el parto se había adelantado, estando él a varias horas de distancia, cargando ganado en un camión para venderlo. Cuando había conseguido llegar a casa, se había encontrado a Jenny en un charco de sangre.

Había intentado desesperadamente concentrarse en salvar la vida de su mujer y de su hija, pero tener las manos manchadas con la sangre de Jenny no se lo había puesto fácil. Había visto cómo se iba, sin poder hacer nada a pesar de haber seguido al pie de la letra las instrucciones que los médicos daban a las personas que vivían en las zonas remotas de Australia.

Gracias al cielo, Jenny había podido ver a Annabel antes de morir. La niña

había nacido sólo unos minutos antes de que el helicóptero de salvamento pudiera aterrizar, demasiado tarde para su madre.

La pequeña había llegado al mundo sin tener desarrollado completamente el sistema respiratorio, y, aunque había conseguido sobrevivir durante cinco días en un hospital de Charleville, se había ido también.

—¿Lo ves? Ni siquiera eres capaz de sonreír ante la perspectiva de tener un hijo —le espetó Laila, zafándose de su mano—. No pienso tener un matrimonio trágico.

Jake salió de sus recuerdos y se dijo que iba a tener otro hijo y que no pensaba dejar que la historia se repitiera. Tenía que estar junto a Laila. Por el bien de su hijo, no debía apartarse de ella ni un solo instante.

—Quiero al niño —declaró con vehemencia—. Lo digo muy en serio.

—Ya veo —contestó Laila—. Al niño lo quieres, pero a mí no. Perfecto. Lo entendí cuando saliste corriendo de mi cama como un medallista olímpico —añadió, abriendo la puerta principal de las cuerdas—. Yo también he cambiado. Entonces, creía que eras algo más que un hombre frío y solitario. Entonces, creía que necesitabas una amiga y una amante, pero me equivoqué. Ahora, no me casaría contigo ni por todo el oro del mundo.

Jake abrió la boca y la volvió a cerrar. Desde que Laila le había dicho que estaba embarazada, no había hecho sino meter la pata cada vez que había hablado, así que prefirió guardar silencio.

De repente, se le ocurrió que tener otro hijo era una bendición, un milagro, y se dijo que no debía abandonarlos jamás, que no podía perderlos.

—La vida para una madre soltera es mucho más difícil de lo que tú te crees —le advirtió.

—Aunque a ti te cueste creerlo, estoy soltera porque a mí me da la gana. Resulta que les gusta a muchos hombres que me encuentran atractiva —le espetó Laila—. Te equivocas si crees que voy a seguir soltera toda la vida.

De repente, Jake visualizó a la preciosa Laila, con toda su dulzura y su alegría, junto a otro hombre, dándole a él su felicidad y su vida...

Laila en un charco de sangre, perdiendo a su hijo porque él no estaba allí para salvarla.

Aquel pensamiento lo hirió de muerte.

—No pienso permitir que tengas el niño tú sola —gruñó—. Aunque no te cases conmigo, pienso estar a tu lado día y noche. No me pienso separar de ti.

Laila sonrió con cinismo. Por lo visto, Jake lo había hecho muy bien y había conseguido que no se quisiera acercar a él, pero él no estaba dispuesto a

permitírselo. Pasara lo que pasara, quería estar a su lado, al lado de los dos. Laila iba tener que acostumbrarse a vivir con él cerca porque Jake estaba decidido a que aquella madre y aquel hijo sobrevivieran.

Pero quería más, quería tener todos los derechos legales sobre su hijo, quería que su hijo llevara el apellido Sutherland y que pudiera disfrutar de todos los privilegios que ello significaba.

¿Incluso si eso quería decir volver a Burrabilla, el lugar donde había muerto Jenny?

Jake sintió náuseas, pero se dijo que tenía que hacerlo por el bien del pequeño. ¿Sería capaz de enfrentarse a sus peores fantasmas y de volver a ver a la familia de Jenny?

No estaba seguro, pero lo cierto era que un sentimiento que hacía cinco años que no sentía se había apoderado de su corazón.

Iba a ser padre.

Estaba decidido a que Laila estuviera bien, a que su hijo llegara en perfecto estado al mundo, y quería formar parte de su vida, costara lo que costara, quería leerle cuentos por las noches, verle dar sus primeros pasos, ver cómo le salía el primer diente, estar cerca de él cuando comenzara a hablar.

No quería bajo ninguna condición convertirse en padre de fin de semana y tampoco creía que al niño le fuera a hacer ningún bien.

Todo dependía de Laila.

Tenía que encontrar la manera de que quisiera casarse con él. De momento, con sus palabras lo único que estaba consiguiendo era alejarla todavía más.

Entonces, recordó que la noche en la que habían hecho el amor se la había ganado sin decir una sola palabra. Tal vez, debía utilizar la boca para otra cosa, una cosa que a Laila, por lo visto, le gustaba mucho más.

## Capítulo 3

Por la expresión del rostro de Jake, Laila se dio cuenta de lo que iba a suceder, pero no le dio tiempo de reaccionar. Evidentemente, la quería seducir para que aceptara su propuesta y a Laila le daba pánico que lo consiguiera.

Lo odiaba... al menos, quería odiarlo... pero temía que no fuera cierto. ¿Por qué la fascinación que sentía por él la hacía plantearse aceptar su oferta de matrimonio? ¿Acaso aquel matrimonio, un matrimonio sin amor, no les destrozaría la vida a ambos y al bebé de paso?

Debía resistirse a su mirada, debía resistirse a sus labios, que cada vez estaban más cerca de su boca. Sí, lo iba a hacer... dentro de un rato...

Lo siguiente de lo que fue consciente fue de que estaba tumbada sobre la paja, sin saber muy bien si estaba intentando escapar de sus caricias o cediendo ante ellas, y lo peor era que tampoco le importaba.

Jake se tumbó encima de ella y la miró con satisfacción. Sonriendo levemente, en actitud un tanto triunfal, aquella increíble boca encontró la de Laila, que intentó zafarse poniéndole la mano en el pecho, pero Jake le colocó el dedo bajo la barbilla y consiguió que Laila abriera la boca.

Lo cierto era que quería y que necesitaba aquel beso con el que soñaba todas las noches, así que le pasó los brazos por el cuello y lo tumbó sobre su cuerpo. Oh, qué alegría sentirlo tan cerca, sentir su calor, sus manos y su boca volviéndola loca de nuevo, haciéndola sentir tan femenina, tan viva...

Jake le estaba acariciando una mejilla y tenía la otra mano perdida entre sus cabellos. Laila sentía sus labios, inesperadamente tiernos. No había rastro de la desesperada necesidad de su primer encuentro.

Laila tenía muy claro que, si había algo que sabía sobre Jake, era el deseo de vivir que lo habitaba por dentro y que él no se permitía demostrar porque siempre tenía todo bajo control. Siempre mantenía aquel deseo a raya, pero no había podido evitar que saliera a borbotones la noche en la que habían estado juntos.

Ahora, sin embargo, no lo estaba dejando fluir. El rígido control que Laila tanto odiaba se había hecho el amo de la situación. Jake estaba dispuesto a

darse a ella, pero no aceptaba pasión ni ternura a cambio.

Laila se dijo que no debía engañarse, que no debía creer que aquello significaba que sentía algo por ella. Era evidente que lo que ocurría era que ella era el medio para conseguir el fin que Jake deseaba.

Aunque lo que más deseaba en el mundo en aquellos momentos era perderse en la pasión con él, Laila se obligó a moverse, apartó a Jake de su cuerpo y lo tiró sobre la paja. A continuación, se puso en pie a toda velocidad y se quedó mirándolo.

–Eres un hipócrita y no te voy a permitir que me utilices para conseguir lo que quieres. Para que te enteres, no te necesito en absoluto –le espetó.

Jake se puso en pie también.

–Tienes razón. Lo último que necesitas en tu vida es un hombre como yo, pero eso tendrías que haberlo pensado antes de la fiesta. Ahora, no tienes más remedio que cargar conmigo porque eres la madre de mi hijo. Quieras o no, Laila, voy a ser su padre, te guste como persona o no –le advirtió Jake.

Aquellas palabras hicieron que el enfado de Laila se disipara. Era obvio que aquel hombre se odiaba a sí mismo y aquello hizo que Laila pensara en lo poco que sabía sobre él.

–Yo nunca he dicho que no te vaya a permitir que seas su padre, Jake. Podrás verlo cuando quieras...

–No –la interrumpió Jake con vehemencia–. No pienso venir a verlo un fin de semana sí y un fin de semana no, no pienso conformarme con ir a recogerlo de vez en cuando al colegio. No, yo quiero ser su padre todos los días y todas las noches.

Laila se quedó mirándolo, sorprendida.

–Eso es imposible.

–Eso es exactamente lo que va suceder, te lo aseguro –contestó Jake–. Si no te casas conmigo, me iré a vivir a la casa de al lado. Pienso estar a tu lado y al lado de mi hijo siempre.

«Ha dicho que quiere estar a mi lado y me ha puesto a mí antes que al niño...», pensó Laila.

–Aunque no te guste, te juro, Laila, te juro por lo más sagrado, que jamás abandonaré a mi hijo y que jamás te abandonaré a ti tampoco.

La pasión con la que lo había dicho convenció a Laila, que cerró los ojos con fuerza. Ella esperaba que, al decirle que estaba embarazada, Jake huyera como había hecho a la mañana siguiente de haber hecho el amor, pero no había sido así. Jake le acababa de prometer solemnemente que estaría siempre

a su lado...

¡Oh, cómo podía ser tan débil! Con una caricia y una palabra amable, Jake podía hacer que se planteara aceptar una propuesta de matrimonio ante la perspectiva de que, al no estar enamorado de ella, quizás no la agobiara...

«Me casaría con un hombre que no me quiere en absoluto, que sólo quiere al niño, me casaría con un hombre que no me podría dar el amor que yo necesito y que tampoco me dejaría en paz».

No, no debía cometer una locura así porque ella necesitaba amor en su vida, y su hijo, también.

—No sé por qué nos estamos complicando tanto las cosas —comentó en tono casual—. He creído que tenías derecho a saber que ibas a tener un hijo, por eso te lo he dicho, pero que te quede muy claro que yo no necesito que ningún hombre me proteja ni me mantenga. A lo mejor, vuelvo a mi vida en Bathurst para el próximo semestre y me puedo examinar. Tú puedes quedarte aquí, trabajando, y ya te avisaré cuando nazca el niño.

Se hizo el silencio, un silencio tenso que Laila no pudo soportar y abrió los ojos. Se encontró con Jake mirándola fijamente, como si hubiera dicho algo profundamente sorprendente.

—No tienes por qué preocuparte por mí —le aseguró Laila—. Tú continúa con tu trabajo, que yo estaré bien sola.

De repente, Jake estalló en carcajadas.

—Ésta sí que es buena —comentó entre risotadas sarcásticas—. Qué ironía, que bromita del de ahí arriba.

Laila se preguntó qué le habría sucedido a aquel hombre y sintió una inmensa pena por él.

—¿Qué he dicho que te parece tan gracioso?

Jake sacudió la cabeza, como si saliera de sus pensamientos más profundos, y volvió a reírse.

—No has sido tú... es que todo viene a completar el circo en el que se ha convertido mi vida.

No dijo nada más y Laila fue consciente de que no lo iba a hacer. Sabía que a aquel hombre le tenía que haber pasado algo muy serio, pero también sabía que no dejaba que nadie se acercara a aquella parte de su vida. Por otra parte, estaba dispuesto a hacerse cargo de su hijo. Claro que, ¿cómo iba a resultar bien un matrimonio así?

No, era imposible. Ella quería el mejor hombre a su lado y no iba a permitir que su hijo creciera sin el amor y la seguridad que merecía. Laila estaba

convencida de que era mejor tener dos padres que lo adoraran pero que vivieran separados a hacer que un niño soportara la infancia que había tenido que soportar su amiga Danni.

–Lo siento, pero toda esta situación no tiene ningún sentido –le espetó–. Lo mejor es que vivamos en casas separadas. Nuestro hijo sabrá lo mucho que lo quieres. Tú límitate a venir a visitarlo, a sacarlo a cenar y a llevártelo de vacaciones. Te juro que jamás impediré que lo veas.

–No es suficiente –contestó Jake.

–¿Por qué? ¿Por qué te empeñas? Te aseguro que yo no me engaño, soy muy consciente de que aquella noche te podrías haber acostado con cualquier otra mujer. No te acostaste conmigo porque fuera yo. Además, no necesito que me mantengas económicamente. Podrías irte y nadie te diría nada...

–Te equivocas.

Laila frunció el ceño.

–No hace falta que te comportes como un caballero. Ser madre soltera no es para tanto hoy en día...

–Laila, aquella noche me acosté contigo sabiendo perfectamente quién eras –le aseguró Jake.

El calor de sus ojos y la fuerza de sus palabras sacudieron a Laila, que presa del cóctel emocional del embarazo, los recuerdos de aquella noche y el beso que le acababa de dar, se encontró deseándolo sobremanera.

Jake le acababa de decir que aquella noche no se habría acostado con cualquier mujer, que lo había hecho con ella completamente consciente de lo que hacía.

–Entonces, ¿por qué te fuiste así? –murmuró.

Jake la miró y se giró de repente.

–Tenía mis razones –contestó, dando al traste con las esperanzas de Laila.

Aquellas tres palabras habían sido como si le hubiera cerrado la puerta en las narices. De todas formas, Jake acababa de admitir que la había deseado a ella y sólo a ella y Laila veía ahora en sus ojos y detectaba en su voz que aquel deseo se estaba apoderando de él de nuevo aunque quisiera disimularlo.

«Si me sigues deseando, ¿por qué no puede ser real lo nuestro? ¿De qué huyes?», se preguntó.

Como si Jake le hubiera leído el pensamiento, apretó las mandíbulas.

–Sigo teniendo mis razones, Laila –le advirtió.

Aun así, sus ojos se habían posado en la boca de Laila, que se dio cuenta de que la seguía mirando con deseo. Jake apretó los puños, como si estuviera

haciendo un gran esfuerzo para no tocarla.

Tal vez, así fuera...

Si las razones Jake para no querer mantener una relación con ella eran tan fuertes que estaba dispuesto a mentirle y a decirle que no la deseaba, a abandonarla, a actuar como si no le cayera bien y ni siquiera la viera y a ofrecerse a casarse con ella por conveniencia aunque se moría por ella tanto como ella por él...

Aquello era muy diferente. Jake la deseaba, incluso la necesitaba, pero había algo dentro de él que le impedía dejarse llevar.

Aunque no sabía exactamente qué le ocurría a Jake, Laila se dio cuenta que, de repente, se había enterado que jugaba con más ases en la manga de los que creía hacía apenas una hora.

—¿De verdad crees que podríamos tener un matrimonio platónico después de haber sido amantes? —le preguntó.

Jake frunció el ceño.

—Sí, porque eso no va a volver a suceder.

Jake estaba huyendo y a Laila le entraron ganas de reírse. Su rígido control se había ido abajo ante aquella pregunta.

«Siguiente as, por favor».

Laila dio un paso hacia él, sonriente.

—¿A quién quieres engañar... a ti o a mí?

Jake se dio cuenta de que Laila había cambiado su estrategia y ahora lo trataba con ternura, utilizando aquella maravillosa sonrisa que lucía cuando se mostraba esperanzada y que era la sonrisa de una mujer que se sabía deseada por el hombre al que ella deseaba.

Jake era muy consciente de que jamás se habría acostado con otra mujer. Sólo con Laila. Laila era la única que ostentaba y que hacía tambalearse su control, había sido la única mujer capaz de devolverle su hombría.

Lo había vuelto loco desde la primera vez que lo había sonreído y siempre que le decía con la mirada que tenía muy claro que no era el gruñón que pretendía ser.

Y ahora había encontrado su talón de Aquiles: sabía que la deseaba.

Si la dejaba seguir adelante, sería capaz de entregarle su maravilloso cuerpo, de colársele en el corazón y, entonces, querría saberlo todo sobre su vida, sobre su lugar de origen...

¡Su lugar de origen, su casa, aquel lugar donde todavía estaba la sangre de su esposa! No, no, aunque se había planteado hacía un rato que sería capaz de

volver por el bien de su hijo, no sería capaz nunca. Por mucho que quisiera volver, por mucho que lo deseara, no podría hacerlo.

No se merecía volver a casa. Tampoco se merecía la felicidad que Laila le ofrecía.

–Aquí la única que se está engañando eres tú –le espetó, desesperado por cerrar la herida por la que se le había colado–. Es cierto que quise acostarme contigo una noche, pero eso no significa que vaya a volver a ocurrir.

Laila sonrió.

–Mentiroso –le dijo, dando otro paso hacia él–. Demuéstramelo.

Cuanto más femenina se ponía ella, más dudaba Jake, pues durante mucho tiempo, quizás demasiado, se había negado la necesidad que tenía como hombre y ahora Laila se había dado cuenta de que había querido seducirla para convencerla de que se casara con él.

Laila había recuperado la seguridad en sí misma y estaba ganando la partida, había vuelto a ser la encantadora e inteligente mujer que se le había metido bajo la piel desde el primer día y que se había agarrado a sus hormonas con fuerza.

Jake la deseaba con todas sus fuerzas y era obvio que ella a él, también. Ninguno de los dos podía esconderlo. Una sola caricia más y el deseo estallaría entre ambos.

–Te propongo una cosa –dijo Jake–. Si quieres, delante de tu familia fingiré que estoy enamorado de ti y te daré un hogar y una seguridad y, cuando nazca el niño, podrás terminar tus estudios en la universidad. Yo me cambiaré de trabajo, buscaré uno con un horario que me permita acoplarme a ti para estar ahí cuando nazca el bebé. Haré todo lo que esté en mi mano para darte una buena vida, pero no te prometo nada en cuanto a amarte ni a tener más hijos.

Y así sería. La vida en las zonas rurales de Australia, tal y como él sabía desgraciadamente muy bien, era muy peligrosa.

–La semana que viene, nos vamos a Bathurst –añadió Jake de repente–. Di en la universidad que te hagan los exámenes más tarde. Yo te mantendré económicamente. Buscaré otro trabajo o compraré una granja cerca de la ciudad.

Laila lo miró, sorprendida.

–¿Tienes dinero para comprar una granja? Te advierto que Bathurst no es barato.

Jake asintió en silencio.

–¿Sigues creyendo que me voy a casar contigo? –le preguntó Laila.

Jake se encogió de hombros y fue hacia la puerta de las cuadras. El sol se estaba poniendo y el cielo estaba color violeta. Jake se preguntó cómo era que ninguno de los hombres había pasado por allí a dejar sus herramientas y se dijo que era mejor así porque necesitaba un rato más a solas con Laila para conseguir borrar de ella aquella tierna y confiada sensualidad.

–Lo cierto es que no me importa que nos casemos o no –contestó con frialdad–. Te lo he ofrecido por tu bien y el de tu familia, pero para mí no es necesario. Lo que sí te advierto es que, allí donde vayáis el niño y tú, iré yo, con o sin alianza. Si decides quedarte en la casa que ocupas ahora en Bathurst, me mudaré a la casa de al lado. No me importa vivir en la ciudad, ya lo hice durante cinco años... aunque prefiero el campo.

Laila se dio cuenta de que la estaba intentando apartar de nuevo de él, de que la estaba intentando hacer olvidar sus preguntas y ella no estaba dispuesta a olvidar tan fácilmente.

–¿Has vivido en la ciudad?

–En una ciudad –contestó Jake sin decirle en cuál–. No me gustó mucho.

Pero estaba dispuesto a volver a aquella vida por el bien de su hijo y para que ella pudiera terminar sus estudios.

Desde que lo había conocido, a Laila le había parecido que aquel hombre estaba hecho del mismo material que los héroes. Ahora, lo tenía muy claro. Jake Connors amaba el campo, pero estaría dispuesto a volver a la ciudad por ella.

Era evidente que la deseaba como un loco y que había tenido que hacer un gran esfuerzo para mantenerse distanciado de ella. Y no sólo eso. Además, se había ofrecido a casarse con ella, sabiendo que sería una tortura sexual para ambos, porque creía que era lo correcto para ella y para el niño.

Jake Connors era un hombre que se odiaba a sí mismo, un caballero torturado dispuesto a sacrificar sus deseos y sus necesidades para que ella mantuviera vivos sus sueños.

Se estaba haciendo de noche y, de un momento a otro, aparecería por allí algún empleado para dejar sus cosas antes de dirigirse al comedor comunal, así que Laila se dirigió al establo de al lado para cepillar al siguiente caballo, que era Lightning, un potro joven y alegre.

Jake se quedó de pie, silencioso, observándola, esperando.

Laila estaba cansada y no estaba dispuesta a darle ningún tipo de información a menos que él hiciera lo propio.

–¿Acaso tu idea de casarte conmigo o de irte a vivir a Bathurst para estar cerca de mí y del niño forma parte de un plan más ambicioso? ¿Estás intentando redimir los pecados del pasado?

–Efectivamente –contestó Jake, acercándose a ella y tomando otro cepillo–. El Arquitecto del Universo me perdonará mis pecados si hago lo correcto por una chica embarazada que no necesita ningún tipo de ayuda económica. El mundo funciona así, ¿no? –añadió, comenzando cepillar al caballo–. No busco el perdón del mundo. No creo en el karma.

Laila hizo una mueca de disgusto ante sus palabras.

–Entonces, ¿en qué crees?

–¿En qué creías tú antes de que tu vida se viniera abajo, princesa Laila? ¿Por qué está todo el mundo tan equivocado sobre ti?

Jake no esperaba que Laila contestara a aquellas preguntas, pues le había cerrado la puerta a su mundo en la cara, protegiéndolo con un sólido muro de distante y fría educación.

El potro, repentinamente asustado, dio un paso atrás. Momentos después, escucharon un trueno en la distancia.

Llegaba una tormenta.

–Deberías irte a casa –le dijo Jake a Laila.

Por lo visto, para él, la conversación había terminado.

De repente, oyeron pasos que iban hacia ellos y una voz.

–Jake, es hora de cenar.

Con un rápido movimiento, Jake dejó el cepillo en el suelo, agarró a Laila y la llevó hasta la pared del fondo, desde donde no los veían. Laila sintió su cuerpo fuerte y caliente, aspiró su olor varonil de hombre de campo y se dijo que, con sólo ponerse de puntillas, podría saborearlo.

–¿Qué haces? –murmuró.

–Mantener nuestra intimidad hasta que hayas tomado una decisión –contestó Jake, mirándola como si hubiera vuelto a recuperar el control–. A mí no van a venir a buscarme porque suelen respetar mi soledad.

–Ya he tomado una...

–Laila, ¿estás ahí?

Era Glenn, uno de los hermanos de Laila.

Jake se apresuró a tapparle la boca.

–Si nos encuentran juntos, tu padre no tardará en enterarse. ¿Estás preparada para darle la noticia?

Laila negó con la cabeza. Inconscientemente, su cuerpo se movió contra el

de Jake, que no pudo evitar inclinarse sobre ella...

La risotada de uno de los hombres los separó de un respingo. Las voces se alejaron no sin antes haberlos separado. Jake miró a Laila fijamente. La mueca de su rostro demostraba que estaba haciendo un gran esfuerzo para controlar sus emociones.

–Deberíamos irnos antes de que mi padre o mis hermanos me vengán a buscar –anunció Laila–. Y lo harán dentro de un rato si no contesto a su llamada.

Jake le abrió la puerta del establo y la volvió a cerrar cuando hubieron salido. La tormenta había oscurecido el cielo. Laila tomó aire y dejó que el viento azotara sus cabellos.

–Cuando decidas contarle lo que pasa a tu familia, quiero estar a tu lado –le dijo Jake mientras la acompañaba hasta la casa principal.

–Muy bien, pero...

–No me digas que no hace falta porque lo quiero hacer –insistió Jake con vehemencia.

–Está bien –accedió Laila, sabiendo que aquella decisión le ganaría el respeto de su padre–. Merecen saber quién es el padre de mi hijo y lo que tengo intención de hacer en el futuro.

–Querrás decir lo que tenemos intención de hacer en el futuro –le recordó Jake con voz inflexible.

–Creo que lo mejor será informarles cuando lo tengamos claro entre nosotros.

–Te dejo aquí –dijo Jake al llegar al muro que separaba la casa principal del resto de la propiedad.

A continuación, se giró y se alejó. Sin embargo, Laila decidió que no le apetecía que se fuera, así que retomó la conversación que habían dejado a medias.

–Aunque haya vivido en la ciudad, no eres un urbanita. Se te da demasiado bien montar a caballo y ocuparte del ganado. Eres poesía en movimiento cuando montas –le dijo, pensando en aquellos guerreros de pelo largo y corazón salvaje que tanto la habían fascinado de adolescente.

Jake se giró e, inesperadamente, sonrió. Aquella sonrisa le iluminó los ojos y Laila sintió que el corazón le daba un vuelco.

–Nací y crecí en el campo. Viví durante cinco años en la ciudad, pero volví hace ya catorce.

–¿Pero cuántos años tienes? –le preguntó Laila, sorprendida–. Yo no te

echo más de treinta.

Jake sonrió abiertamente y enarcó las cejas.

–Gracias, pero cumpliré cuarenta dentro de dos años. Parezco más joven por mi madre. Mi abuela era asiática y las dos parecen más jóvenes. Mi padre aparentaba tener mucha más edad que ella. Aaron, Sandy y yo nos parecemos a mi madre.

Laila se dio cuenta de que Jake le estaba contando cosas de su vida personal en un intento de aproximación.

–¿Tu madre vive todavía? –le preguntó.

–Sí –contestó Jake sin dar más detalles.

–¿Y tú eres mayor o menor que tus hermanos?

–Cuatro años mayor. Ellos son mellizos –contestó Jake–. Durante muchos años, sólo nos tuvimos los unos a los otros.

–¿Y eso? –quiso saber Laila, preguntándose por qué su madre y su abuela no aparecían en aquella fotografía familiar.

–Eso fue hace muchos años –contestó Jake–. Bueno, me voy a cenar.

Obviamente, Jake creía que ya le había contado suficiente. Por lo menos, ahora se comunicaba con ella a través de frases completas y no solamente de palabras aisladas. Aquél era el hombre que Laila había creído percibir desde el principio.

–Buenas noches –se despidió.

–Hablamos mañana –se despidió él, bajando la colina.

–¿De qué? –estalló Laila–. Si ya hemos hablado de todo lo que tenemos que hablar.

–Todavía tenemos muchas cosas de las que hablar –contestó Jake, girándose y yendo hacia ella con furia–. Tenemos que decidir dónde vamos a vivir, qué médico te va a atender, cómo nos vamos a ganar la vida. Tenemos que hacer planes.

–¿Todavía no te has enterado de que te he dicho que no me voy a casar contigo? –le espetó Laila.

–Lo he oído, pero me parece que eres tú la que no te enteras de un hecho fundamental –contestó Jake, poniéndole las manos en los hombros–. Tengo decidido que al niño y a ti no os falte absolutamente nada jamás.

Qué guapo era aquel hombre...

Laila se dijo que iba tener que tener mucho cuidado porque, cada vez que la tocaba, su fuerza de voluntad se iba abajo, así que tenía que tener mucho cuidado para que no tomara control completo de su vida.

–¿Y no importa lo que yo quiero? –dijo a la desesperada.

Jake le acarició la mejilla.

–Dime qué es lo que quieres, Laila –le dijo, acercándose un poco más.

¿Cómo decirle «sólo quiero que me quieras» sin volver a quedar como una tonta?

–Quiero lo que queremos todas las mujeres –contestó–. Unos cuantos hijos, una casa bonita... a lo mejor una finca o una clínica veterinaria... la verdad es que no es eso lo que quiero –recapacitó–. Todo eso sería muy bonito, pero no me es necesario. Puedo pasar con poco, pero lo que realmente necesito es sentirme amada. Quiero que mi marido me quiera con todo su corazón.

Jake dejó caer las manos. Estaba lívido.

–Unos sueños muy bonitos, Laila. Me encantaría poder hacerlos realidad, pero me es imposible –le dijo, alejándose.

«Jamás me amarás».

Laila se quedó mirándolo mientras se alejaba, deseándolo y sufriendo porque, aunque se moría por él, apenas lo conocía. No había hecho más que rascar la superficie de lo que lo atormentaba y lo que había descubierto no cuadraba.

Un hombre que estaba dispuesto a sacrificar su vida por su bien y el del niño, pero que no esperaba nada para él... ni siquiera una relación normal entre marido y mujer. Un hombre orgulloso y a la vez humilde hasta el punto de odiarse a sí mismo. Tenía dinero suficiente para comprar una granja en Bathurst, pero trabajaba como peón y vivía en un barracón común con otros veinte vaqueros. Un hombre que se derretía al mirarla y cuyo cuerpo se endurecía cuando estaban cerca, pero que hacía todo lo que podía para deshacerse de ella, un hombre que hablaba con amor de su familia, pero que no había ido a verlos en el año largo que llevaba en Wallaby Station.

¿Quién era de verdad Jake Connors?

–¡Jake! ¡Jake, Jake! –gritó Laila, corriendo tras él.

Jake casi había llegado al comedor comunal. Al oír la voz de Laila, se paró, pero no se giró ni habló. Se limitó a esperar.

Laila se quedó mirándolo y se preguntó cómo podía haber supuesto que un hombre como aquél podía ser suyo. Estaba completamente fuera de su alcance. Laila intentó formar palabras, pero no se le ocurría nada.

–¿Qué pasa? –le preguntó Jake en tono cortante.

Laila lo abrazó por detrás y se apretó a él con fuerza.

–No quiero a un hombre normal y corriente –murmuró.

–Laila, tus sueños morirán conmigo. Te vas arrepentir de esto. Puede que no sea mañana ni la semana que viene ni el año que viene, pero algún día me dirás qué hubieras preferido no conocerme. Por favor, acepta lo que te ofrezco y no me pidas más. Lo único que vas a conseguir es que te haga daño.

–Ya lo sé –admitió Laila–, pero me siento tan atraída por ti, Jake, que no puedo separarme de ti. No sé por qué –sollozó–. Intento controlarme, pero, en cuanto te miro, estoy perdida.

–Sí, esa palabra es perfecta para describir lo que les pasa a las personas que se acercan demasiado a mí –dijo Jake con sarcasmo.

–Para –gritó Laila–. No te voy a permitir que me apartes de ti esta noche. Jake se giró hacia ella y le levantó el mentón con un dedo.

–Te vas arrepentir.

–Puede que así sea, pero ahora lo único que quiero eres tú.

Jake no la estaba tocando, pero la miraba con un deseo tan fuerte como el de la noche en la que habían hecho el amor, así que Laila se apretó contra él.

–Lo único que te pido es ahora, Jake –murmuró, besándolo.

Gracias a Dios, Jake estaba devolviéndole los besos. Todavía no la tocaba, como si el calor que emanaba de su cuerpo lo asustara.

«Tócame, Jake, tócame».

En aquel momento, otro relámpago rasgó el cielo y, como si ésa hubiera sido la señal convenida, Jake se convirtió en un macho salvaje y fiero y Laila vio en sus ojos que había percibido su necesidad básica y primaria.

Por fin, dejó de luchar y la besó.

# Capítulo 4

Laila dio un paso atrás ante la fuerza con la que Jake la besó. Desde luego, cuando aquel hombre perdía el control, besaba de maravilla. La estaba besando como si se la quisiera comer viva y ella no dudó en devorarlo también.

La primera vez había sido igual. Pura pasión. Aquello era todo lo que Laila había querido siempre y con lo que siempre había soñado, pero que no había encontrado en ningún hombre hasta conocer a Jake.

Por lo visto, Jake había decidido no disimular más y la estaba besando con tal intensidad, con tanta necesidad que Laila se sintió la mujer más gloriosamente femenina del mundo.

Laila se apretó contra él y arqueó el cuerpo hacia atrás, lo que hizo que Jake aullara de satisfacción. Laila sentía sus manos por todo el cuerpo, devolviéndole la vida y llenándola de deseo...

En aquel momento, las risas apagadas procedentes del comedor cercano los interrumpieron. Alguien propuso jugar una partida de billar.

Jake se apartó de ella y Laila reposó la cabeza sobre su hombro, sintiéndose terriblemente débil y sorprendida ante la profundidad de su deseo cuando Jake la tocaba.

—Vete —le dijo Jake—. Vete a casa. Allí estarás a salvo. No quiero que hagamos algo de lo que te arrepientas.

Laila levantó la cabeza y se rió.

—Pero si ya estoy embarazada —le recordó.

—Esto no forma parte del trato —contestó Jake, apartándose de ella, pero agarrándola de la cintura para que no se cayera—. Estoy dispuesto a darte mi apellido y mi protección, pero sólo eso.

Laila volvió a reírse, más históricamente esta vez.

—¿Has estado a punto de hacerme el amor aquí mismo, de pie, contra el muro y todavía me dices que entre nosotros sólo puede haber un matrimonio de conveniencia?

Jake apretó los dientes.

—Esto no se va a volver a repetir. Te lo aseguro.

Laila volvió a reírse.

–Sí, claro. Anda, repítetelo unas cuantas veces que, a lo mejor, acabo creyéndomelo hasta yo.

Al ver que a Jake se le inflamaban las aletas de la nariz, Laila se dio cuenta de que se había pasado de la raya.

–Ya sabes lo que estoy dispuesto a darte. Si quieres, estoy dispuesto a fingir delante tu familia que estoy loco por ti, te daré un hogar, una seguridad y el margen suficiente para que puedas terminar de estudiar. Estoy dispuesto a cambiar de trabajo para acoplarme a los horarios del bebé y haré todo lo que esté en mi mano para que tengas una vida fácil porque te lo mereces, pero jamás te haré el amor. Quiero que lo tengas muy claro. Si no estamos de acuerdo en esto, hago las maletas esta misma noche, me voy y te dejo que te enfrentes a tu familia tú sola.

Laila sintió un escalofrío por todo cuerpo, pues sabía que Jake era capaz de irse.

–Está bien –accedió.

–¿Eso es todo?

–Sí, eso es todo –contestó Laila.

–¿Quieres decir que aceptas casarte conmigo?

–No. Acepto que lo que me has dicho es tu verdad y te pido que aceptes que a mí me parece completamente inadecuado. No sé quién eres, ni de dónde vienes o lo que quieres en la vida, y lo que me ofreces no es ni muchísimo menos suficiente porque no quiero casarme con un mártir. Acepto que tendrás un lugar en la vida de nuestro hijo y que, delante de mi familia, serás su padre. Eso es todo.

Jake no se movió, pero, a la luz de un nuevo relámpago, Laila vio lo que Jake siempre había querido ocultar: su vulnerabilidad.

Por mucho que se empeñara en negárselo a sí mismo, era evidente que en lo más profundo de su corazón aquel hombre quería algo más de la vida.

Jake dio un puñetazo en el muro del comedor comunal. Laila se dio cuenta de que tenía la respiración entrecortada. Le pareció que su rechazo lo había dejado devastado y, por un momento, tuvo la tentación de decirle que sí, que estaba dispuesta a casarse con él, que estaba dispuesta a hacer lo que fuera necesario para verlo feliz.

–Cuando esté preparada para decírselo a mi familia, te lo haré saber –le dijo sin embargo, intentando mantener la calma.

Jake la miró angustiado y Laila volvió a tener que hacer un gran esfuerzo

para no caer en la tentación de pronunciar las palabras que lo harían sonreír de nuevo. No, no podía ser. No podía arriesgar la felicidad de los tres.

Lo que ella quería era tener una familia de verdad, una familia maravillosa y alegre, y estaba dispuesta a luchar todo lo que fuera necesario para conseguirla.

–Haré que cambies de opinión, Laila –murmuró Jake.

Laila sintió un escalofrío por la espalda.

–Ten cuidado, a ver si voy a ser yo la que te haga cambiar de parecer a ti – le advirtió–. Ten en cuenta que, mientras que tú vas a estar intentando que yo me ponga de acuerdo contigo y vea las cosas como tú las ves, yo estaré intentando que tú quieras lo mismo que yo. Quedas advertido. Yo quiero felicidad y no me pienso conformar con otra cosa.

Sin mediar palabra, Jake se giró y entró en el comedor comunal. Laila pensó que le había lanzado el guante. El duelo estaba servido.

Aunque Jake se empeñara en ofrecerle solamente un matrimonio de conveniencia, ambos sabían que entre ellos había una pasión tan fuerte que cualquier día estallaría.

Aunque Jake creyera que no merecía nada bueno de la vida, Laila estaba decidida a demostrarle lo equivocado que estaba. Laila quería conocer al hombre de verdad, saber qué había sucedido en su vida que lo había llevado a creer que no merecía nada.

Laila quería conseguir que Jake quisiera ser su amante y el padre de su hijo.

Laila sonrió, pero la sonrisa pronto se evaporó de su cara al pensar en lo que tenía por delante: decírselo a su familia.

Hacía muchos años que no les mentía, pero en esta ocasión, por su bien, iba a tener que hacerlo.

«No puedo».

Laila casi había conseguido convencerse de que fingir que Jake y ella estaban enamorados era lo correcto para proteger a su familia de las consecuencias de su estupidez, pero ahora que tenía ante sí a aquellos hombres que habían dedicado sus vidas a protegerla y a aquella mujer que le había dado el amor de una madre, Laila no podía recitar el guión que se había estado preparando durante dos semanas.

Si les contase la historia que había inventado, lo único que iba a conseguir era hacerlos sufrir más adelante cuando se enteraran de la verdad y

encontrarse casada con Jake en menos de una semana.

Laila miró a Jake y, de repente, la idea de convertirse en esposa de un hombre que le había dicho que jamás podría amarla la hizo sentir un profundo dolor en el pecho. Aunque la propuesta la ayudara en aquellos momentos, el día a día se le haría intolerable e inaguantable.

No, le resultaría imposible vivir con un hombre que solamente la deseaba. Iba a tener un hijo con él, pero apenas lo conocía y la idea de estar siempre a su lado, esperando que Jake quisiera bajar la barrera para dejarla entrar en su corazón se le hacía insoportable.

«Lo siento mucho, chicos, pero no puedo hacerlo. Ni siquiera por vosotros».

Jake no había conocido nunca una mujer tan cabezota.

Él había creído que Laila les iba a contar que se habían enamorado y se había quedado embarazada, lo último que hubiera creído era que le iba a contar a su familia, tan protectora y ultraconservadora, que iba a convertirse en madre soltera, pero eso era exactamente lo que acababa de hacer.

Laila se había sentado frente a su padre, le había tomado la mano entre las suyas y se había lanzado.

—Sé que estáis todos muy preocupados por mí, y lo siento. Tenemos que hablar.

—¿Y éste qué hace aquí? —había querido saber Glenn, refiriéndose a Jake.

—Me parece que él también está envuelto en el problema, ¿verdad, Laila? —le había dicho su padre, mirando a Jake de reojo.

—Ya lo sabes, ¿no?

Sin dejar de mirar a Jake, el padre de Laila había asentido.

—Marcie me había dicho que nos lo dirías cuando te pareciera el momento oportuno, pero no sé si es que te ha parecido el momento oportuno a ti o a él —comentó su padre, mirando a Jake con dureza.

—¿Acaso no me conoces, papá? —sonrió—. Siempre hago las cosas cuando a mí me va bien.

—Sí, desde luego, si hubiera sido cuando a mí me hubiera ido bien, esto no habría sucedido, princesa.

Jake vio el dolor reflejado en los ojos de Laila y se le hizo muy difícil no intervenir para defenderla, pero comprendió que Laila tenía la necesidad de hacer aquello ella sola y se mordió la lengua.

–Ése es el problema, papá –le dijo Laila con tristeza–. Por mucho que me he empeñado en cambiar las cosas, mi vida siempre ha estado regida por ti. Aunque no haya ido a la universidad que tú querías ni he estudiado lo que tú querías, todo el mundo sabe que soy tu hija. Tu influencia me eclipsa –declaró, apenada–. Da igual lo que haga. La gente me ve como a la hija de Brian Robbins. Incluso él lo cree así. Sobre todo, él –añadió, mirando a Jake.

En aquella ocasión, Jake vio el dolor reflejado en los ojos del padre de Laila.

–¿Y te has quedado embarazada para escapar de mi apellido? ¿No se te ha ocurrido otra manera de demostrarle quién eres en realidad?

–Sabes que no ha sido así –suspiró Laila–. Si hubiera querido escapar, me habría ido a otra ciudad cuando hubiera terminado la universidad, pero eso no habría servido más que para hacerte daño y yo no quiero hacerte daño. Yo lo único que quiero es encontrar la forma de vivir mi vida, encontrar la manera de ser yo misma. Lo que me ha pasado es que, en el camino, he cometido un error. Este embarazo no estaba planeado.

Andrew y Glenn se miraron.

–¿Y cuándo piensas casarte con ella? –le espetó Andrew a Jake.

Glenn apretó los puños.

–En breve –dijo Jake, dando un paso al frente.

El padre de Laila asintió.

–Sí, os tenéis que casar rápidamente porque a ti se te va empezar a notar dentro de un par de semanas y la gente va a empezar a hablar.

En aquel momento, Marcie, la madrastra de Laila, que había permanecido callada hasta entonces, suspiró como si fuera a intervenir, pero las palabras de la hija de su marido la hicieron callar.

–Mi vida y las decisiones que tomo son mías. Os estoy contando mis planes porque sois mi familia y os quiero, pero no pienso tolerar ninguna interferencia en mi felicidad. Lo que ha sucedido ha sido un error, una cosa de una noche. Me niego a empeorar la situación casándome con Jake.

Ante aquellas palabras, se hizo el silencio absoluto.

–¿Cómo que no? Harás lo que tienes que hacer –la reprendió su hermano Glenn.

Laila le sonrió con tristeza.

–Hayley Jesmond –le dijo.

Jake no tenía ni idea de por qué había mencionado a la única hija de Ben Jesmond, un ganadero de la zona, que todavía estaba soltera y era muy guapa,

pero evidentemente su hermano sabía perfectamente por qué lo había dicho porque se había sonrojado y había bajado el tono de su respuesta.

–Aquello fue diferente –murmuró, mirando al suelo.

–¿Ah, sí? ¿Lo dices porque perdió el bebé o porque eras tú el que se vio en aquella situación entonces? –le preguntó su hermana–. ¿Me estás diciendo que tú tienes derecho a escoger a la persona con la que quieres pasar tu vida y yo no?

–A mí me parece que tú ya has elegido. Todo el mundo se dio cuenta la noche de la fiesta –intervino Andrew.

Laila se sonrojó y Jake la miró lleno de satisfacción. Dijera lo que dijera, Laila no podía negar que lo había buscado y que lo había conseguido. Había sido así y no al revés.

–¿Qué ha cambiado desde entonces?

Por primera vez, Laila bajó la mirada. A continuación, miró a Marcie con ojos implorantes de comprensión.

–Quiero lo que papá y tú tenéis –murmuró–. No quiero que mi marido tenga que casarse conmigo. ¡Prefiero morirme a tener que casarme por obligación con un hombre que cree que el niño y yo somos un problema que tiene que solucionar!

Jake se preguntó cuándo iba a dejar de castigarlo por aquel comentario desafortunado.

«No me está castigando, lo que pasa es que realmente cree que yo lo veo así».

Sí, se había esmerado tanto en intentar que Laila se alejara de él que lo había conseguido, y ahora no sabía cómo hacer para que volviera a su lado. Cada vez que le prometía que los iba proteger a ella y al niño, se distanciaba todavía más y, aunque frente a su pasión caía rendida, no conseguía convencerla tampoco con aquello.

¿Y cómo iba a prometerle amor eterno para hacerla feliz cuando él sabía que no podía dárselo?

–¿Y tú qué tienes que decir, Jake Connors? –le preguntó de repente Brian Robbins a Jake–. ¿Lo que dice mi hija es cierto?

Jake lo miró a los ojos.

–Todo lo que dije o pensé antes de enterarme de que iba a tener un hijo es ahora irrelevante. Lo único que importa es que quiero casarme con su hija y darle mi apellido al niño.

Brian enarcó una ceja.

—A mí me parece que el apellido Robbins es perfecto para cualquiera de mis nietos y, obviamente, a mi hija sí que le importa lo que hayas dicho o hecho porque la has hecho sufrir. Te pregunto. ¿Te parece que son importantes sus sentimientos?

¿Qué se suponía que tenía que contestar? Por supuesto que le importaban los sentimientos de Laila, pero no quería admitirlo porque eso era precisamente lo que estaba buscando ella para convertirlo en su héroe... y en su amante.

Jamás había merecido el honor de convertirse en su amante y seguía sin merecérselo. Aunque soñara con ello día y noche. Ésa era su penitencia por haberse acostado con ella y estaba dispuesto a cumplirla.

Jake prefirió guardar silencio.

—¿Te das cuenta de que, si no te importan sus sentimientos, jamás serías un buen marido ni para ella ni para cualquier otra mujer? ¿Cómo esperas que quiera casarse contigo cuando sabe que no la quieres?

—Yo no he dicho eso. Estoy dispuesto a hacer todo lo que esté en mi mano para que ella y el niño sean felices y...

—Palabrería, palabrería —la interrumpió el padre de Laila—. ¿Qué sientes por mi hija?

El clan Robbins al completo estaba pendiente de sus palabras.

Excepto Laila, que estaba sentada muy quieta, mirándose las manos, que tenía unidas en el regazo. Estaba ruborizada de vergüenza y Jake se dio cuenta de que una lágrima le resbalaba por la mejilla. Estaba completamente avergonzada, preparándose para la humillación que sabía que su contestación le acarrearía frente a su familia.

¿Acaso siempre la hacía sufrir? ¿Por qué no podía darle nada bueno a aquella mujer que tanto le había dado sin pedirle nada a cambio? De haber estado a solas en aquellos momentos, la habría tomado entre sus brazos y le habría demostrado lo mucho que le importaba.

Tampoco le habría servido de nada porque, a pesar de que le había prometido que no la iba a volver a tocar, lo había hecho cada vez que se habían vuelto a ver, así que poca credibilidad le quedaba ante Laila.

Lo cierto era que cada vez que la veía no podía mantener las manos quietas y no sabía si lo hacía para convencerla de que se casara con él, porque la estaba marcando como si fuera suya o porque, simplemente, no lo podía evitar.

¡Era adicto a sus besos!

–¿Y bien?

Aquellas palabras lo sacaron de sus reflexiones.

–Estoy dispuesto a casarme con ella en cuanto ella quiera. Quiero estar a su lado y criar a nuestro hijo juntos –contestó.

–Así que Laila tiene razón. No la quieres –intervino Glenn–. ¿Por qué no la quieres? ¡Todo el mundo quiere a Laila! ¿Qué más se podría pedir en una mujer? Es una chica maravillosa y será una esposa fantástica. ¡A muchos les gustaría estar en tu lugar!

–Glenn, por favor –le imploró su hermana–. Por favor, para.

Jake la miró y comprobó que estaba completamente perdida y destrozada, lo que lo llevó a cruzar el salón y a tomarla entre sus brazos.

–No pasa nada –le dijo para tranquilizarla.

Laila sacudió la cabeza. Evidentemente, aquella reunión familiar le estaba haciendo mucho daño; sin embargo, no estaba dispuesta a aceptar la salida fácil que él le ofrecía. Había preferido contar la verdad.

A pesar de que su familia también hubiera preferido que se casara con él, ella seguía empeñada en no conformarse.

Desde luego, su fuerza era digna de admiración. Muchas otras mujeres ya habrían accedido a la boda, pero ella quería amor por parte de su marido y él no se lo podía dar. Lo único que le podía ofrecer era lo que ya le había ofrecido, todo lo que tenía: su fidelidad, su apellido y ser el padre de su hijo.

–Laila, no es por ti. Tú eres guapa, dulce, cariñosa y leal, todo lo que un hombre normal podría desear –le dijo–. No es por ti.

Laila se resistía a mirarlo a los ojos, así que Jake la obligó a levantar la cabeza y la besó en la mejilla, que tenía cubierta por las lágrimas, y en los labios.

–No soy una niña a la que puedas engañar con un beso –le espetó Laila.

Jake levantó las manos en señal de rendición y sonrió. De repente, recordó que no estaban solos, y, al volverse, vio que todos los miraban como si se hubieran dado cuenta de algo. ¿Acaso creían que...? ¿Se le habría notado algo? No se podía permitir el lujo de que Laila se diera cuenta de que estaba empezando a sentir algo por ella. No quería que se hiciera ilusiones.

Jake se quedó mirando al padre de Laila y, de repente, se dio cuenta de que aquel hombre lo sabía todo.

Evidentemente, un ganadero de la talla de Brian Robbins no iba a contratar a un vaquero sin antes investigarlo. Jamás habría permitido que una persona con antecedentes penales se acercara a su esposa ni a sus hijos ni lo habría

dejado entrar en la casa si no supiera absolutamente todo sobre él.

Evidentemente, sabía quién era, su estado civil, su lugar de procedencia... todo, incluso lo de Jenny y Annabel.

«No debo pensar en eso. Debo concentrarme en el presente si no quiero perder a Laila y al niño».

Lo cierto era que, aunque su parte racional le decía que, tal vez, lo mejor fuera olvidarse de todo, no podía porque Laila era tan dulce y estaba tan viva que estaba llegándole por dentro, haciéndole tener esperanzas y querer cosas que no hubiera creído capaz de volver a querer.

Era evidente que su padre no le había contado nada de Jenny y de Annabel. Eso le daba la oportunidad de contárselo él. Quería que lo supiera por él. La idea de hacerlo hizo que se le pusiera un nudo en el estómago. ¿Qué pensaría Laila de él cuando se hubiera enterado?

—En cuanto hayáis decidido una fecha, decírnoslo para empezar a preparar la boda —dijo Brian.

—Por mí, cuanto antes —contestó Jake.

Aquello hizo que Laila se pusiera en pie.

—Ésa sí que es buena. Así que entre vosotros dos, sin duda con la colaboración de Glenn y Andrew, lo vais a solucionar todo, ¿eh? No os olvidéis de decirme cuándo tengo que aparecer vestida de novia con una gran sonrisa, que a mí eso se me da de maravilla. Evidentemente, yo no tengo nada que decir en todo esto, como si no fuera mi boda. No os molestéis en hacer una fiesta de pedida ni despedidas de solteros porque, si os creéis que voy a ir sonriendo por ahí y fingiendo que soy feliz delante de la gente o que voy a querer mantener vuestra vergüenza en secreto, estáis completamente equivocados. Si me obligáis, le contaré la verdad a todo el mundo.

Su familia se quedó en silencio porque todos sabían que Laila hablaba en serio.

—Laila, nosotros sólo queremos lo mejor para ti —le dijo su hermano Andrew con preocupación.

—¿Y qué es lo mejor para mí, Drew? ¿Casarme para que nadie hable mal del poderoso clan Robbins, ser madre soltera, soportar los cotilleos y confiar en encontrar al hombre que de verdad me quiera? —le espetó—. ¿Para vosotros qué es más importante, quedar bien ante la gente o mi felicidad? —añadió con voz trémula.

Nadie contestó.

Laila se dirigió a la puerta y Jake la siguió.

–¡No te acerques a mí! –le espetó.

A continuación, salió de la habitación cerrando suavemente la puerta.

Jake tenía intención de seguirla, pero Marcie se puso en pie.

–Ya voy yo –anunció–. No quiero que ninguno de vosotros vaya detrás de ella –añadió, mirando especialmente a su marido y a Jake–. No volváis a molestarla. Necesita tiempo para decidir qué quiere. Lo que es evidente es que no quiere que ninguno de vosotros le digáis lo que tiene que hacer con su vida.

–Laila no tiene ni idea de lo que es ser madre soltera –contestó su marido–. Yo sí, y no quiero que mi hija pase por ello.

–No tuviste los mismos reparos cuando Hayley Jesmond y Glenn lo dejaron hace ocho años. Entonces, le aconsejaste a tu hijo que no se casara con ella porque sólo tenía veinte años y lo mandaste lejos a trabajar. La chica perdió al niño y todavía debe de estar convencida de que Glenn no la quería –dijo Marcie, muy enfadada.

Brian se sonrojó y miró a su hijo. A juzgar por la expresión de su rostro, Glenn todavía llevaba en su interior aquel dolor.

–Tus hijos ya son mayores. Tienes que dejar que tomen sus decisiones aunque se equivoquen.

–¡No quiero que sufran! –se defendió Brian.

–Tu hija ya está sufriendo y no puedes hacer nada para remediarlo –contestó su mujer–. Si vas a hablar con ella, probablemente te saldrás con la tuya, pero no puedes garantizarle que vaya a ser feliz. Tampoco puedes obligar a este hombre a que sienta nada por ella –suspiró, mirando a Jake–. Cariño, tu hija no puede vivir bajo tu sombra para siempre. Ha vuelto a casa porque nos necesita. Por favor, no la apartes de nosotros obligándola a llevar una vida que la destrozaría.

Dicho aquello, Marcie salió de la estancia dejando a los hombres muy confundidos, pues era evidente que no habían entendido nada y se habían equivocado por completo.

Jake los miró a todos y pensó que debía de estar igual de atónito que los hermanos y el padre de Laila. Desde luego, las mujeres de aquella familia tenían carácter. Si Marcie se ponía de su lado, Laila no iba a querer casarse con él jamás.

Y Jake no lo iba a permitir.

Apretando los dientes, decidió que, costara lo que costara, quería que su hijo llevara su apellido y que su madre se convirtiera en su esposa. Aunque

tuviera que jugar sucio, iba a conseguir que Laila se casara con él.  
No iba perder. Esta vez, no.

## Capítulo 5

Qué haces?

Laila frenó a Starfire, sorprendida, y se giró. Al hacerlo, se encontró con Jake, que la miraba con las cejas enarcadas.

–Lo que hago todos los días, ejercitar a los caballos. Por si se te ha olvidado, estamos en un rancho –le recordó–. Llevo haciendo esto toda la vida.

–Pues ya no lo vas a hacer más –contestó Jake, agarrándola de las caderas y bajándola de su montura.

A pesar de que sus cuerpos habían entrado en contacto, a Laila le pareció que Jake no lo había notado en absoluto. Últimamente, estaba de un humor de perros.

–Si no tienes un certificado médico en el que ponga que no puedo montar a caballo, vas listo. No pienso obedecerte –le advirtió.

–Claro que me vas a obedecer –insistió Jake, agarrando las riendas del animal y devolviéndolo a su establo–. Si tengo que hacerlo, hablaré con tu padre. Que yo sepa, los caballos son del rancho y no están a tu disposición para que te entretengas.

–Que yo sepa, tú eres un empleado, un vaquero y no el propietario o el capataz –le espetó Laila–. Y, para que lo sepas, no monto a Starfire para entretenerme, sino porque hay que mantenerla en forma porque la queremos cruzar.

–De eso se puede encargar Colin –contestó Jake, quitándole la silla.

–Yo, también –insistió Laila, tomándola de nuevo para volvérsela a poner a la yegua.

–No lo hagas, Laila –dijo Jake con expresión sombría.

Cuando Laila se disponía a contestarle de malas formas, se dio cuenta de que, bajo el enfado de Jake, se escondía el miedo.

–Dame una buena razón y me lo pensaré.

–Montar a caballo es peligroso para el bebé. Deberías saberlo.

–No es cierto, Jake. Los estudios más recientes demuestran que saltar y galopar sí es peligroso, pero que pasear al trote no entraña ningún riesgo ni

para la madre para el niño.

–¿Estás segura? ¿Te has informado bien?

–Por supuesto. Te aseguro que no quiero que a mi hijo le pase nada –contestó Laila, haciendo acopio de paciencia–. Fue una de las primeras cosas que le pregunté al doctor Broughton.

Allí había algo que no acababa de entender y quería saber qué era.

–Supongo que será tu especialista –insistió Jake.

–Sí, es el ginecólogo al que he estado yendo estos cuatro meses en Bathurst.

–¿Y no has visto al médico de por aquí?

–Sí, la patrulla aérea se pasó por aquí la semana pasada –contestó Laila, encogiéndose de hombros.

No había dormido bien aquella noche y sentía la cabeza llena de bolas de algodón.

–Ya sabes que los médicos de la patrulla aérea son maravillosos. Tienen una copia del informe del doctor Broughton por si pasa algo, pero no pasa nada. Mi embarazo es de libro.

–Incluso los embarazos de libro se pueden convertir en mortales. La tasa de mortalidad en el campo es diez veces mayor que en las ciudades. ¿Lo sabías?

–Por supuesto, pero yo soy una chica de campo muy dura. Sé el riesgo que entraña dar a luz aquí, pero no me importa –contestó Laila–. ¿Qué me quieres decir con todo esto, Jake?

–Lo que quiero decirte es que nos vayamos a Bathurst hasta que haya nacido el niño –contestó Jake tomándola de las manos y mirándola a los ojos–. Así, podrás terminar el curso. Tengo dinero suficiente.

Laila frunció el ceño. Por una parte, quería decirle que no intentara arrebatarse su independencia y, por otra, su instinto le decía que allí había algo más que ella no acertaba a comprender. El hecho de que la hubiera agarrado de las manos quería decir que aquello era importante para Jake. No estaba intentando seducirla, estaba realmente preocupado.

–Hace poco heredé de mi abuelo suficiente dinero como para vivir durante veinte años, así que el dinero no es el problema. Me gustaría saber lo que te pasa.

Jake apretó los dientes.

–Si nos vamos a Bathurst, el niño y tú estarías a salvo. No pienso permitir que nadie, ni siquiera tú, ponga en peligro la vida del bebé ni la tuya.

–¿Por qué insistes tanto en que no nos pase nada? No nos tiene por qué

pasar nada aquí.

–En la ciudad hay hospitales y médicos preparados para atenderos si algo va mal. Aquí tardan varias horas en llegar.

Laila lo miró, cada vez más confundida.

–El doctor Broughton va a Bathurst solamente dos veces al mes. Los únicos lugares que tienen todas esas cosas de las que tú hablas son Sydney, Melbourne o ciudades de la costa como Newcastle.

–Entonces, nos iremos a Sydney.

–Estás loco. ¡Yo no me voy a vivir a la gran ciudad por nada del mundo!

–¿Y a Newcastle? –preguntó Jake con satisfacción–. Eso debe de estar sólo a una hora aproximadamente de la finca que tenéis en el norte, ¿no? En otras palabras, a un cuarto de hora en helicóptero.

–Más bien, dos horas de coche. La finca está al noroeste del Valle Hunter.

–Deja de poner impedimentos, Laila, porque nos vamos a ir.

–Sólo si me obligas, porque yo no tengo ninguna intención de hacerlo por voluntad propia –insistió Laila, echándose hacia atrás al ver que Jake tenía intención de tocarla–. No, no me toques, no te va a funcionar. No esperes que acceda a tus deseos cuando ni siquiera me explicas por qué quieres hacer una cosa así, cuando no me dejas formar parte de tu vida.

–Quiero que nos vayamos a Bathurst porque allí es donde has vivido los últimos siete años –insistió Jake, dando un paso hacia ella.

Laila estaba haciendo un gran esfuerzo. Siempre que Jake se acercaba, notaba que se le entrecortaba la respiración ante la posibilidad de que intentara besarla.

–Laila.

Laila se dio cuenta de que el deseo se había apoderado de ella una vez más y, de repente, olvidó de lo que estaban hablando. Lo único importante era que todo lo que quería en el mundo lo tenía ante sí, así que cerró los ojos y se perdió entre sus brazos.

–Oh, Jake –murmuró bajo sus besos.

–Por favor, Laila, vente conmigo a Bathurst. Te aseguro que no te arrepentirás –insistió, abrazándola.

–No –le dijo Laila al oído.

–Desde luego, me lo estás poniendo muy difícil –se lamentó Jake, soltándola.

–Tú sí que me lo estás poniendo difícil a mí –contestó Laila–. No me manipules. Límitate a decirme por qué quieres que nos vayamos. Cuéntame

las verdaderas razones que te hacen querer alejarme de mi familia y te prometo que me lo pensaré.

Jake desvió la mirada, se giró y se fue.

En ese momento, Laila sintió un tremendo dolor en el bajo vientre que la dobló por la mitad.

–Jake –gritó.

Jake se volvió al instante y corrió hacia ella.

–¿Qué te pasa? –le preguntó, tomándola en brazos.

–Me duele –contestó Laila, cerrando los ojos y apretándose la tripa.

Jake se apresuró a llevarla a la casa principal.

–Voy a llamar a tu médico y a un helicóptero de emergencias, pero tengo que mirarte por si estás... sangrando –anunció, tumbándola con delicadeza en la cama de la sala de curas del rancho.

Laila no sintió vergüenza alguna, así que asintió, rezando para que a su precioso bebé no le sucediera nada.

–No tienes sangre –suspiró Jake.

Laila respiró aliviada y, de repente, supo que no estaba sola en todo aquello.

–Quédate ahí, pequeño –dijo Jake, acariciándole el vientre–. El médico llegará dentro de un rato y todo va a ir bien –añadió, besándole la tripa y mirando a Laila a los ojos con emoción–. Todo va a salir bien, Laila, te lo aseguro.

Laila sintió que se le saltaba las lágrimas, abrió los brazos y lo abrazó con fuerza durante un buen rato.

–Voy a buscar a tu padre y a Marcie –anunció Jake–. No te muevas, ahora mismo volvemos.

Laila no se había aburrido tanto en su vida.

La estaban volviendo loca, sobre todo Jake, que había hecho volar al doctor Broughton desde Bathurst para que la examinara, había contratado una enfermera las veinticuatro horas del día para que se quedara en el rancho hasta que naciera el bebé y prácticamente la había encerrado en la casa, recordándole la seguridad del bebé cada vez que se le ocurría poner un pie fuera sin compañía.

¿Qué sería lo próximo? ¿Cámaras de seguridad?

Lo único que había dicho su ginecólogo había sido que tenía contracciones

un poco más fuertes de lo normal. Aquello había bastado para que toda su familia se confabulara y no le permitieran hacer absolutamente nada.

Laila no se sentía querida ni protegida, sino asfixiada.

Jake se preocupaba tanto por ella que podría haberle resultado enternecedor si no hubiera sabido que tantos cuidados por su parte no eran por ella sino por el niño porque, desde el abrazo que se habían dado el día del susto, se había vuelto a distanciar de ella.

Laila se dijo que no era más que la mujer que llevaba en sus entrañas al hijo de Jake Connors y al primer nieto de la familia Robbins.

Nada más.

Así que allí estaba, encerrado en su propia casa. Sólo se le permitía salir a dar un paseo de dos horas al día. En aquellos momentos, hubiera podido asesinar a alguien. Preferentemente a Jake, aunque también le habrían servido su padre, Andrew o Glenn.

Lo único que le estaba permitido hacer era preparar bizcochos con Marcie y organizar la fiesta en la que se iba anunciar la llegada de su hijo, una idea que había tenido su padre y que le había anunciado con una frase lapidaria.

—¿Crees que nos avergonzamos de tu embarazo? ¡Se lo vamos a decir a todo el mundo! ¡Ya verás! —le había dicho.

Qué típico de un Robbins hacer como que todo estaba saliendo según él quería aunque, en realidad, no fuera así. Su padre había convocado una fiesta para anunciar la buena nueva y Laila estaba segura de que Jake estaba confabulado con él.

Evidentemente, debía de haber pensado: «A ver cuánto aguanta. En cuanto tenga que vérselas con todo el mundo y explicar que no va a haber boda... cederá».

Pero Laila no estaba dispuesta a ceder. Por supuesto, iba a ir a la fiesta, se iba a poner guapa e iba a hablar con todo el mundo, pero su padre se iba llevar una buena sorpresa.

Y Jake, también.

Aquella tarde, Laila se acercó al columpio desde el que le gustaba observar la apuesta de sol.

Faltaba poco para que comenzaran a llegar los invitados.

Había engordado tanto que pensó que pronto no cabría en el columpio ni en la cama y que tendría que comprarse una nueva.

«¿Y qué? Para el caso, siempre duermo sola. Da igual el tamaño de la cama», pensó.

–Te estaba buscando.

Laila no se molestó en girarse. Sabía perfectamente a quién pertenecía aquella voz grave y cálida porque no podía parar de pensar en ella.

–Tú y todo el mundo –contestó, dándose impulso y observando cómo las cacatúas comenzaban a volver a sus nidos para pasar la noche.

–¿Estás agobiada?

Laila se encogió de hombros.

–No creo que al niño le haga ningún mal que me permita sentir alguna emoción de vez en cuando.

El viejo columpio rechinó al agarrar Jake las cadenas y girarlas hacia él.

–¿Te has pensado lo que te propuse de irnos a vivir a Bathurst hasta que nazca el niño?

Otra vez con aquello.

–Creo que me encontraría muy sola allí. Lo cierto es que no me apetece porque todos mis compañeros de clase estarán muy liados con los exámenes, no tendrán tiempo para verme y, además, no tendré cerca a mi familia.

–Me tendrías a mí –le recordó Jake.

–De todas formas, me encontraría muy sola –insistió Laila, esperando que la respuesta de Jake fuera fría y distante ante su sinceridad.

–Supongo que no te hará ninguna gracia no terminar tus estudios este año. Te prometo que terminarás la carrera –le aseguró Jake con cariño.

Laila sintió que, al pensar en volver a Bathurst sin Jodie, Danni y Jimmy, se le saltaban las lágrimas. Tendría que volver a vivir de nuevo como la princesita, sin amigos, sin amor...

–Estás como si se te hubiera hundido todo –le dijo Jake, acariciándole la mejilla–. ¿Quieres que hablemos?

Laila levantó la mirada, esperanzada, pero pronto se dio cuenta de que, aunque Jake estaba haciendo todo lo que podía para que las cosas fueran bien, aunque la miraba con preocupación sincera, mantenía las distancias, tal y como indicaba que sus manos estuvieran alejadas unos centímetros de las suyas.

Aquella preocupación que sentía por ella estaba a años luz del amor y la ternura que Laila necesitaba, y de los que no había vuelto a haber rastro desde el día de las contracciones. Jake le daba todo lo que podía para que estuviera bien excepto lo que ella más ansiaba: su corazón.

–Tengo que ir a vestirme para la fiesta. ¿Te han dicho que vinieras por si no me ponía algo apropiado? No tenéis por qué preocuparos. Marcie me ha dado la preciosa ropa que se compró durante su último embarazo –le dijo, refiriéndose al cuarto y último aborto de la mujer de su padre.

–Sabes perfectamente que no es por eso por lo que he venido a buscarte –contestó Jake.

–Te aseguro que no he hecho nada estresante. Me he tomado las vitaminas, me he comido la fruta y las verduras, me he bebido dos litros de agua, he salido a pasear, no me he acercado a los caballos y no he salido de la propiedad. El niño está bien.

–Laila.

Laila desvió la mirada porque de nuevo le habían entrado unas terribles ganas de llorar y no estaba dispuesta a hacerlo delante de él.

–¿Qué he hecho esta vez? Estoy cumpliendo las instrucciones del médico. Estoy todo el día sentada, aburrida hasta los tuétanos. ¿Qué más quieres de mí?

–Eres infeliz –contestó Jake al cabo de un rato.

–Vaya, y yo que creía que había conseguido engañaros a todos –comentó Laila con sarcasmo.

–Deja que te ayude. Cuéntame qué te pasa. ¿Es por la carrera? ¿Quieres volver a la universidad hasta que nazca el niño? Podemos hacerlo. Podemos hacer todo lo que tú quieras.

Laila sacudió la cabeza, haciendo un gran esfuerzo para no llorar. Vivir cerca de él era una tortura, pero vivir con él sabiendo que no la quería sería...

–Venga, Laila, por favor. ¿Qué necesitas?

«¿Te hago una lista?».

La verdad era que tener a alguien escuchándola era una gran tentación, así que Laila abrió la boca para dejar salir todo lo que la angustiaba, pero antes de hablar cometió un error fatal, se miró en los ojos de Jake... aquellos ojos que la tenían cautivada desde el primer día... y lo único que vio en ellos fue culpabilidad.

Era obvio que aquel hombre pensaba que le había arruinado la vida y que tenía que arreglarlo como fuera. No estaba intentando manipularla, era cierto que estaba preocupado por ella, pero no se daba cuenta que, precisamente, su culpabilidad se interponía entre él y lo que quería ella.

–Nada –contestó Laila, levantándose y alejándose—. Me tengo que ir a arreglar.

Jake se quedó mirándola mientras se alejaba bañada por los últimos rayos de sol y sintió un terrible dolor en el corazón, pues no le gustaba nada verla tan mal. Últimamente, no sonreía, lo tenía completamente apartado de ella y Jake era consciente de que no era por vengarse, porque ella no era así, era que había aprendido del gran maestro a poner barreras y él, que se había pasado los últimos cinco años de su vida sin saber cómo bajarlas, no sabía ahora cómo ayudarla.

## Capítulo 6

Un montón de curiosos se habían dado cita en su casa aquella noche.

Laila calculaba que había unas doscientas personas dispersadas por los salones y los jardines y la cerveza corría a tal velocidad que había ya muchos jóvenes que no se tenían en pie.

Mientras tanto, las chicas se lo estaban pasando en grande cotilleando y especulando, incapaces de contener su alegría, pues la princesa había caído del pedestal... ¡y nada menos que con un vaquero! ¡A ver si ahora los chicos de buena clase social seguían yendo detrás de ella!

Laila volvió a fingir una sonrisa por enésima vez al ver que otra pareja se acercaba a ella a conversar, les presentó a Jake, que llevaba a su lado toda la velada, y les contó lo que todos querían saber.

—El niño nacerá a finales de enero o principios de febrero, tía Ellen —le comentó un minuto después a una amiga de su madre que se le había acercado al ver que estaba embarazada.

Por supuesto, no le habló a nadie de los resultados de la última ecografía ni comentó si el bebé era niño o niña, porque eso era algo que se guardaba para así.

—¿Y éste es el padre del niño? —sonrió Ellen, intentando ver bien al infame vaquero que había destrozado la reputación de la princesa.

—Sí, éste es Jake Connors —contestó Laila, presentándole a Jake, que estrechó la mano de la mujer y de su marido, Tom, sonrió y se mostró educado y cortés.

—¿Y para cuándo es la boda? —preguntó Ellen, tal y como habían preguntado todos los allí presentes de más de cuarenta años.

—¿Has oído que nos vayamos a casar, tía Ellen? —contestó Laila, intentando sonar calmada.

—Si lo hubiera oído, no tendría necesidad de preguntártelo —contestó la mujer con amabilidad.

Laila tuvo que hacer gran esfuerzo para no contestar de malas maneras.

—Entonces, sabes tanto como nosotros. Te recuerdo que estamos en el siglo XXI. Que te lo pases bien. La tarta de queso está fabulosa.

Dicho aquello, se abrió paso entre la gente, saludando y sonriendo, contestando continuamente a las mismas preguntas, siempre de forma amable y estoica, siempre con Jake a su lado. Y, si le entraban ganas de llorar, se controlaba. Y, si le dolía el alma cada vez que tenía que decir que no se iba a casar con aquel hombre al que tanto amaba, lo hacía con calma.

Y se dijo que, aunque una boda en aquella zona de Australia solía ser de lo más alegre, no merecía la pena celebrar una boda sin amor.

«Sin amor, no».

–Pues anda que tu gran plan sí que ha dado resultado –le recriminó Marcie a su marido.

Brian no estaba muy contento con cómo estaban saliendo las cosas aquella noche. Laila llevaba un precioso vestido premamá, el pelo recogido en una trenza y parecía feliz de contarle a todo el mundo que iba a ser madre. Le presentaba a Jake a todo el mundo, diciendo que era el padre de su hijo, pero, de momento, no le había dicho a nadie que tuviera planes de boda con él.

–Es tan cabezota como su madre.

Su mujer sonrió.

–Su madre, ¿eh?

–¿Me estás llamando cabezota? –dijo Brian.

–¿Tú qué crees? –rió Marcie.

Laila oyó retazos de su conversación al pasar cerca, pero no sintió deseos de sonreír. A su padre le encantaba una buena batalla con un oponente que mereciera la pena, pero no estaba acostumbrado a perder contra su propia hija.

Su padre no era ningún machista, pero en aquella zona inhóspita de Australia, los hombres eran duros. Las mujeres, también. Y juntos, familias enteras unidas, luchaban contra el clima extremo, las sequías, las tormentas, la falta de hospitales y de colegios. La gente se unía contra enemigos comunes. En aquel mundo duro y chapado a la antigua, un hijo, y mucho menos una hija, no se oponía nunca a la voluntad de su padre.

¿No decían que las experiencias nuevas eran alimento para el alma? Pues su padre debía de ir bien alimentado aquella noche.

–¿Satisfecha? –le preguntó Jake mientras se encaminaban a la casa.

–No tengo nada de lo que sentirme satisfecha –contestó Laila–. Para que lo sepas, no me gustan ni la manipulación ni la coerción. Mi padre tendría que

haberlo sabido –añadió–. A lo mejor, a ti te ha pillado por sorpresa –concluyó, enarcando una ceja.

Jake sonrió.

–Te aseguro que yo tampoco me dejo manipular, ni por tu padre ni por nadie, Laila.

–Ya lo sé –contestó Laila con sequedad–. Me dio incluso pena por él cuando intentó convencerte para que invitaras a tu familia esta noche.

Jake chasqueó la lengua y le acarició la mandíbula.

–No te había dado las gracias por eso.

Laila no le preguntó a qué se refería porque lo sabía perfectamente. Era consciente de que Jake se había sorprendido ante su discreción. No le había hecho ni una sola pregunta sobre su familia.

–De nada. Todo el mundo tiene derecho a tener su vida privada –contestó, abriendo la puerta–. Y a elegir.

A continuación, se sentó en el balancín y se quedó observando la noche. Jake se sentó a su lado. Demasiado cerca.

–¿Eso lo has dicho por mí?

Laila ya estaba harta de tener que hacer todo el trabajo emocional, así que prefirió no contestar a aquella pregunta.

–Hace una noche demasiado oscura y quieta, el aire está triste... lleno de fantasmas.

–¡No digas eso!

–Vaya, otra prohibición a mi interminable lista. Hace, por lo menos, cuatro horas que no me ponías una –le espetó, poniéndose en pie–. No se está tan bien aquí fuera como yo creía. Por favor, díles que me he retirado porque estoy cansada. Ya que todos queréis que descanse, eso es precisamente lo que voy a hacer.

Jake se puso también en pie y la agarró del brazo.

–Laila, lo siento. No ha sido mi intención...

–Te dejo solo, en tu intimidad. He hecho todo lo que me has pedido, así que, por favor, haz lo mismo por mí. Ya sé que sólo soy la portadora de tu hijo. Yo también quiero que el niño esté bien, pero, por una vez, ¿te importaría pensar en mí, en lo que quiero y en lo que necesito?

Jake se acercó a ella y apoyó su cabeza en la de Laila.

–Dímelo –murmuró.

Laila comprendió que, si lo besaba, perdería de nuevo.

–¿Para qué? Cuando yo hablo, tú lo único que haces es mirarme la tripa,

que es lo único que te importa.

Jake la miró muy serio.

–No digas eso porque no es cierto. Dime lo que quieres, dime lo que necesitas y te juro que encontraré la manera de que lo tengas.

–Quiero que todo el mundo me deje en paz –contestó Laila–. Quiero unas cuantas horas para ser Laila y no solamente la vasija que porta un bebé dentro.

Jake dejó caer las manos.

Laila volvió a integrarse en la fiesta, abriéndose paso entre la gente pues necesitaba escapar... necesitaba...

–Hola, alteza, ya va siendo hora de que me hagas caso porque he arriesgado la vida viniendo desde Bathurst en mi viejo cochecillo para darte una sorpresa.

Laila se paró en seco. Sólo había una persona en el mundo que la llamaba así. No podía ser. Al levantar la mirada, ante ella vio a un joven moreno, guapísimo, de rizos oscuros y una sonrisa maravillosa.

–¡Jimmy! –exclamó, corriendo hacia él y abrazándolo–. Has venido –añadió, llorando.

–Eh, eh –dijo su mejor amigo de la universidad y compañero de trabajo en el restaurante–. ¿Qué te pasa, alteza? ¿Qué te han hecho? ¿Quieres que pegue a alguien?

–Sácame de aquí, por favor –contestó Laila.

Al ver aquello, Jake se quedó helado. ¿Quién era aquel joven que abrazaba a la madre de su hijo con total naturalidad? ¿Qué lugar ocupaba en la vida de Laila?

Mientras se alejaban, Jake se giró hacia la familia de Laila. Evidentemente, por sus caras, le conocían. El padre de Laila parecía a punto de estallar y todos los demás invitados observaban la escena de manera inequívoca.

Era evidente que aquella noche los teléfonos iban a estar al rojo.

–Tengo que salir de aquí, Jimmy. Me están volviendo loca...

Jimmy y Laila estaban sentados a la luz de la luna, junto al estanque. Al oír aquellas palabras, Jake sintió que se le rompía el corazón. Laila, que hasta aquel momento se había comportado de manera completamente ecuánime, había dado rienda suelta a su desesperación.

La curiosidad lo había llevado a seguirlos. Necesitaba saber qué era lo que

le ocurría exactamente, qué había hecho exactamente para que se alejara de él.

–¿Qué te pasa, cariño? –le preguntó Jimmy a su amiga.

–Todo –sollozó Laila–. Todo va mal, Jimmy.

–Cuéntamelo –le dijo Jimmy, abrazándola–. Estoy aquí. Desahógate.

¿Cuántas veces en las últimas dos semanas le había insistido Jake para que confiara en él, para que le hablara, para que le contara lo que la tenía tan disgustada y no había conseguido nada?

Sin embargo, en aquellos momentos, Laila no dudó en abrir su corazón al tal Jimmy.

–Me conocen, Jimmy, saben que soy una chica de campo. Siempre lo he sido. Sin embargo, se empeñan en tenerme confinada dentro de casa. No puedo montar a caballo ni tener contacto con ningún animal. No puedo hacer ejercicio, sólo salir a dar un paseo dos veces al día con mucho cuidado. Lo único que puedo hacer es cocinar, dormir y ver la tele. Ni siquiera puedo leer porque lo único que me apetece leer son mis apuntes de la universidad, y me duele.

–Bueno, supongo que lo entenderán, ¿no? Siempre has querido ser veterinaria y el hecho de no poder terminar tu último año de carrera es muy duro.

–Jake me ha dicho que puedo terminar el año que viene, pero entonces no estaréis ni Danni, ni Jodie ni tú... –se lamentó Laila–. No tendré a nadie, no podré hablar con nadie... –añadió, llorando.

–Podrás hablar con él. Supongo que te hablará, ¿no?

–No, Jake sólo me da órdenes y me grita.

–¿Todavía no se ha dado cuenta de que así lo único que consigue es que tú hagas todo lo contrario a lo que se te pide? ¿No se ha dado cuenta de que, si te dice que vayas a derecha, irás hacia la izquierda para demostrar que tú haces lo que te da la gana? –rió Jimmy.

Laila chasqueó la lengua.

Jake cerró los ojos y suspiró. Evidentemente, Laila no se había dado cuenta de que había intentado suavizar su carácter durante los últimos días. ¿Por qué no se daba cuenta aquella mujer de que las órdenes eran por el bien de su hijo?

–¿Y tu familia? Ellos sí te entienden, ¿no? Saben que siempre has querido ser veterinaria.

–Sí, pero están tan emocionados con el nacimiento del bebé que no piensan

en mí –suspiró Laila–. Deben de pensar que, como me he quedado embarazada y quiero tener el niño, el sacrificio por mi parte es normal. Esto es lo que hacemos las mujeres, cocinamos, limpiamos, lavamos y tenemos hijos. ¡Me siento como Rapunzel, todo el día encerrada en casa! –lloró amargamente–. No puedo soportar estar encerrada sin hacer nada. Me estoy volviendo loca; para colmo, él siempre está cerca.

–¿Tu novio?

Jake se percató de que, al decir aquella palabra, la voz del chico cambiaba. No sabía si Laila lo sabía, pero era evidente que aquel hombre sentía algo muy profundo por ella.

–No es mi novio, Jimmy –contestó Laila–. Desde el principio he sabido que no me quiere, pero ahora me siento como si solamente fuera un cuerpo que lleva en sus entrañas un bebé. Incluso cuando me besa, se muestra frío y distante porque no siente nada por mí. Solamente me habla de manera amable o me besa como medio para conseguir lo que quiere y yo tengo lo que quiere: su hijo.

«Oh, Dios mío, ayúdame», rogó Jake, agarrándose al árbol detrás del que estaba escondido y sintiendo un dolor terrible que le encogía el alma.

¿Cómo podía haber sido tan estúpido? Mucho antes de la primera noche que habían compartido, Jake se había dado cuenta de lo inteligente y sensible que era Laila, pero en aquella ocasión había dado gracias al cielo por ello, por que Laila hubiera percibido su dolor y, haciendo un gran esfuerzo ante su posible rechazo, se hubiera acercado a él.

Sin embargo, desde que le había dicho que estaba embarazada, aterrado ante la posibilidad de que la historia se repitiera, ante la posibilidad de perderla a ella y al bebé, había hecho todo lo que había podido para distanciarse de lo que sentía por ella.

Para ello, no había querido ver a la mujer de verdad, sino que se había empeñado en ver a la princesa en todo lo que Laila hacía. Sin embargo, Laila no le había exigido nunca nada por ser el padre de su hijo y se había mostrado increíblemente discreta al enterarse que tenía otra familia.

Evidentemente, Laila era una mujer excepcional y, en cuanto se hubo dado cuenta de ello, Jake había decidido distanciarse todavía más.

Cuanto más necesitaba ella, menos cariño le dispensaba él. Podía contar con su atención y su preocupación, pero no con su cariño, porque Jake quería protegerse ante la posibilidad de... volver a sufrir una pérdida... de volver a sufrir... de volver a amar.

Sí, aquel amor que llevaba a un hombre a experimentar el más terrible dolor y que se había jurado a sí mismo no volver a sentir jamás, aquel amor que era consciente que podría sentir por Laila si se dejara llevar.

No quería experimentar aquel amor. Tras perder a Jen y a Annabel, había tomado una decisión y estaba dispuesto a agarrarse a ella con tenacidad.

—¿Y qué haces aquí todavía? —le preguntó Jimmy a Laila.

Eso era exactamente lo que Jake se estaba preguntando.

—Hasta hace poco, creía que, bajo su frialdad, me necesitaba, que era capaz de verme tal y como soy en realidad, pero no es así. Me estoy convirtiendo en una persona que... ni yo misma me reconozco, Jimmy. Siempre estoy en guardia, de mal humor día y noche. No puedo vivir así...

Jake sintió que se le partía el corazón. Laila, una mujer fuerte e inteligente, había vuelto a darse cuenta de cómo actuaba, pero no comprendía el porqué de su distanciamiento y aquello la hacía sufrir sobremanera, así que para protegerse había elegido distanciarse ella también.

«¿Y por qué no iba a hacerlo? Le he quitado todo lo que era importante para ella. Sus estudios, sus posibilidades profesionales e incluso lo que más alegría de vivir le da: los caballos y la vida al aire libre. Le he quitado todo eso para calmar mis propios miedos y nunca le he explicado por qué. Es por el bien del bebé, y por ti. No podría soportar perderos ahora que, por fin, tengo la oportunidad de...».

Cada vez que daba un paso al frente, daba dos atrás, y ahora Laila lo veía como a su enemigo, algo por lo que Jake no podía culparla.

—Ven aquí —le dijo Jimmy, abrazándola—. Me parece que necesitas desesperadamente un buen abrazo y algo de diversión, por ese orden. ¿Te apetece que nos bañemos? Luego, podríamos cenar algo completamente inadecuado, como el chocolate que tengo en el coche y, luego, cuando esto que llaman fiesta haya terminado, seguiremos hablando. Estoy dispuesto a escucharte durante toda la noche. Nadie podrá impedírmelo.

—No, Jimmy, no puedo irme a bañar contigo durante la fiesta porque ya hay suficientes rumores. No quiero avergonzar a mi familia. Si me fuera a nadar contigo, dirían que tú eres el padre de mi hijo...

—Ojalá —contestó Jimmy, haciéndola reír.

—Eres bobo —le dijo Laila con cariño.

—Ya lo sé, pero te aseguro que no soy tan bobo como para no querer nadar con la mujer embarazada más sexy del mundo. No me he hecho cuatrocientas millas para nada.

Laila volvió a reírse.

–Cuánto me alegro de que hayas venido –le dijo, abrazándolo con fuerza–. No sé qué haría sin ti.

–Claro que he venido. Siempre estoy a tu lado. Pase lo que pase. Incluso cuando un idiota te deja embarazada y es tan tonto que no se da cuenta del tesoro que tiene.

–No te puedes imaginar cuánto necesitaba oír algo así –murmuró Laila.

Jimmy apoyó la mandíbula sobre su cabeza y el idiota que la había dejado embarazada cerró los ojos y suspiró ante la ironía.

Llevaba meses manteniendo las distancias con Laila y ahora, en la fiesta de celebración del próximo nacimiento de su bebé, ella se estaba acercando a otro hombre, un hombre que evidentemente tenía sentimientos profundos por ella.

Jake pensó que no le extrañaría que su hijo terminara llamando papá a aquel hombre y no podría echarle nada en cara a Laila porque, desde el principio, ella había sido sincera a la hora de hablar de sus necesidades, pero él le había dado todo lo que él creía que ella quería, pero nada de lo que necesitaba.

Sin embargo, el miedo que le producía la posibilidad de perder los derechos sobre su hijo no era el único cambio que se estaba produciendo en su corazón. Lo cierto era que no podía parar de pensar en Laila y en el bebé, noche y día. Jen y Annabel estaban empezando a desaparecer del lugar constante que ocupaban en su mente.

Jake sintió pánico.

Le había jurado a su esposa que siempre la amaría, que jamás la olvidaría, le había dado su palabra solemne de que educaría a su hija con amor y recordándola. No había podido hacerlo. Había fallado a su familia de todas las formas posibles. Lo mínimo que podía hacer era recordarlas y mantener vivo el amor.

Sin embargo, en aquellos momentos lo único que recordaba era a Jenny muriendo, no recordaba su dulzura, ni su vida, ni su risa ni sus momentos de amor...

El hecho de que estuviera olvidándose de Jenny era culpa de Laila, porque Laila era una mujer con luz propia, llena de frescura que le había devuelto la vida, que dominaba sus pensamientos y que le había devuelto las ganas de hacer cosas aunque solamente fuera por el bien del niño.

«Mentiroso. La deseo tanto que me olvido del niño en cuanto me toca».

Jake nunca habría pensado que aquello le podía suceder a él, pero así era. Había amado a su esposa con un amor cálido, sensual y cómodo que podría haber durado toda la vida, pero aquel apetito violento que sentía por Laila lo devoraba por dentro hasta que estaba cerca de ella, tocándola de nuevo.

No estaba enamorado, era imposible... pero lo parecía... ¡No! No necesitaba a Laila ni el caos emocional que inspiraba en él y que le hacía olvidar que él no tenía vida, que él no vivía, que él no sentía.

Laila le había arrebatado su coraza, dentro de la cual se sentía cómodo y a salvo, y Jake no se lo perdonaba. Se negaba en redondo a demostrarle lo mucho que había cambiado por ella, no quería que Laila supiera cuánto deseaba volver a ser un hombre...

Jake se dijo que lo único que le interesaba de aquella mujer era el hijo que llevaba en sus entrañas.

¿A quién pretendía engañar? Lo cierto era que no podía parar de pensar en ella y que, siempre que la tenía cerca, se moría por tocarla. La atracción sexual era mutua, ambos se sentían fascinados el uno por el otro y se necesitaban mutuamente. La diferencia era que Laila tenía el valor y la fuerza de admitirlo y que no lo utilizaba como medio para conseguir un fin. Claro que Laila lo único que quería era amor y felicidad.

Laila era una mujer de sentimientos fuertes. Tarde o temprano, su corazón, tan necesitado de ser amado, se sobrepondría a la sensualidad que sentía por él. Laila no sólo necesitaba un amante, sino también un amigo, alguien con quien poder compartir su vida y Jake se dijo que no tenía nada que hacer frente a aquel joven que la hacía sentir bien y que evidentemente estaba enamorado de ella.

Jimmy era un hombre que quería darle todo lo que él no podía darle. Si no paraba de distanciarse de ella, si no le permitía entrar en su vida, Laila terminaría casándose con Jimmy, pero el problema era que Jake no sabía cómo hacerlo.

Jake se giró y se encontró con Andrew Robbins, que lo miraba con comprensión.

—Mi padre quiere hablar contigo.

—¡No pienso dejar a Laila con él! —murmuró Jake, furioso.

—Si los interrumpes ahora, la perderás —contestó el hermano de Laila, poniéndole la mano en el hombro—. La conozco. Necesita tiempo, algo que ninguno de nosotros le hemos dado desde que nos dijo que estaba embarazada. Jimmy es un buen tipo, cuidará bien de ella. Volverá contigo.

—¿Y si no es así?

—Entonces, será que nunca tuvo intención de hacerlo —contestó Andrew—. No es una oveja, no puedes pretender ladrar y que corra en la dirección que tú quieras. Todos somos conscientes de que lleva a tu hijo en sus entrañas, pero, si la sigues agobiando, se irá con él... y él está enamorado de ella, te lo aseguro. Si se va con Jimmy, no volverá nunca. Te dejará ver al niño, pero no volverá contigo. Ésta es la última oportunidad que vas a tener de arreglar las cosas. Mi hermana sabe lo que quieres. Lo que necesita dilucidar es lo que ella quiere y para eso necesita tiempo.

Jake dejó que el hermano de Laila lo alejara de allí. Él también necesitaba tiempo para dilucidar qué hacer a continuación. No quería fracasar. No podía permitírselo, no cuando estaba en juego formar parte de la vida de su hijo o no.

# Capítulo 7

El teléfono móvil de Laila comenzó a sonar a los tres cuartos de hora.

Laila, que estaba tumbada sobre la cazadora de Jimmy, disfrutando de una chocolatina y del silencio, prefirió no contestar.

–Me parece que la caballería viene a buscarnos –murmuró Jimmy, tocándole el hombro y señalando una silueta que se movía entre los árboles hacia ellos.

Laila se rió y suspiró.

–Maldita sea.

–Escucha, no me tengo que ir inmediatamente. Tengo unos cuantos días. Si a tu padre le parece bien, podría quedarme hasta el próximo fin de semana.

–Por supuesto que le parecerá bien. Si quiere que yo me quede, accederá.

–Laila.

Laila se giró, sintiéndose como una marioneta cuyos hilos se movieran sin que la muñeca tuviera conocimiento de quién los manipulaba.

Jake ordenaba y ella obedecía.

–¿Sí, Jake? ¿Qué puedo hacer por ti?

–Tu padre lo está pasando mal –contestó Jake–. Es tu fiesta y la gente se está empezando a preguntar dónde estás.

A Laila se le ocurrieron diez o doce respuestas satíricas, pero hubo algo en el tono de voz de Jake, en sus palabras y en el hecho de que no se hubiera acercado demasiado que le hicieron controlarse.

Jake no le estaba diciendo lo que tenía que hacer.

–Voy dentro de un rato –contestó, mirando a Jimmy, que se había puesto en pie y la miraba con una mueca de exagerada resignación que la hizo reír.

–Si necesitas algo, estaré en casa.

–Gracias –contestó Laila, observando cómo Jake se giraba y se alejaba sin mirar atrás.

–¿Y ése es el no-novio que no te deja en paz? –murmuró Jimmy–. A lo mejor ha servido de algo que viniera. Me parece que ha pillado el mensaje.

Laila se encogió de hombros. Jake Connors era todo un enigma.

–Me parece que ya va siendo hora de que volvamos a la fiesta.

Y así lo hicieron, agarrados de la mano e ignorando las miradas de estupefacción de algunos de los allí presentes.

–¿Cuáles son sus invitados? ¿Ha venido su familia? –le preguntó Jimmy a Laila.

–No, todos los invitados son por mi parte, excepto un par de vaqueros que han venido por la suya –contestó Laila.

–¿No tiene familia? –se extrañó Jimmy.

–Tiene un hermano y una hermana y creo que su madre también está viva, pero no han venido.

–¿Y eso? Es una fiesta para celebrar que va tener un hijo.

La estupefacción de su amigo hizo que Laila viera la situación desde otra perspectiva y se preguntara por qué Jake no había invitado a su familia.

Al llegar a casa, abrió la puerta. Al entrar en el salón, todo el mundo se quedó en silencio, observando a Laila, que llegaba con el pelo revuelto, descalza y acompañada de un guapo desconocido, pero a ella le dio igual.

Miró a su alrededor hasta que vio a Jake en la barra y se acercó a él. Desde luego, la entrada había sido triunfal. Para el caso, se podría haber ido a nadar con Jimmy tranquilamente. El resultado habría sido el mismo.

Laila enarcó una ceja, Jake se despidió de la gente con la que estaba hablando, dejó la cerveza y fue hacia ella.

–A por él, tigresa –le dijo Jimmy.

Laila le estrechó la mano a su amigo y salió a la terraza seguida por Jake.

Jake presentía que Laila se había distanciado de él, que se le había endurecido el corazón y que lo que le iba a decir marcaría su futuro.

Laila esperó a llegar al columpio, en el que se sentó y se dio impulso antes de empezar a hablar y lo que dijo tomó a Jake completamente por sorpresa.

–¿Por qué no ha venido tu familia a la fiesta? ¿Por qué no los has invitado?

Laila jamás se había metido en su vida privada.

–¿No me dijiste que respetabas la intimidad de los demás? –contestó Jake, intentando ganar tiempo.

¿Qué se suponía que le tenía que decir, que no se creía merecedor de tener familia porque había matado a su esposa y a su hija, que no podía pedirles perdón hasta que no se hubiera perdonado a sí mismo?

Laila paró el columpio.

–Es asunto mío en el momento que sospecho que yo soy la razón por la que

no quieres que tu familia conozca a la madre de tu hijo.

Jake se dio cuenta de que Laila no lo miraba, que había palidecido y parecía fría como la luna de otoño de aquella noche.

Jake estaba detrás de ella, completamente quieto. Cuando se ponía así, callada y fuerte, enfrentarse a ella era muy doloroso, era como mirarse en un espejo y ver la fealdad de su pasado.

Pero en aquella ocasión las tribulaciones de Laila no iban dirigidas a él, sino a sí misma, y aquello hizo que Jake lo viera todo con una claridad que le dolió de una manera difícil de explicar.

–¿Crees que me avergüenzo de ti? –le preguntó con un nudo en la garganta–. ¿Es eso lo que crees?

Laila se encogió de hombros sin girarse hacia él.

–No sé qué creer porque no te conozco.

–Hago todo lo que puedo, Laila –murmuró Jake.

Laila se giró y la miró con ojos que reflejaban la turbulencia de su alma.

–¿De verdad? ¿No será acaso que te estás distanciando?

Jake apretó los puños.

Ante su silencio, Laila continuó.

–Esperas que confíe en ti, que te entregue mi futuro sin haber hablado de nada. Lo único que sé es que aceptaste lo que yo estúpidamente te ofrecí una noche, que tienes una familia que no quieres compartir conmigo y que quieres hacer lo que sea lo correcto para nuestro hijo.

–Es lo único que te puedo ofrecer –contestó Jake con sinceridad.

¿De verdad que era cierto o les estaba mintiendo a ambos? Jake se encontraba completamente perdido en un mar de emociones en el que no le apetecía adentrarse.

–Si eso es todo lo que tienes, comprenderás que acceder a lo que quieres de mí sería un suicidio emocional por mi parte.

Lo había dicho con total frialdad, lo que hacía que a Jake se le partiera el corazón.

–No puedo cambiarlo, Laila. Ojalá pudiera, pero no puedo.

–¿De quién se trata? –le preguntó Laila con tristeza–. ¿Quién es esa mujer de la que no te puedes olvidar?

Hundido.

Jake sintió un terrible dolor en el pecho y un gran nudo en la garganta que le impedía hablar. Sus heridas no habían dejado nunca de sangrar. Incluso ahora que había comenzado a olvidarse del rostro de Jenny y a olvidarse de

sus buenos momentos, se quedaba tumbado en la cama por las noches intentando recordar todo lo que había olvidado.

Pasar un solo día sin pensar en Jenny y en Annabel era una traición de la que no quería ser partícipe. Su esposa y su hija habían muerto y no podía hacer nada para cambiarlo.

Laila tampoco podía hacer nada para acabar con aquella angustia ni para cambiar el pasado. Por mucho que pensara en ella y que quisiera a su hijo, los hechos eran los hechos. Aquella mujer le había hecho desear una felicidad que no se merecía.

«Ésta es la última oportunidad que vas a tener de arreglar las cosas».

–El problema es mío, Laila, te lo aseguro. Algún día, conocerás a mi familia. No estoy avergonzado de ti en absoluto –le aseguró con sinceridad.

–Ya –dijo Laila, levantándose del columpio–. Así que el problema es enteramente tuyo, ¿eh? El problema es tuyo y, por lo tanto, la solución, también. Y yo tengo que fiarme de eso, tengo que creérmelo aunque no me expliques nada, tengo que creer que todas y cada una de las decisiones que tomas sin tenerme en cuenta, todas las preguntas a las que no contestas, todos los besos que me das sin sentir nada por mí son por el bien de mi hijo y mío – declaró con vehemencia, volviendo hacia la casa.

Laila se estaba distanciando de él.

«Si se va con Jimmy, no volverá jamás».

Dejándose llevar por el instinto, Jake corrió tras ella, la agarró de los hombros y la giró, la abrazó y la besó con la intención de que Laila comprendiera lo que no le podía decir, que entendiera que le estaba dando todo lo que tenía...

Sin embargo, cuando la miró a los ojos, vio lo que veía todas las noches en sueños en la cara de su esposa moribunda, los rostros de la familia a la que no se había atrevido a volver a ver desde el entierro de su esposa y de su hija.

Traición.

–Yo no soy ella y nunca lo seré –declaró Laila.

Jake se sintió avergonzado. Era evidente que Laila creía que estaba enamorado de otra mujer y él no era capaz de contarle la verdad para sacarla de su error. Siempre que intentaba decirle algo sobre Jen y Annabel, el dolor se apoderaba de él hasta que creía que se le iba romper el corazón.

–Ya lo sé –contestó, dándose cuenta de que Laila no había pronunciado su nombre ni una sola vez durante aquel día.

La brecha entre ellos se estaba acrecentando.

–Entonces, no me utilices. Éste es tu hijo, pero yo no soy tu mujer –le recriminó Laila con dureza–. No soy nada tuyo.

Mientras se alejaba, Jake comprendió que se iba, que lo abandonaba y se dijo que, si no le contaba la verdad, si no conseguía reaccionar, la perdería para siempre, perdería la última oportunidad que le quedaba en la vida de experimentar el amor y la felicidad.

Hasta aquel día lo único que lo había movido había sido el deseo de no perder a su hijo, pero ahora tenía que introducir a Laila en la ecuación, Laila como mujer, como persona con necesidades que no podía obviar.

Sin embargo, no se le ocurría cómo darle lo que necesitaba sin traicionar a Jen y a Annabel y sin romper la promesa sagrada que les había hecho.

Cuando Laila se había dado cuenta de que Jake jamás dejaría de amar a aquella mujer que había ocupado su pasado, la había invadido una extraña sensación de profunda calma.

Darse cuenta de que podía tener al hombre que quería sin realmente tenerlo, saber que podía vivir al lado de aquel hombre para siempre, amándolo, pero sin recibir a cambio lo que ella necesitaba porque Jake tenía el alma destrozada era completamente insuficiente.

Laila se encaminó al jardín de lavanda de Marcie y abrió la puerta sin saber lo que le esperaba. Al otro lado, su hermano Glenn le dijo que su padre quería verla y la acompañó hasta donde la estaba esperando.

Al verla, Marcie y su padre se dieron cuenta de que estaba apenada.

–Jimmy y tus hermanos han impedido que nadie te siguiera –le dijo su madrastra, acariciándole la mejilla.

Laila asintió.

–Es un buen hombre, Laila, un buen amigo –continuó Marcie.

–Sí, un amigo muy bueno –añadió su padre.

Era evidente que, aunque no se lo habían preguntado directamente, su familia quería saber si entre Jimmy y ella había algo más que una buena amistad. Laila adoraba a su amigo, pero lo quería como quería a sus hermanos y, por mucho que se empeñara en amarlo de otra manera, era imposible.

Casarse con Jimmy no conduciría a nada, solamente a hacerlo infeliz.

Cuando le había dicho que estaba embarazada, su amigo se había ofrecido a estar a su lado e incluso le había contado que sus padres habían empezado su

matrimonio de manera parecida y ahora tenían seis hijos y eran muy felices.

Rechazar su propuesta había sido una de las cosas más difíciles que Laila había hecho en la vida.

Laila miró a Jimmy, que se acercó, le tendió la mano y, ante la atenta mirada de los demás, se la llevó a la sala de baile. Una vez allí, la tomó entre sus brazos y se dejaron llevar por la suave música.

–Así que has tomado una decisión, ¿eh? –le dijo al cabo de un rato.

Laila asintió.

–Lo siento.

–No tienes por qué sentirlo –le aseguró su amigo–. Es obvio que lo que sientes por él es muy fuerte. De lo contrario, no estarías embarazada –añadió, abrazándola con fuerza, haciéndola sentir querida y protegida–. Supongo que lo has amado desde el primer momento.

Laila descansó la cabeza sobre su hombro.

–Lo que yo siento, Jimmy, da igual. Aquí lo importante es que él no me quiere y que nunca me querrá.

–No digas nunca jamás –sonrió Jimmy, besándola en la frente–. Dale tiempo. Cuando llegue el momento, cuando haya solucionado sus problemas internos, se dará cuenta de que eres una mujer maravillosa. Seguimos siendo amigos, ¿verdad?

Laila asintió con lágrimas en los ojos.

–No podría vivir sin ti.

–Soy indispensable, ¿eh? –bromeó Jimmy, haciéndola reír–. Así me gusta, hacía mucho tiempo que no te veía reír. Por favor, sé tú misma, no te amargues, no pierdas tu delicioso carácter.

Laila sonrió.

–Lo he estado observando –continuó Jimmy–. No sé si estará enamorado de ti o no, pero no deja de mirarte.

Laila se encogió de hombros.

–Eso es por el niño.

–Claro, por eso nos está mirando ahora mismo con cara de pocos amigos. Parece como si estuviera decidiendo a quién matar primero, a ti o a mí.

Laila frunció el ceño y, haciendo un gran esfuerzo, no giró la cabeza. Ya conocía de sobra la mirada asesina de Jake Connors.

–A mí ya me da igual lo que haga ese hombre.

–Que sepas que ningún hombre quiere hacerse cargo de una mujer y de un niño a menos que los quiera de verdad –le aseguró Jimmy, hablándole al

oído.

–Permiso.

Al oír la voz de Jake, Laila se estremeció de pies a cabeza. No quería bailar con él en aquellos momentos, no después de lo que Jimmy le acababa de decir. No quería hacerse ilusiones. No quería creer que Jake pudiera sentir algo por ella, porque la posibilidad la volvía débil y, en aquellos momentos, tenía que estar fuerte.

–Sé tú misma, majestad –dijo Jimmy, alejándose.

Jake la tomó de la cintura y Laila se estremeció de pies a cabeza. Tardó unos minutos en levantar la mirada. A Laila le pareció que transcurría una eternidad mientras bailaban y, mientras lo hacían, recapacitó en lo viva que se sentía siempre que estaba con él.

–Me ha quedado claro tu punto de vista –declaró Jake.

Laila lo miró y se encontró con un rostro lívido y rabioso y tuvo la sensación de que estaba haciendo un gran esfuerzo para romper con lo que lo tenía atado al pasado. Le entraron unas tremendas ganas de preguntarle y, aunque el miedo al rechazo y al ridículo la atenazaba, se lanzó.

–Me has quitado a mi familia –le dijo desde el corazón–. Los tienes a todos de tu lado y yo necesitaba un amigo.

–Laila, no eres tonta. Sabes perfectamente que ese chico está enamorado de ti.

–Eso no es asunto tuyo. Lo que Jimmy sienta es asunto suyo.

Jake asintió.

–Es cierto, a menos que tengas pensado irte con él cuando se vaya. Entonces, sería asunto mío.

–Jamás lo utilizaría. Entre él y yo no hay amor de pareja.

–Pero te gustaría que lo hubiera. No sabes si estás cometiendo un gran error dejándolo ir.

Laila asintió lentamente.

–Estoy cansada –declaró.

–Ven aquí –le dijo Jake, abrazándola con fuerza.

Laila lo dejó hacer porque entre sus brazos se sentía a salvo, porque hacía demasiado tiempo que no lo sentía tan cerca. ¿Cómo era posible que, a pesar de que no sabía casi nada de él, tuviera la certeza de que en lo más profundo de sí mismo la necesitaba?

–¿Con ella también bailabas así? ¿Sentías lo mismo que conmigo cuando te tocaba? –le preguntó de repente.

Necesitaba saberlo.

Jake se tropezó y ambos estuvieron a punto de caer, lo que hizo que Laila emitiera un pequeño grito. Todos se giraron hacia ellos. Al volver a mirar a Jake, Laila vio que tenía el rostro contraído por el dolor.

Entonces, comprendió con horror que la mujer de la que no se podía olvidar no lo había abandonado.

Aquella mujer estaba muerta.

–Lo siento –sollozó.

–Lo sé –contestó Jake–. Sé lo que quieres y lo que necesitas, pero no puedo dártelo, Laila. No puedo empezar una nueva vida, hacer como que ella nunca existió... –se lamentó, cubriéndose la cara con ambas manos–. Lo he intentado. Lo he intentado por ti y por el niño, porque quiero que seáis felices –se estremeció.

Laila sintió náuseas. ¿Cómo había sido tan inconsciente como para hacerlo sufrir tanto con sus palabras?

–No me vuelvas a preguntar por ella, por favor.

Laila asintió, avergonzada.

–Vete –murmuró, sabiendo que era lo que Jake quería hacer.

Efectivamente, Jake salió de la sala de baile y en pocos minutos había abandonado la casa con sus demonios personales pisándole los talones.

# Capítulo 8

Parece que está mucho mejor –le comentó Andrew a Jimmy una semana después mientras observaba cómo Laila montaba a su querida Starfire.

A su lado, Jake cabalgaba a lomos de Red, el maravilloso ejemplar de su propiedad en el que había llegado al rancho.

–Sí, está mucho mejor –contestó Jimmy, observando cómo Laila le sonreía a Jake–. Mi trabajo aquí ha terminado –añadió en tono burlesco y solemnemente.

–Muchas gracias por hacernos comprender a todos lo que estábamos haciendo.

Jimmy se encogió de hombros.

–He hecho lo que he podido, pero no sé qué tal saldrá...

En la última semana, Jake y Laila se habían evitado educadamente. El hecho de que aquella mañana la estuviera acompañando en su tranquilo paseo a caballo había sido porque Jimmy se había cuidado muy mucho de que todos los demás estuvieran ocupados.

El amigo de Laila sabía que Jake jamás permitiría que montara sola y ella estaba decidida a hacerlo porque llevaba demasiado tiempo sin disfrutar de aquella actividad que la llenaba de vida.

Jimmy y Andrew estaban escondidos en la parte trasera de las cuadras. Jake no era tonto y Jimmy no quería que se diera cuenta del plan que había urdido para dejarla a solas con Laila.

–Ha llegado el momento de que vuelva a Bathurst –declaró.

–Sabes que, por nosotros, te puedes quedar todo el tiempo que quieras –le dijo Andrew sinceramente.

–Gracias, lo sé, pero mi misión aquí ha acabado –declaró Jimmy, encaminándose a la casa para preparar sus maletas.

Se alejó silbando, como si no pasara nada. Sin embargo, la familia Robbins al completo, al igual que la suya, sabía que estaba enamorado de Laila.

Aquella había sido la semana más dura de su vida, pero había hecho todo lo que había estado en su mano para que Laila fuera feliz y aquel tiempo le había servido para despedirse de sus esperanzas de hacer que su mejor amiga

se convirtiera en su mujer, aquella mujer a la que llevaba cinco años amando. Ella habría hecho lo mismo por él.

Laila suspiró.

–Siempre que vuelvo a casa, me pregunto si seré capaz de irme de nuevo a Bathurst –declaró–. Me encanta lo que estudio, pero esta tierra me posee.

–Yo, en cuanto terminé los estudios que mi padre quiso que hiciera en la ciudad, volví a casa corriendo –contestó Jake.

Laila lo miró y sintió un profundo dolor. Cuando lo veía a caballo, se le hacía más atractivo que nunca. El hombre con el que siempre había soñado, desde niña, estaba tan sólo a unos metros de ella, era el padre del hijo que iba a tener y, probablemente, le hubiera gustado estar en cualquier otro lugar y no allí con ella.

–¿Te importaría que paráramos un momento? –dijo Laila, desmontando.

–¿Adónde vas? –le preguntó Jake al ver que se alejaba.

–¿A ti qué te parece? Hace más de hora y media que hemos salido, estoy embarazada de cinco meses y llevo todo este tiempo bebiendo agua.

Jake sonrió mientras Laila se alejaba hacia unos árboles. Al volver, se encontró que Jake había desplegado una manta bajo un árbol, había dejado sobre ella dos sándwiches y un termo y la esperaba tumbado con una sonrisa.

–¿Tienes hambre?

Laila sintió que se estremecía, pues adivinó que Jake no se refería única y exclusivamente a la comida, e hizo un gran esfuerzo para controlarse porque era consciente de que Jake utilizaba el mutuo deseo que había entre ellos para controlarla.

–¿De qué son?

–Sé que no te gusta nada la carne, así que los he hecho sólo de tomate y lechuga. Y la infusión es de manzanilla y poleo con un poquito de miel por si tienes mal la tripa.

Laila sacudió la cabeza, se rió y se sentó en la manta.

–Lo dices como si fuera una niña pequeña.

–Da gracias de que no te haya hecho un sándwich de mantequilla de cacahuete.

–Menos mal –sonrió Laila–. Gracias por... cuidarme.

Jake enarcó una ceja.

–¿No te importa que lo haga? Vaya, esto es nuevo.

–El orgullo y la independencia no sirven de nada cuando tienes hambre, te lo aseguro, y te diré que, cuando tienes a una cosita pequeña dentro de ti que demanda comida cada por tres, pasas mucha hambre –contestó Laila, dando buena cuenta de uno de los sándwiches.

Jake desenvolvió el suyo y le sirvió una taza de infusión.

–¿Te das cuenta de lo que te has estado perdiendo no queriendo estar conmigo?

–¿Acaso estás preocupado por si el sándwich me sienta mal y te has traído la infusión para arreglarlo? –murmuró Laila.

–Mis sándwiches nunca le sientan mal a nadie porque hago unos sándwiches de maravilla. Tengo mucha experiencia. Me pasé toda la vida preparándoselos a Sandy y a Aaron –contestó Jake.

–Ya, pero te has traído infusión por si acaso –insistió Laila, preguntándose por qué le habría tocado a él preparar los sándwiches de sus hermanos, pero decidiendo que era mejor no preguntar–. No quieres que te vomite encima de la manta, ¿eh?

–Me has pillado –contestó Jake, mirándola a los ojos.

Laila se dio cuenta de que estaban coqueteando y sintió que el corazón le daba un vuelco. El hombre que estaba tumbado a menos de medio metro de ella era aquél que ella siempre había sentido perdido en su propio interior.

Ahora, le estaba tendiendo una mano. ¿Sería que había dejado atrás el pasado de una vez? Laila sabía que la conexión entre ellos era muy frágil, así que decidió no forzar la situación. Se tumbó boca arriba y se quedó mirando el cielo, las nubes y las cacatúas.

–Qué gusto poder salir de nuevo –comentó.

–Eso ya lo has dicho hace un rato –contestó Jake en tono divertido.

–¿Y qué? Últimamente, no he tenido mucha ocasión de hablar con nadie, así que tengo derecho a repetirme.

–Has tenido toda la conversación que has querido con tu amigo Jimmy...

Laila sintió que el corazón le daba un vuelco de nuevo. Por lo visto, no era ella la única que sentía celos. Aquello la llevó a decidir dar un salto mortal y contarle la verdad con la esperanza de que Jake hiciera lo mismo.

–Jimmy es sólo un amigo de la universidad –le contó, poniéndose las manos sobre la tripa–. Lo cierto es que nunca he sabido cómo deshacerme de la sombra de ser la hija de Brian Robbins. Todo el mundo quiere algo de mí o piensa algo de mí. Nunca he sido Laila a secas. Excepto con Danni, Jodie y Jimmy. Tal vez, haya un par de personas más, pero no somos tan amigos.

Conocí a Jimmy el primer año de carrera y, desde entonces, ha sido mi protector y mi salvador –recordó con cariño–. Siempre estudiamos juntos. Él fue quien me ayudó a conseguir el trabajo en el restaurante y, además, me llevó a fiestas y me presentó a gente. Cuando los demás empezaron a llamarme princesa Laila, él comenzó a llamarme majestad para que los demás se rieran y se dieran cuenta de que hay maneras más agradables de tomarle el pelo a alguien.

–¿Y cuándo te diste cuenta de que estaba enamorado de ti? –le preguntó Jake sin inflexión alguna de la voz.

–Cuando me lo dijo, aproximadamente seis meses después de mi primer y único desastre romántico –suspiró Laila–. Lo intentamos. Estuvimos saliendo, quedábamos, nos agarrábamos de la mano e incluso nos besamos un par de veces, pero... me habría encantado sentir por él lo mismo que él sentía por mí, poder darle lo que él quería, pero era imposible y aquello me hizo sufrir mucho.

–Porque lo quieres –reflexionó Jake con amabilidad–. Lo quieres, pero no de la manera que él esperaba.

Laila suspiró y asintió.

–Si yo no hubiera decidido hacerme responsable del niño, si no hubiera querido hacerme cargo de los dos, ¿te habrías casado con él para no sentirte tan sola, para sentirte amada y protegida?

–Una parte de mí, quería hacerlo, pero era imposible –contestó Laila, sonrojándose–. Eso sólo habría servido para hacerle daño.

A continuación, se estableció un cómodo silencio entre ellos.

–Eres una mujer muy valiente, Laila Robbins –comentó Jake al cabo un rato.

–Sé que será feliz sin mí –reflexionó Laila con una gran sonrisa–. Algún día, será un gran padre porque ya es un hermano fabuloso –añadió, ladeándose hacia Jake y apoyando la cabeza en el codo–. El niño se está moviendo –añadió, tomándole la mano–. ¿Quieres sentirlo? Eh, hola, pequeño, te presento a tu padre. ¿Le quieres decir hola?

Tras esperar unos segundos, el bebé volvió a moverse, y a Jake se le dibujó una maravillosa sonrisa en el rostro, una sonrisa cargada de orgullo y de alegría.

–Hola, pequeño –le dijo, sorprendido–. Querías que supiéramos que nos estabas escuchando, ¿eh?

–El médico me ha dicho que los niños forman muy rápido los oídos, así que

mejor que tengamos cuidado con lo que decimos.

–Ya me podrías haber dicho eso el primer día, cuando me dijiste que estabas embarazada –comentó Jake sin rencor alguno.

–Perdona por no haberlo hecho, pero es que en aquellos momentos no estabas muy contento que digamos –contestó Laila con sinceridad.

–Desde luego, eres una mujer muy sincera, Laila –comentó, acercándose a su boca.

–¿Y eso te gusta?

A modo de respuesta, sus bocas se encontraron. Laila le acarició el pelo y la besó con pasión y Jake le acarició el rostro sin dejar de besarla. Siguieron besándose durante un buen rato con total ternura, algo nuevo que hizo que el corazón de Laila se llenara de satisfacción, pues se había dado cuenta de que, en aquella ocasión, no había nada escondido detrás del beso de Jake, simplemente quería besarla.

Jake, que no había retirado una de sus manos de la tripa de Laila, sintió que el bebé volvía a moverse, en aquella ocasión con una fuerte patada.

–¿Tú crees que nos quiere decir algo? –rió.

–Yo creo que le gusta que su padre y su madre se besen –contestó Laila.

–¿Te refieres a él o a su madre?

–A los dos –contestó Laila, dejándose llevar por las caricias—. Oh, sí, a los dos. Oh, Jake –murmuró, abrazándolo con fuerza.

–Sí –murmuró Jake, besándola de nuevo por el hombro y por el cuello.

–Hacía tanto tiempo... –suspiró, invitándolo.

–Aquí, no –murmuró Jake.

–¿Cuándo? –lo instó Laila con urgencia—. ¡No te puedes ni imaginar cuánto te deseo!

Jake le puso un dedo sobre los labios.

–Sólo hace dos semanas de lo de las contracciones. Yo también te deseo, pero no quiero que os pase nada ni al niño ni a ti –contestó.

–No nos pasará nada –le aseguró Laila—. No puedo más, Jake. Apenas puedo dormir. Cuando me tocas, la necesidad me dura horas. A veces, días.

–Me alegro de saber que no soy sólo yo –contestó Jake con voz grave.

–Si consigo que el doctor Broughton me dé el alta...

–Laila, estoy intentando hacer lo correcto y no me estás ayudando precisamente –la reprendió Jake—. El niño...

–El niño está perfectamente –lo interrumpió Laila, poniéndole la mano de nuevo sobre su tripa—. ¿Lo ves? ¡Te está diciendo que me hagas feliz!

Jake la volvió a besar con ternura.

–Laila, cástate conmigo. Sería maravilloso para los dos.

Laila sintió que algo se le movía por dentro. Jake le estaba ofreciendo que se casara con él y que compartieran cama, un gran paso para él, lo que la hizo sentir la gran tentación de aceptar porque, si se casaba con él y compartían cama, seguro que el amor no tardaría en llegar.

Todo parecía apuntar a que, en aquella ocasión, Jake no la estaba manipulando, así que Laila tomó aire y se lanzó.

–Si acepto, ¿invitarás a tu familia a la boda?

Jake cerró los ojos y Laila supo que lo había perdido.

–Se está haciendo tarde –comentó, poniéndose en pie.

Laila se dio cuenta de que, en lugar de haber intentado tenerlo todo, debería haberse concentrado en lo lejos que había llegado él en su propuesta. En un mes, había pasado de ofrecerle un matrimonio de conveniencia a aceptar que no podrían vivir cerca el uno del otro sin querer hacer el amor. Había cambiado, ya no era frío, ahora se mostraba amable y la deseaba con sentimiento.

«Roma no se ganó en un día. Tengo que tener más paciencia», se dijo.

–Sí, buena idea. Últimamente, me canso más que de costumbre –contestó.

–¿Te has cansado mucho? –dijo Jake, ayudándola a ponerse en pie.

La frialdad había desaparecido, dando paso a una genuina preocupación.

–Estoy bien, Jake –sonrió Laila–. El médico me ha dicho que es normal estar cansada durante el embarazo porque el bebé crece muy deprisa. Lo único que tengo que hacer es seguir con mi vida normal y dormir cuando me apetezca.

–Entonces, duerme un rato antes de volver –le dijo Jake, tumbándola y tapándole el rostro con su sombrero.

–Está bien, pero sólo si te tumbas conmigo –contestó Laila, bostezando.

Jake se tumbó a sus espaldas y la abrazó, maravillado de lo cómodo que se sentía así.

–Vaya, me chantajeas incluso medio dormida –bromeó–. Increíble. Desde luego, la vida a tu lado no va a ser aburrida.

Cuando Laila se quedó dormida, haciendo gala de una ternura por la que jamás se dejaría llevar cuando estuviera despierta, Jake la besó en el pelo y deseó poder encontrar la manera de cambiar su pasado y la persona que era para que ambos pudiera ser felices, pero era imposible.

Volvió a besarla y se dijo que debía conformarse con lo que tenía, lo que no

le impedía soñar con que, cuando Laila se enterara de lo que había hecho, obrara un milagro en él y se convirtiera en un hombre extraordinario que mereciera su amor.

# Capítulo 9

Para cuando llegaron a las cuadras, era casi de noche.

Jake estaba enfadado consigo mismo porque Laila parecía abatida a pesar de haber dormido casi dos horas. No debería haberla llevado tan lejos, pues hacía tiempo que no montaba a caballo.

–Gracias –murmuró Laila cuando Jake la ayudó a bajar de Starfire–. El niño me ha estado dando patadas durante todo el trayecto de vuelta. Estoy molida.

–¿Quieres que te acompañe a casa?

–No, tengo que encargarme de Starfire.

–Ya lo hago yo.

Laila intentó protestar.

–Sólo por esta vez –se apresuró a asegurarle Jake–. Por favor.

–Está bien, gracias –contestó Laila–. Jake... ¿qué hay entre nosotros? ¿Somos amigos?

Jake sintió unas ganas inconmensurables de negarlo.

–Creo que tenemos más en común de lo que yo creía –contestó con prudencia porque no quería hacer promesas que no pudiera cumplir.

Laila sonrió.

–Me alegro de saberlo. A lo mejor, tendríamos que habernos conformado con ser amigos –bostezó.

Jake pensó que era cierto, que tendría que conformarse con su amistad, pero era consciente de que le iba a resultar imposible mientras la deseara como la deseaba, día y noche.

–Gracias por esta tarde tan maravillosa –se despidió Laila, besándolo en la mejilla.

Jake comprobó que se había ruborizado y comprendió que lo seguía deseando con urgencia, pero parecía dispuesta a aceptar lo que quisiera darle.

Los padres que no podían vivir juntos, normalmente, terminaban haciéndose amigos. Él había sido amigo de Jen al principio, antes de enamorarse de ella y de desearla, pero con Laila era completamente diferente. Le era completamente imposible pensar en ella sin desearla y tenía la

sospecha de que iba a ser así durante toda la vida.

Jake sintió que el dolor se apoderaba de él, pero fue más como tocarse una cicatriz que como andarse en una herida abierta.

No quería olvidar.

Nunca.

–Vete a dormir –le dijo, acariciándole la tripa.

Laila bajó la mirada y se alejó. Jake tuvo que hacer un gran esfuerzo para no correr tras ella. Una vez a solas, desensilló a los caballos, colgó las mantas y se dispuso a cepillarlos antes de irse a cenar.

–Quiero hablar contigo –le dijo Brian Robbins, apareciendo al cabo de un rato en el establo.

–Sí, claro –contestó Jake, dejando el cepillo en su sitio–. ¿Qué ocurre?

–Te he dado tiempo para que hicieras lo que tienes que hacer –le dijo su jefe con determinación–. Quiero saber cuándo le vas a contar a mi hija quién eres, quiero saber cuándo la vas a llevar a Burrabilla a conocer a tu familia.

Jake dio un respingo.

–Señor...

–No –lo interrumpió el padre Laila–. Quiero que sepas que conocí a tu padre. Es cierto que te pareces más a tu madre, pero tienes rasgos Sutherland también. Desde que viniste a parar aquí, supe que eras el heredero perdido. Nunca me he metido en tus asuntos, ni siquiera cuando has dejado embarazada a mi hija. No le he contado nada. He dejado pasar el tiempo para que mi hija te comprendiera, ya sabes que es muy cabezota...

–Sí, en eso estamos de acuerdo –contestó Jake, quitándose el sombrero y jugueteando con él–. ¿Sabe algo de mí?

–¿Te refieres a si ha oído algo de las muertes de tu esposa y de tu hija? –le dijo Brian con amabilidad–. Desde luego, por nosotros, no, pero no sé si habrá oído algo por ahí. Si sabe algo, a nosotros no nos lo ha contado.

–¿Y usted lo sabía desde el principio y me ha permitido estar aquí?

–¿Creías que te iba a apartar de mi hija y de tu hijo por un terrible accidente?

Jake se había quedado sin palabras y sentía unas inmensas ganas de llorar.

–Hijo, ya has sufrido suficiente –le dijo Brian, poniéndole la mano en el hombro–. Comparte el peso de tu pena con Laila y a ver qué pasa.

Jake negó con la cabeza pues sabía perfectamente lo que le diría Laila y no se merecía su perdón por mucho que se estuviera muriendo sin ella.

–Muy bien, Jake, ¿siempre has sido así de duro contigo mismo? ¿Por qué te

exiges tanto?

–Usted no lo entiende –murmuró Jake.

–Hijo, no sé si sabrás que mi primera mujer murió porque no pudimos llegar a tiempo para ayudarla cuando tuvo un accidente. ¿Quién te va entender mejor que yo?

Jake sintió un nudo en la garganta al comprender que, a pesar de la maravillosa felicidad que aquel hombre compartía con Marcie, todavía hablaba de su primera mujer con amor.

–En marzo hará veintiún años de la muerte de Minette y todavía la echo de menos. Me acuerdo de ella. Te entiendo perfectamente, Jake... Marcie, también. Deberías contárselo a Laila, te ayudaría.

–¿En qué sentido?

–Laila no es tonta y sabe que hay algo que te lleva a comportarte tal y como lo haces y, no saber de qué se trata la hace sufrir. Yo sé que tú quieres que confíe en ti, pero ¿por qué habría de confiar en tener futuro contigo si tú no le confías tu pasado?

Jake sintió un horrible dolor en el pecho.

–Piénsatelo –le dijo Brian muy serio–. A mí también me llevó mucho tiempo volverme a casar, pero el resultado me sorprendió agradablemente. Puede que sea mucho mejor de lo que tú crees.

Jake le estrechó la mano, pensando en que él no quería que las cosas fueran mejor porque eso sería traicionar el recuerdo de Jen y de Annabel.

–Cuando hayas superado el miedo, te darás cuenta de que volverse a enamorar no significa que el amor que compartiste con otra mujer no valiera. Además, negarte al amor de nuevo no te la va a devolver. Te lo digo por experiencia.

–Tengo que cepillar a los caballos –dijo Jake, porque el dolor de aquella conversación era insoportable.

–No vivir no te las va a devolver –suspiró Brian, saliendo de las cuadras.

Jake se quedó cepillando a Starfire, pero no veía al caballo. Tampoco veía el rostro de Jen. Lo único que veía eran aquellas dos tumbas que no visitaba desde el entierro.

Laila suspiró y dio otra vuelta en la cama.

Eran las dos y cuarto de la mañana y no podía dormir. Quedarse en la cama se le antojaba incómodo, así que bajó a la cocina porque tenía hambre.

Una vez allí, comprobó que los plátanos y las manzanas estaban verdes, así que se acercó a la nevera y se sirvió un vaso de leche.

–¿Estás bien, cariño? –le preguntó una voz amable desde el otro lado de la sala.

Laila se giró y se encontró a su madrastra sonriéndole.

–Tengo hambre –contestó, enseñándole el vaso de leche.

–Eso no es suficiente. Si te despiertas por la noche con hambre, significa que necesitas proteínas –dijo Marcie, sacando dos huevos de la nevera–. ¿Revueltos?

–Es que la mantequilla...

–Escalfados, entonces.

Laila asintió y la dejó hacer. Aquella mujer era su madre a todos los efectos desde hacía muchos años y, si por ella hubiera sido, la habría llamado mamá. Lo único que se lo había impedido había sido el dolor de su padre. Una vez, con once años, Marcie le había tenido que explicar que su padre la quería mucho, pero que no se había olvidado de su madre y que, aunque ella la llamara por su nombre de pila, sería como si la llamara mamá.

–Anda, come –le dijo Marcie, poniéndole los huevos en la mesa–. Cuando hayas terminado, me cuentas qué te pasa.

Laila sonrió y se sentó a comer. Mientras lo hacía, le pareció ver una silueta por la ventana y miró extrañada.

–Es él –comentó Marcie–. No es la primera noche que lo veo.

Laila se puso en pie y salió al porche. Efectivamente, allí estaba Jake. Al verla, no se movió. Laila se acercó a él en silencio. Jake se quitó la cazadora y se la puso por los hombros.

–Te vas a quedar frío –le dijo.

Jake se encogió de hombros.

–No importa.

«A mí, sí me importa», pensó Laila.

Por supuesto, no lo dijo porque sabía que Jake no aceptaría sus palabras de cariño.

–¿Vienes todas las noches a vigilar la casa?

–No duermo mucho –contestó Jake, encogiéndose de hombros de nuevo–. Dos o tres horas.

–¿Por qué? ¿Sientes la necesidad de protegernos día y noche?

Jake apretó los dientes y asintió.

–Jimmy se ha ido –comentó Laila sin saber muy bien por qué.

–Lo he visto.

–¿Me vas a contar qué ocurre? –le dijo Laila al cabo un rato.

Los dos sabían que no estaban hablando de Jimmy.

–¿Has hablado con tu padre?

Laila lo miró, sorprendida, y ladeó la cabeza, como preguntándole que por qué iba a tener que hablar con su padre, pero Jake no especificó nada más.

–Buenas noches –le dijo, comprendiendo que no le iba a aclarar nada y encaminándose de nuevo al interior de la casa–. Vuelve a tu habitación. Estoy bien, sólo tengo hambre.

–Laila –dijo Jake.

–No, Jake. Sea lo que sea, ahora estoy muy cansada –contestó Laila, lanzándole la cazadora.

–Tenemos que hablar –insistió Jake.

Laila estaba temblando de furia.

–¿Ah, sí? ¿Resulta que ahora quieres hablar? ¿De verdad vas a hablar o, como de costumbre, me lo vas a dejar a mí todo?

Jake no contestó, se limitó a mirarla.

–¿Lo ves? Como siempre. Ya estoy cansada de hablar yo siempre.

–Laila, ¿no ves que lo estoy intentando?

–Sí, pero, por cada paso que das al frente, das dos hacia atrás –contestó Laila con lágrimas en los ojos–. Esperar a que me veas es como esperar a que pase la sequía.

–Te veo –le aseguró Jake.

–Entonces, ¿por qué me siento como si fuera invisible? –le espetó Laila, sintiendo que las lágrimas le resbalaban por las mejillas–. ¿Por qué cuando me miras me parece que deseas que ella estuviera viva y estar con ella en lugar de conmigo?

Jake estaba perdido en una prisión que él mismo se había impuesto, un laberinto de amor y de recuerdos lejanos. Laila se daba cuenta de ello, se daba cuenta de que no sabía cómo salir de allí.

–No puedo seguir esperando –declaró.

–Laila –imploró Jake con voz trémula.

–No puedo –insistió Laila, girándose hacia la puerta.

–Te necesito.

Laila se paró en seco y cerró los ojos. Aquellas mismas palabras le había dicho la noche en la que habían concebido a su hijo. Oh, qué difícil se le hacía no contestar a lo que le estaba pidiendo.

«Me necesita».

–No quiero seguir haciéndome ilusiones, no quiero seguir esperándote, arriesgándolo todo sin obtener nada a cambio, sintiéndome siempre fuera de tu vida. Se terminó –le dijo.

–¡Laila! ¡Laila, no! ¡Espera!

Laila negó con la cabeza y avanzó hacia la casa, pero Jake la agarró del brazo y la giró hacia sí.

–Esto no se ha acabado –le aseguró–. Jamás acabaré. Me has despertado del sueño en el que he estado inmerso durante cinco años, me has hecho volver a desear a una mujer y ahora no te puedes ir. ¡No te lo permito! –declaró, besándola con fiereza.

A pesar de que se moría por hacerlo, Laila no le devolvió el beso.

–¿De verdad has despertado? ¿Quieres algo de mí aparte del niño? ¡Demuéstramelo! –gritó–. Si quiero que alguien me bese, no tengo más que ir al bar. Si quiero casarme con un hombre, te aseguro que podría encontrar a unos cuantos. ¡Dame una razón por la que debería elegirte a ti!

Jake cerró los ojos, pero Laila no se apiadó de él.

–¡Jaque mate –le dijo muy seria–. No me vuelvas a molestar hasta que nazca el niño. Tienes derechos sobre él, pero no tienes absolutamente ninguno sobre mí. Absolutamente ninguno.

–¡Laila! ¡Laila! ¡Ven, corre! –gritó en aquel momento Marcie desde la cocina.

Laila se apresuró a entrar, creyendo que le había pasado algo.

–¿Qué ocurre?

–Una de las yeguas de los Appleyard está dando a luz y está muy mal. Han llamado para ver si podías ir.

–¿Saben que no he terminado la carrera?

–Se lo he dicho, pero les da igual. Confían en ti. Están desesperados.

–Muy bien, voy a vestirme –contestó Laila–. Prepara mis cosas y pídele a uno de los chicos que prepare la avioneta.

–No despierte a nadie, Marcie –intervino Jake desde la puerta–. Ya me encargo yo de llevarla. No se preocupe, estaré todo el rato a su lado.

–Me lo creo –sonrió Marcie, disponiéndose a preparar el maletín de Laila.

*Rancho Four Tree Run, Nueva Gales del Sur*

–Venga, pequeño, por favor –le suplicó Laila al potro huérfano que se negaba a beber la leche de otra yegua–. Por favor, cielito, bebe. ¡Hazlo por tu madre, cariño, por favor!

A pesar de que estaba muy débil, el potrillo recién nacido se negaba a aceptar la leche porque no era de su madre.

El espectáculo con el que se habían encontrado la noche anterior había dejado paso a la incertidumbre. Al llegar, se habían encontrado con que la yegua estaba teniendo muchas dificultades para parir y se estaba desangrando.

Desde el principio, Jake había aceptado ser su ayudante. Laila había hecho todo lo que había estado en su mano para parar la hemorragia, pero nada había funcionado. Con las manos cubiertas de sangre y las mejillas de lágrimas, Laila había seguido intentándolo.

Irremediablemente, el animal había muerto a las cinco de la mañana. Laila comprendió que no había nada que hacer y la había sacrificado.

Aunque hacía diez minutos que habían llamado para comer pues ya era mediodía, Jake sabía que Laila no iba a querer ir al comedor. Observándola trabajar durante toda la noche y buena parte de la mañana, se había dado cuenta de algo sobre la mujer que había seducido.

Desde luego, estaba destinada a cosas mucho más importantes que a ser la esposa de un vaquero cualquiera.

Sus habilidades lo habían dejado con la boca abierta. No se había dado por vencida a pesar de que mucha gente, incluido él, habría dejado que la Naturaleza siguiera su curso, lo que hubiera significado la muerte del potro.

Sin embargo, Laila había forzado al animal a beber leche, le había obligado a tragar, le había obligado a saborear la vida... una vida que él no quería.

¿Por qué se le hacía todo aquello tan familiar?

Jake se dirigió al comedor en busca de dos platos para llevárselos a las cuadras, tal y como había hecho por la mañana con el desayuno. No quería separarse de ella. A pesar del cansancio, Laila estaba bien, las contracciones no se habían repetido.

Apenas había dormido veinte minutos tumbada sobre la paja y tapada con una manta de caballo. Cuando Jake le había sugerido que se fuera a la casa a echarse un rato en un sofá, lo había tratado con cajas destempladas.

–¿Acaso te digo yo cómo tienes que hacer tu trabajo?

Desde luego, él no era quién para decirle nada porque Laila era una veterinaria maravillosa y sabía perfectamente lo que tenía que hacer.

«Esta mujer tiene que terminar la carrera y ponerse a trabajar porque se lo merece», había pensado.

El hecho de que él no se mereciera vivir la vida al cien por cien, no significaba que tuviera derecho a arrastrar a Laila con él. Aquel pensamiento le había llevado a decidir que lo inevitable, lo que se venía negando desde hacía cinco años, estaba a la vuelta de la esquina.

Al verlo claro, volvió a las cuadras con ambos platos en las manos, meditabundo. Nada más entrar, oyó un sonido que lo aterró. Inmediatamente, tiró los platos al suelo sin pensarlo y corrió hacia Laila.

Al verla en cuclillas, moviéndose de delante atrás y sollozando, sintió que el pecho se le constreñía. Una vez a su lado, la tomó en brazos y la abrazó con fuerza.

–Lo siento mucho, cariño. Has hecho todo lo que has podido...

Laila negó con la cabeza.

–Está mamando –anunció.

Jake se giró y vio que era cierto, que el potro estaba aceptando la leche de la otra yegua. A pesar de que era cierto, el animal no tenía muchas posibilidades, pero a Jake no se le ocurría una manera suave de comentárselo a Laila.

–Ya sé que sin su madre tiene pocas posibilidades –murmuró Laila como si le hubiera leído el pensamiento.

–Bueno, no te creas. En mi rancho, hemos conseguido sacar adelante a unos cuantos potros sin madre gracias a... –le dijo.

Al darse cuenta de lo que estaba diciendo, se mordió la lengua. Laila se apresuró a apartarse de él.

–Voy a hablar con Tom para explicarle lo de la yegua –anunció–. No, no hace falta que vengas conmigo –añadió al ver la intención de Jake–. No soy una niña pequeña, no necesito tu fuerza. Haz algo útil y prepara la avioneta, que quiero volver a casa.

Jake tuvo la impresión de que, cada vez que Laila comenzaba a confiar en él, lo estropeaba. ¿Por qué se estaba boicoteando a sí mismo? Sin querer dar demasiadas vueltas al asunto, se dirigió a la casa para darle las gracias a los Appleyard antes de preparar la avioneta.

Las dos horas de trayecto que Laila permaneció en silencio hicieron que Jake se pusiera nervioso y hablara más de lo que lo había hablado en los

últimos cinco años.

El hecho de no haber podido salvar a la yegua había apenado a Laila por completo y la había sumido en sus pensamientos.

Jake había intentado entablar conversación de todas las maneras posibles. Incluso había intentado provocar una pelea ordenándole que se fuera a la cama en cuanto llegaran, cualquier cosa para que reaccionara, pero Laila no había respondido.

—Estamos llegando —anunció Jake por radio—. Supongo que tu familia al completo te estará esperando para que les cuentes lo bien que te ha ido.

Laila no contestó.

—Lo que has hecho ha sido maravilloso, Laila —insistió Jake—. Has salvado al potro. La yegua no tenía salvación, pero el potro...

—Por favor.

Laila no dijo nada más, pero tampoco hizo falta. Aquella solitaria palabra llevaba una carga de culpabilidad y de vergüenza que hizo que Jake se callara, porque él llevaba años cargando con aquello mismo.

Jake aterrizó la avioneta y la condujo al hangar. En cuanto estuvo parada, Laila abrió la portezuela y saltó al suelo. En un abrir y cerrar de ojos se había alejado sin ni siquiera darle las gracias.

Jake corrió tras ella. Se sentía invisible. Laila abrió la puerta de casa como si tuviera mucha prisa por deshacerse de él, pero él no estaba dispuesto a permitirlo. Si Laila era capaz de contarle a su familia e incluso a Jimmy sus secretos, tenía que contárselos también a él, al hombre con el que se iba a casar.

Jake siguió a Laila escaleras arriba. Allí la estaban esperando Brian, Marcie y Glenn. Al verlos a todos reunidos, Laila se bloqueó. Jake la miró, vio que estaba llorando, que estaba sufriendo, que se estaba culpando y odiando por lo que había sucedido.

Laila lo estaba mirando implorante, así que Jake fue hacia ella, la tomó en brazos y la condujo a su dormitorio.

Jake entendía perfectamente que Laila necesitaba en aquellos momentos un santuario y él estaba dispuesto a dárselo a pesar de que sabía en lo que se estaba metiendo.

# Capítulo 10

Laila sintió las almohadas y el edredón que tan bien conocía, pero no pudo acurrucarse y dormirse porque su mente no paraba de recordar una y otra vez lo que había ocurrido en las últimas dieciséis horas.

No podía dejar de reproducir una y otra vez la misma secuencia, buscando el detalle, la nimiedad, lo que había pasado por alto y que lo habría cambiado todo.

Si no era capaz de encontrarlo, la yegua habría muerto en vano. Siete años de clases no le habían servido de nada a la hora de enfrentarse a la realidad.

Perder a aquel animal había hecho que sus sueños de toda la vida se esfumaran. Ella que siempre había creído, y había luchado, para convertirse en una veterinaria maravillosa. Siempre había soñado con salvar animales.

–Suéltalo, Laila. Tu familia no va a entrar mientras yo esté aquí.

Aquellas palabras la sacaron de sus pensamientos y de sus recuerdos y le hicieron comprender que Jake la entendía, Jake comprendía que no quisiera ver a su familia después del fracaso.

–No vas a encontrar ninguna razón, no has hecho nada mal, nada se te ha pasado por alto. La única causa de la muerte de esa yegua ha sido que te avisaron demasiado tarde. Si la hubieras conseguido salvar, habría sido un milagro.

Aquellas palabras eran como una absolución y le hicieron sentirse mejor pero, aun así, Laila no fue capaz de hablar; lo único en lo que podía pensar era en que era la primera vez que había atendido a un animal y que aquello no debería haber terminado así.

Jake se sentó en la cama, a su lado. A continuación, se tumbó y la tomó entre sus brazos.

–Tranquila, cariño, tranquila –murmuró, besándola el pelo–. Eres una veterinaria maravillosa, pero no puedes hacer milagros, Laila, aunque quieras. Antes de que llegaras, ya estaba condenada, se estaba desangrando. Has luchado por ella todo lo que has podido. Estoy seguro de que otros veterinarios en tu lugar la habrían sacrificado mucho antes.

Eso era precisamente lo que Laila más se reprochaba. Ella siempre había

soñado con que la primera vez que la llamaran podría salvar al animal que lo estaba pasando mal y ahora se daba cuenta de que había alargado el sufrimiento de la pobre yegua por no haberla sacrificado antes.

No podía aceptar el consuelo que Jake le ofrecía. Aunque nunca había sentido tanta ternura por su parte, siguió tensa entre sus brazos.

–Me has dejado con la boca abierta por cómo has luchado por esos dos animales –comentó Jake al cabo un rato en silencio–. Has conseguido salvar al potrillo. Yo creía que se iban a morir los dos.

–No lo entiendes –contestó Laila con tristeza.

–No creo que nadie mejor que yo pueda entenderte en estos momentos –murmuró Jake.

Laila sacudió la cabeza.

–Lo he hecho fatal, he fracasado. La yegua ha muerto, el potro se ha quedado sin madre y todo porque yo no he sido lo suficientemente buena –dijo Laila con un nudo en la garganta–. ¿Y cómo voy a cuidar a mi hijo? No sé absolutamente nada de bebés...

–Eh, eh, para el carro –la interrumpió Jake al ver el derrotero que habían tomado sus pensamientos–. No te hagas eso. Seguro que no es bueno para el niño.

–¿Lo ves? –se rió Laila, histérica–. Ya soy una mala madre y ni siquiera ha nacido.

–¡Para! ¡No digas eso! –exclamó Jake, agarrándola de los hombros–. Que la yegua se haya muerto no tiene nada que ver con tu capacidad para ocuparte de tu hijo –suspiró–. Ya sé que lo estás pasando mal, pero no pierdas la perspectiva. Era una yegua, ganado. Eres una chica de campo y sabes perfectamente que lo normal es perder entre el ocho y el quince por ciento del ganado. Appleyard no hizo bien en llamarte tan tarde y él mismo lo ha reconocido antes de irnos –intentó tranquilizarla, recordándole las palabras del ganadero.

Laila volvió a sacudir la cabeza.

–No dejes que este episodio afecte a tu confianza en ti misma, Laila. Vas a ser una veterinaria maravillosa. Tienes que volver a intentarlo, no te puedes bloquear por un simple... eh...

¿Fracaso? ¿Pérdida?

Jake no encontraba las palabras apropiadas para consolarla y Laila ni se movía, estaba entre sus brazos como una muñeca de trapo, sumida en la más profunda tristeza y culpándose por una tragedia que habría sucedido de todas

maneras aunque ella no hubiera intervenido.

«No te culpes, Jake. Jenny no tenía salvación y la niña era prematura».

«Ya sabes que Jen era muy cabezota y, aunque todos le dijimos que no se excediera...».

«¡A ella le gustaría que fueras feliz!».

Completamente sorprendido, Jake se quedó mirando a Laila y, como en un espejo, se vio a sí mismo cinco años atrás. Un hombre completamente metido en una espiral de pérdida y culpa que no permitía que nadie lo ayudara, que no escuchaba las palabras de consuelo de los amigos y de la familia.

Ahora, cinco años después seguía sin creer que mereciera el perdón y el amor de su familia. ¿Y cómo era que se encontraba repitiéndole a otra persona las mismas palabras que su familia y sus amigos le habían dicho a él hacía cinco años?

Laila le había pedido ayuda. De alguna manera, había intuido que la comprendería, que su pasado era la llave que la sanaría.

Tenía que contarle la verdad.

Jake se estremeció.

La única conexión que tenía con la vida era la mujer que estaba tumbada a su lado, la mujer que había arriesgado su orgullo y su corazón una y otra vez para acercarse a él, para sanarlo, la mujer cuya vida había cambiado por completo, y no para mejor, al conocerlo, la mujer que en aquellos momentos parecía tan perdida como lo había estado él durante los últimos cinco años de su vida.

Laila no se merecía sufrir así. Si seguía así, no volvería a confiar en sí misma ni como veterinaria ni como madre.

Jake se dijo que tenía que ayudarla.

Acto seguido, apagó las luces, sumiendo la habitación en una íntima penumbra, cerró los ojos y tomó aire.

–Se llamaba Jenny, era mi esposa y estaba embarazada de nuestra hija, Annabel.

Laila se había quedado completamente quieta. Jake no tuvo que abrir los ojos para saber, por su respiración, que había comenzado a reaccionar. Lo estaba escuchando. Estaba abierta a él y no lo iba a interrumpir en su relato.

–Ocho semanas antes de que naciera la niña, había una feria de ganado importante. Burrabilla, mi rancho, es un rancho ganadero que tiene más de dos mil cabezas de buenas vacas de raza poll hereford. Yo tenía que llevar a los terneros a vender, era mi responsabilidad, pero ella no estaba bien. La

noche anterior apenas había dormido y le dolía la espalda. Aun así, quería pintar el cuarto de la niña de rosa y colocar móviles en el techo. Le dije que lo haríamos juntos cuando hubiera terminado la feria –le contó Jake, encogiéndose de hombros–. Me tendría que haber dado cuenta de lo que ocurría y me tendría que haber quedado en casa con ella.

Laila no se movió. Se limitó a esperar.

Jake siguió hablando, obligándose a pronunciar las palabras que había guardado dentro de sí durante tanto tiempo. Y así fue como le contó todo. Al principio, porque creía que así la ayudaba, pero, dándose cuenta mientras hablaba, de que el que se estaba sintiendo cada vez mejor era él.

–Por eso abandoné mi rancho y dejé de ser John Jacob Sutherland, ganadero, para convertirme en Jake Connors, vaquero –concluyó Jake, abriendo los ojos–. Antes de llegar aquí, trabajé en otros cuatro ranchos, todos alejados de mi propiedad. Si alguien comenzaba a hacerme preguntas, me iba.

Ya estaba, se lo había contado todo. El alivio que sentía era inmenso, pero no pudo evitar preguntarse qué estaría pensando Laila.

–¿Ella te había dicho que no se iba a poner a decorar la habitación hasta que tú volvieras? –le preguntó pensativa.

–Me dijo que sólo iba a pintar la parte de abajo –contestó Jake–. No me hizo ninguna gracia, pero sabía cómo era, sabía que no le gustaba quedarse sola sin hacer nada –contestó Jake, sonriendo–. En eso os parecéis mucho: las dos sois muy activas. Ya te digo que, aunque no me hacía gracia la idea, le dije que sí.

–¿Sospechaste que, cuando hubiera terminado de pintar la parte de abajo de la habitación, iba a seguir con otras cosas?

–¡Tendría que haberlo sospechado!

–¿Me estás diciendo que sabías que se iba a subir a una silla para colgar un móvil del techo?

–Por supuesto que no –contestó Jake–. Jamás habría pensado que lo iba hacer estando embarazada de siete meses...

–Por eso eres tan protector conmigo y con el niño, ¿verdad?

Jake asintió.

Laila se giró y lo besó en la frente.

–Gracias.

A continuación, se quedaron en silencio un buen rato, abrazados en la oscuridad, más juntos que nunca.

Jake se sentía en paz. Laila sólo le había hecho unas cuantas preguntas, no lo había juzgado y no le había dado ningún consejo, se había limitado a abrazarlo y a aceptarlo tal y como era y, por primera vez desde la muerte de Jen, el peso de la culpa se había evaporado.

No estaba solo y, aunque no se mereciera el regalo que Laila le acababa de hacer, lo aceptaba porque la necesitaba desesperadamente.

–Gracias a ti, Laila –le dijo, besándola en la mejilla con cariño.

Laila sonrió.

–¿Y ahora?

Aquella pregunta tomó a Jake por sorpresa. A aquellas alturas, conocía lo suficiente a Laila como para saber que ya estaría tramando algo.

Volvió a sorprenderse al ver que lo estaba mirando con pena, esperando a que fuera él quien hablara.

–¿Qué quieres de mí? –le preguntó.

Laila sacudió la cabeza.

–No, Jake, no se trata de lo que yo quiera, no se trata de lo que sea mejor para mí y para el niño. Quiero saber lo que tú quieres.

Jake la miró con el ceño fruncido. ¿Por qué le hacía aquella pregunta? Laila le cerró los ojos con la mano.

–No pienses, Jake. Simplemente, dime lo que quieres hacer. Dime lo primero que se te venga a la mente.

¿Lo primero que se le pasara por la cabeza? ¡No, no! La idea lo llenaba de terror y Jake tuvo que abrazarse a Laila para no temblar.

–No –dijo, cerrando los ojos para intentar parar el dolor–. ¡No!

–Si tú no lo dices, lo diré yo –dijo Laila con dulzura–. Quieres irte a casa. La necesitas. Quieres verla. Necesitas verla.

–¡No! –exclamó Jake, poniéndose en pie presa de la furia.

Laila no se inmutó ante su grito.

–¿Has vuelto a sus tumbas después del entierro?

Jake lanzó los puños al aire. No podía soportar aquello.

–Si yo fuera ella, si yo fuera Jenny y me muriera... junto con nuestro hijo... me gustaría que me recordaras, me gustaría que me fueras a ver, me gustaría que recordaras y honraras el amor que compartimos –le dijo con cariño.

Jake cayó de rodillas ante ella y la agarró de los brazos.

–Tú no te vas a morir. ¡Ni tú ni el niño os vais a morir!

Laila se mordió el labio inferior y le tomó el rostro entre las manos.

–Todo esto no es sobre mí ni sobre nuestro hijo, sino sobre Jenny y Annabel y sobre por qué no quieres ir a verlas.

–Para, por favor.

–Lo siento, Jake, pero alguien tiene que decírtelo. No permites que nadie te lo diga y no quieres escuchar a tu propio corazón, así que parece que me ha tocado a mí decírtelo. Tienes que volver a tu casa.

–¡Si no paras, me iré ahora mismo y no volveré jamás! –aulló, desesperado. Laila le sonrió con infinita tristeza.

–Si no lo haces, jamás podrás dejar de huir. De todas maneras, siempre supe que te irías algún día.

Jake se agarró al edredón tan fuerte que sintió que la tela se rompía.

–Llevas muchos años machacándote, luchando, y yo creo que ya se te ha olvidado por qué luchabas –le dijo Laila, acariciándole el rostro–. Tal vez, si vuelves a casa, los recuerdes.

Jake se apartó y, en lugar de apoyar la cabeza en su regazo, hundió el rostro entre las sábanas.

–No puedo volver a casa. No merezco volver a casa. ¡No merezco estar bien!

Tras un rato en silencio, Jake la oyó suspirar, pero no encontró fuerzas para levantarse. No podía soportar que Laila lo mirara con compasión.

–Eso es lo más egoísta que he oído en mi vida.

Sorprendido, levantó la mirada y, en lugar de encontrar compasión en los ojos de Laila, encontró exasperación.

–¿Cómo?

–Ya me has oído. ¿Y tú eres el que decías que eras responsable del «problema» que yo tengo? Anda, resuelve primero los problemas que tienes tú en tu vida antes de meterte en la mía. Yo soy perfectamente capaz de cuidarme y de cuidar del niño. Deja de esconderte detrás de mí. Crece, John Jacob Sutherland, sé un hombre y enfréntate a tu pasado y a tus responsabilidades. Vuelve a tu casa, habla con tu hermana y con tu hermano, que llevan cinco años cubriéndote las espaldas, y visita la tumba de Jenny y de Annabel.

Jake se puso en pie como pudo.

–¿Y luego? ¿Luego me despido de ellas completamente restablecido, soy feliz y como perdices con la princesa embarazada? –se burló Jake, enfadado.

–¡Déjame en paz! –le espetó Laila–. ¡Esto no tiene nada que ver ni contigo ni conmigo! La verdad es que ahora mismo me importa un bledo lo que

quieras, lo que necesites o lo que te merezcas... pero tu hermana y tu hermano, tu esposa y tu hija, ellos sí que se merecen algo más que lo que les estás dando desde hace cinco años, cinco años durante los que lo único que has hecho ha sido huir y apiadarte de ti mismo.

Jake sintió que el pecho le explotaba y dio un paso atrás, queriendo escapar, intentando absorber la verdad.

Laila tenía razón.

¿Acaso se había parado a pensar como habían vivido Sandy y Aaron durante los últimos cinco años? ¿Acaso se lo había preguntado? No, sólo se había preocupado de él, de lo que merecía o no. Ni una sola vez se había preguntado cómo les iría a ellos. Llevaba cinco años viviendo como un ermitaño nómada para evitar lo que más miedo le daba en el mundo: ir a la tumba de Jenny y de Annabel.

Jake cerró los ojos y sintió que una lágrima le resbalaba por la mejilla.

–Ve –le dijo Laila con dulzura–. Ve con ellas.

–No puedo –contestó con voz trémula–. No puedo, Laila. Yo... yo no sé olvidarlas, no puedo despedirme de ellas y aceptar que no van a volver nunca...

–Pues no lo hagas. Simplemente, cuéntales la verdad.

–¿Qué verdad? –le preguntó Jake, llorando.

–Diles que lo sientes, diles que darías cualquier cosa por devolverles la vida –contestó Laila en un hilo de voz–. Diles que jamás las olvidarás –añadió, haciendo una pausa–. Diles que las quieres y que siempre las querrás.

# Capítulo 11

Jake bajó la cabeza.

Se sentía desnudo. Tras años de amargura y odio hacia sí mismo, la mirada clara y llena de amor de aquella mujer lo acababa de desnudar. Aquella maravillosa mujer, la mujer que llevaba a su hijo en sus entrañas, no estaba dispuesta a luchar por él. Sabía que había querido a Jen y lo aceptaba con una dignidad impensable.

Jake asintió, aceptando lo que tenía que hacer.

–Vete –murmuró Laila–. Vete.

Jake la miró con lágrimas en los ojos. A pesar de que estaba pálida, a él nunca le había parecido más bonita. A pesar de que lloraba copiosamente, sonreía con dulzura.

–Vete, nosotros estaremos bien.

–Venid conmigo –le dijo Jake, tendiéndole la mano.

Laila negó con la cabeza.

–No es mi casa. Vete, por favor.

–Quiero que vengas conmigo –murmuró Jake.

Quería presentarle a su familia, quería llevar su nueva vida a la antigua, quería casarse con ella y formar una familia nueva sin tener que despedirse del pasado, pero Laila negó con la cabeza de nuevo, apretó los labios y volvió a sonreír.

–Tu familia necesita verte y... Jenny se merece que la vayas a ver... tú solo.

Sí, Laila tenía razón, pero Jake no quería separarse de ella.

–Ven conmigo, quiero que conozcas a mi familia –insistió.

–No –contestó Laila–. Es tu vida, Jake, no la mía.

–También podría ser la tuya, si tú quisieras –contestó Jake presa del pánico–. Podríamos casarnos, tener uno o varios niños... podrías terminar la carrera.

«Te estoy ofreciendo todo lo que tengo y todo lo que soy».

Sin embargo, por una vez, Laila no pareció escuchar su grito interno, su angustiada llamada, porque se giró y se abrazó a su almohada.

–No puedo.

–¿Por qué?

Laila tragó saliva.

–Sabes perfectamente por qué. Te lo he dicho tantas veces que ya debes de estar harto de oírlo.

Amor. Quería amor. Lo único que no podía darle y que, tal vez, jamás podría darle.

–Sigues enamorado de ella –dijo Laila, girándose lentamente y mirándolo a los ojos–. Si no fuera por el bebé... yo solamente soy un obstáculo que te impide volver a casa, ¿no, Jake?

–No, eres mucho más –contestó Jake–. Yo... tú me importas, Laila. Te necesito... y siempre te sería fiel...

Laila se apartó un mechón de pelo de la cara.

–Me encantaría poder decir que es suficiente con eso, pero yo estoy enamorada de ti, Jake, lo he estado desde el principio –admitió–. Vete a casa, Jake, sé el hombre que yo siempre he sabido que podías ser.

–No me iré sin ti, Laila. Quiero que estés a mi lado –imploró.

A continuación, se arrodilló ante ella, le levantó el mentón e intentó que lo mirara.

–Me dijiste en una ocasión que te casarías conmigo cuando yo fuera capaz de decirte que me quería casar contigo. Ahora te lo estoy diciendo. Quiero casarme contigo, y no sólo por el niño. Quiero que formes parte de mi vida.

Laila no quería mirarlo a los ojos.

–No recuerdo exactamente cuándo dije eso, pero lo retiro porque no se me ocurre peor tortura que tener que vivir bajo el mismo techo donde ella está enterrada, donde siempre formará parte de tu corazón.

–Creía que entendías lo que sentía por ella. Creía que... –se sorprendió Jake.

–Lo entiendo –lloró Laila con pasión–. Siempre formará parte de tu corazón, yo jamás interferiría en eso, pero es más difícil de lo que yo creía, es muy difícil de aceptar cuando tú... cuando tú no me quieres. No podría soportar años y años esperando que tú me des algo que no me puedes dar –sollozó–. Cuando nazca el niño, te lo haré saber, ¿de acuerdo? Te aseguro que jamás te pediré nada. Por favor, vete.

Sintiéndose inútil y frustrado, Jake la besó en la mejilla.

–Volveré a por ti, Laila. Volveré –le prometió antes de irse.

Una vez a solas, Laila hundió el rostro entre las almohadas y dio rienda

suelta al llanto.

Una hora después, Laila observó desde la ventana de su dormitorio cómo despegaba la avioneta de su familia. Jake se había llevado la avioneta de su familia. Aquello quería decir que, obviamente, tenía intención de cumplir lo que había prometido.

Iba a volver.

O, por lo menos, eso quería creer Laila porque, cuando hubiera llegado a su casa y hubiera visto a su familia, tal vez cambiara de parecer.

En aquel momento, llamaron a la puerta y Laila tomó aire.

–Adelante.

–Hola, princesa –la saludó su padre.

–Hola –contestó Laila con voz trémula.

–Sólo quería decirte que ha llamado Tom Appleyard. El potro está bien, a aceptado a su nueva madre y está mamando.

Laila sintió una gran alegría ante aquella noticia.

–También ha llamado Dave Randall –continuó su padre, refiriéndose al veterinario de la zona–. Por lo visto, tiene mucho trabajo y te quería proponer que lo ayudes durante unos meses.

–Eso es exactamente lo que necesito, un regalo del cielo –contestó Laila.

Su padre sonrió, satisfecho.

–Papá, dime la verdad, ¿ha llamado él o lo has llamado tú?

Brian bajó la cabeza y, aunque Laila creía que iba a tardar tiempo en volver a reír, se encontró chasqueando la lengua y sonriendo.

–¡Eres incorregible! –exclamó.

–No puedo evitarlo –admitió su padre–. ¿Estás bien?

–No, papá, no estoy bien, pero lo voy a estar –contestó Laila sinceramente.

A continuación, abrió los brazos y su padre se acercó y la abrazó. Al cabo de unos segundos, las luces de vuelo de la pequeña avioneta desaparecieron en la distancia.

Aquello no iba a salir bien.

Jake veía abajo, en mitad de la oscuridad de la noche, las luces de todos los coches que estaban esperando en su rancho. Le hubiera gustado poder evitar aquella fiesta de bienvenida, hubiera preferido estar a solas con sus hermanos

o ir directamente a las tumbas de su esposa y de su hija, pero era de noche y no llegaba en su avioneta, así que se había visto obligado a anunciar su llegada por radio.

Estaba sobrevolando la pista de aterrizaje, se disponía a tomar tierra y sentía el corazón triste y lleno a la vez y el estómago hecho un nudo de terror y de alegría.

Por fin, volvía a casa.

No podía dejar de pensar en Laila y sabía que tenía que hacerlo porque, de lo contrario, se iba a volver loco o iba a volver a por ella.

Así que pensó en sus hermanos, en la emoción que había escuchado en sus voces cuando los había llamado y en cómo al hablar con ellos se le había formado un nudo en la garganta que ahora, una hora después, todavía seguía ahí.

Lo único malo era que ver a su madre en Burrabilla no le hacía ninguna gracia. Claro que, ¿quién era él para juzgar quién podía vivir en el rancho y quién no? Los únicos que tenían aquel derecho eran Sandy y Aaron porque ellos se habían encargado de todo durante los últimos cinco años mientras que él, como muy bien había dicho Laila, se había dedicado a huir.

De nuevo, se encontró pensando en ella y, al hacerlo, no pudo evitar sonreír. ¡Desde luego, necesitaba a aquella mujer a su lado! Sólo habían pasado unas horas, pero ya la echaba de menos, echaba de menos su sinceridad y sus bromas, su amor y su...

¿Echaba de menos su amor? ¿Acaso no era el hombre más egoísta sobre la faz de la tierra por querer conservar su amor sin darle lo mismo a cambio? ¿O sería que aquello significaba algo más?

Jake sacudió la cabeza y se dijo que no era el momento de dilucidar aquel enigma, así que se concentró en el aterrizaje y en menos de dos minutos estaba tomando tierra. No le había dado tiempo de apagar el motor cuando su hermana ya estaba abriendo la puerta de la avioneta.

–¡Jake! Oh, Jake, qué bien que estás en casa... –le dijo, abrazándolo y llorando sin apenas dejarlo bajarse de la aeronave.

–Oye, San, que me estás emocionando –bromeó Jake–. Cualquiera diría que llevas años sin verme.

Al sentir un puñetazo en el hombro, se giró hacia su hermano y le sonrió.

–Eh, cuidado, Az, que estás más fuerte que antes.

–Por supuesto –sonrió Aaron–. Después de cinco años encargándome de todo el trabajo del rancho, ¿qué querías?

–Sí, bueno, respecto a eso, me gustaría pedirlos perdón porque... –dijo Jake con un nudo en la garganta.

–No digas eso –lloriqueó su hermana, besándolo–. Tú lo hiciste por nosotros durante doce años.

–Si pides perdón, te doy, y esta vez fuerte. Cuando te fuiste, lo entendimos perfectamente, así que no nos pidas perdón. No hace falta –le aseguró Aaron con una ferocidad que sorprendió a Jake.

Su hermano no era así cinco años atrás. Claro que su hermana tampoco era una mujer de lágrima fácil. Por lo visto, habían cambiado muchas cosas por allí.

–Por supuesto que lo entienden. Tú hiciste de madre y de padre durante muchos años cuando yo me fui.

Sin una palabra, Sandy y Aaron se hicieron a un lado. Hacía veintitantos años que Jake no escuchaba aquella voz porque nunca había accedido a ir a Brisbane a visitar a su madre los fines de semana con sus hermanos, alegando que alguien tenía que quedarse en el rancho para ayudar a su padre.

–Si prefieres, me voy dentro.

Jake se giró y se encontró con aquella mujer alta y elegante que era su madre, aquella mujer que lo observaba impávida, con la misma impavidez que él había utilizado durante los últimos cinco años para esconder su dolor.

Jake intentó anclarse en el rencor, recordar la soledad de su padre y los años de sacrificio ocupándose de sus hermanos, pero no pudo. Tenía que perdonar a su madre, exactamente igual que sus hermanos lo acababan de perdonar a él después de haberlos dejado en la estacada al huir de sus responsabilidades.

De tal palo, tal astilla.

–Hola, mamá –la saludó aunque se le hacía extraño utilizar aquella palabra–. Me encantaría darte la bienvenida a casa, pero, tal y como están las cosas, me parece que, más bien, es al revés.

May sonrió a su hijo.

–Entonces, soy yo la que te da la bienvenida a ti –dijo, dando un paso al frente.

A continuación, se inclinó y besó a su hijo en la mejilla.

–Bueno, ¿nos vamos a quedar aquí toda la noche o entramos en casa? –dijo Aaron, agarrando la mochila de su hermano.

Mientras se encaminaban a la casa, varios trabajadores de toda la vida acudieron a darle la bienvenida y sus mujeres lo abrazaron como al hijo

pródigo que volvía al hogar.

–Bill y Adah vienen a comer mañana –anunció Sandy–. Y Darren y su mujer, Lucy, vienen a cenar. Están encantados de que hayas vuelto.

Jake se quedó petrificado. ¿Sus suegros y su cuñado? ¡Aquello era demasiado!

–Te dolerá durante mucho tiempo, hasta que encuentres dentro de ti el perdón que ellos ya te han dado –le dijo su madre en voz baja–. Yo soy experta en odiarme a mí misma, ¿sabes? Y tú, lo quieras o no, eres mi hijo –añadió al ver que Jake la miraba sorprendido–. Si quieres, hablamos luego –concluyó al llegar a la cocina, donde los esperaba una tetera y un bizcocho de chocolate.

Jake no contestó porque jamás se le hubiera ocurrido que su madre lo iba a entender tan bien.

–Encantado de que hablemos –le sonrió.

# Capítulo 12

Hola, Jen –dijo Jake–. Supongo que ya creerías que no iba a venir jamás.

Por fin, tras casi una semana en el rancho, había visto a todo el mundo, había trabajado su tierra e incluso estaba en paz con su familia política.

Por fin, había tenido tiempo aquel día a última hora de la tarde para ir a verlas.

A Jen y a Annabel.

Les había llevado un ramito de flores a cada una, una manera de pedir perdón por haberlas tenido tanto tiempo abandonadas. Él, que había creído que iba a encontrar las tumbas llenas de hierbajos, testimonio de su negligencia, las había encontrado muy cuidadas.

Obviamente, su hermana Sandy se había encargado de que no cayeran en el olvido.

–Me alegro mucho de que Sandy se haya ocupado de vosotras. Yo he estado mucho tiempo fuera, ya lo sé, pero he vuelto, Jen. Seguro que tú sabías que me iba a ir, ¿eh? Siempre que discutíamos, me decías que era como mi madre. Bueno, pues ya no puedo huir más. Estoy cansado y quiero volver a casa. Quiero quedarme aquí. Me parece verte sonreír porque, como siempre que me pongo nervioso, estoy balbuceando. Laila se partiría de risa si me viera. No se lo creería...

De repente se mordió la lengua. ¿Pero qué hacía hablando de Laila en la tumba de Jen? Pero sonrió de nuevo y se le antojó que era completamente correcto.

–Laila es la razón por la que he venido, Jen. Es una mujer extraordinaria, te caería bien –continuó tragando saliva–. Jen, yo... –dijo, tomando aire y lanzándose a decirle todo lo que no le había dicho a nadie en cinco años–. Oh, Dios mío, lo siento mucho, Jen. No tendría que haberte dejado sola aquel día, debería haberte llevado a casa de tus padres, no debería haber dejado que me convencieras para quedarte sola en casa. Si no hubiera estado pensando en la venta del ganado, en los beneficios que iba a obtener, habría sospechado que ibas a subirte a alguna escalera o a alguna silla para terminar la habitación de Annabel. No sabías estarte quieta, ¿verdad, cariño?

Jake sintió que una lágrima fría como el hielo le resbalaba por la mejilla.

–Lo siento tanto, cariño, lo siento mucho, Jen. Daría cualquier cosa en el mundo por que la niña y tú no hubierais muerto, porque estuvierais aquí conmigo, ella, tú y yo y todos los demás hijos que queríamos tener.

De repente, se quedó callado porque, aunque aquello había sido verdad hasta hacía unos meses, ya no lo era. Había amado a su mujer profundamente y la habría amado toda la vida. Siempre ocuparía un lugar en su corazón, pero no era cierto que estuviera dispuesto a dar cualquier cosa por volverla a tener a su lado.

No, ya no.

–A ti no te puedo mentir, Jen –sonrió entre las lágrimas–. Siempre te querré, lo sabes y, si no hubieras muerto, no estaría pensando ni diciendo esto. No la habría conocido, pero me ha sucedido algo que no creía posible. Voy a ser padre de nuevo, he visto crecer a mi hijo dentro de Laila y he sentido sus patadas y sé que cuando llegué al mundo y me sonría me voy a derretir... exactamente igual que me derrito cuando estoy con ella.

Laila, aquella mujer que llevaba el sol dentro de ella, aquella chica de coleta de caballo, nariz pecosa y boca de piñón que no sabía decir que no y que se había empeñado en devolverle la vida a un vaquero estúpido y cabezota que no quería vivir.

–La quiero, Jen –murmuró Jake–. No lo sabía porque la idea de amar a otra mujer que no fueras tú se me hacía insoportable, pero ella me acepta tal y como soy y me ama. Sí, me ama –sonrió–. Me he pasado años sin querer acercarme a nadie por miedo a volver a sufrir una pérdida. Si no hubiera sido por el niño, a Laila jamás le habría dado la oportunidad de acercarse a mí. Me abrió su corazón y, aun así, yo seguí distanciándome. Me lo ha dado todo y nunca me ha pedido nada a cambio. Si no la hubiera sorprendido un día en las cuadras, a lo mejor se habría ido sin decirme nada del embarazo y, entonces, no estaría aquí ahora contigo, no habría vuelto a casa. Lo he hecho por ella. Vuelvo a ser yo de nuevo por ella –añadió, tomando aire–. La necesito, Jen, la necesito a mi lado, necesito que sea mi esposa y la madre de mis hijos. Estoy seguro de que lo entenderás. Annabel y tú siempre estaréis aquí, con nosotros –concluyó, colocando las flores en los floreros.

A continuación, pasó los dedos sobre las letras doradas que había en la lápida de mármol. Jennifer Connors Sutherland, amada esposa y madre. Annabel Adah Sutherland, amada hija.

Jake era consciente de que jamás las olvidaría y que, gracias a la mujer que

lo amaba, no tendría que hacerlo nunca porque Laila aceptaba que su primera mujer y su primogénita siempre formarían parte de su corazón, de su existencia y de la vida que decidiera llevar.

Y la vida que decidía llevar era una vida con Laila, aquella mujer alegre, adorable y cabezota que lo amaba con todo su corazón.

–Volveré –prometió ante las tumbas–. Esta vez, para quedarme.

Sin volver a la casa principal, decidiendo que llamaría por radio a su familia para prometerles lo mismo que les acababa de prometer a Jen y a Annabel, corrió hacia la avioneta.

–Gracias, Laila, no sé qué habría hecho sin ti –dijo Dave Randall al dejar a Laila en Wallaby.

Aquella tarde, Laila había ayudado a Tilda Braun, que se acababa de quedar viuda con cuatro hijos, a esquilar a sus ovejas, un trabajo arduo y complicado.

Últimamente, a todo el mundo le surgían trabajillos para ella y Laila estaba encantada de tener el tiempo ocupado. Así, cuando volvía casa por la noche estaba tan agotada que apenas tenía fuerzas para pensar en Jake.

–Laila –dijo una voz desde el porche.

Laila se dio cuenta al instante de que era Jake.

Jake había vuelto.

Jake había vuelto y avanzaba hacia ella lentamente, bajo los colores del atardecer, mirándola fijamente a los ojos como, si a pesar de que estaba cubierta de barro, estuviera preciosa.

Al llegar frente a ella, se quedó mirándola a los ojos y arrugó la nariz.

–Hueles fatal –sonrió.

Fue aquella una sonrisa sencilla y verdadera.

Por fin.

Aquél era el hombre que Laila había querido conocer desde el principio.

–He estado esquilando ovejas toda la tarde –le explicó.

Jake sonrió y le acarició la mejilla con dulzura.

–Ésta es mi mujer. No tiene ni idea de cocinar, no sabe la diferencia que hay entre una aspiradora y un tractor, pero está siempre dispuesta a meterse en el barro, y nunca mejor dicho.

Laila se quedó mirándolo, estupefacta, y comenzó a toser. De repente, se vio entre sus brazos pues Jake le estaba dando palmadas en la espalda y

besándola en las mejillas para borrar los rastros de sus lágrimas.

—Sí, he dicho que eres mi mujer —le dijo al oído—. A pesar del olor a oveja que traes. Cree en mí, Laila —añadió, besándola con amor.

Laila, mareada y feliz, lo besó también con todo el amor que llevaba guardado en su corazón desde hacía tanto tiempo.

Cuando Jake se apartó, Laila dejó caer la cabeza sobre su hombro y se quedó escuchando su corazón.

—Estoy aquí, Laila, he vuelto y no pienso irme a ningún sitio sin ti —le aseguró—. Bueno, tal vez a alguna feria de ganado, pero no hasta que hayas dado a luz y este chiquitín tenga cierta edad y tú hayas terminado tus estudios —añadió, acariciándole la tripa—. Pareces cansada, cariño —murmuró—. Me han dicho que no duermes mucho últimamente. Espero que no hayas estado llorando. Te dije que volvería.

—Jake... —contestó Laila, mirándolo, esperanzada.

—¿Necesitas oír las palabras? Cree en mí, Laila. Cree en lo maravillosa e increíble que eres, eres una mujer digna de amor. Créelo, exactamente igual que siempre creíste que podrías sanarme. Tenía miedo de perderte y estuve a punto de hacerlo, pero ya he perdido ese miedo —le explicó con una tierna sonrisa en los labios—. Creo que te he querido desde el principio, exactamente igual que tú a mí. Eres muy inteligente, ¿sabes? Me enviaste a Burrabilla para que me enfrentara a mis fantasmas, pero mis fantasmas estaban en mi cabeza. Todo el mundo me había perdonado excepto yo. Tenía que volver a casa para ver lo que tú ya sabías, que dejar atrás mi antigua vida y mi otro amor era un deshonor para la memoria de Jen —añadió, besándola—. ¿Te quieres casar conmigo, Laila? ¿Te quieres casar con el idiota que te dejó embarazada y era tan tonto que no se daba cuenta del tesoro que tenía?

Lo había dicho con un brillo especial en los ojos, unos ojos llenos de amor por ella.

—Oh, Jake...

—He conseguido que tu familia se fuera a cenar a la ciudad, pero no creo que tu padre aguante mucho. Yo diría que tenemos unas dos horas antes de que vuelvan —le explicó Jake.

Laila sonrió y asintió.

—Te he preparado un baño de espuma y Marcie te ha dejado preparada una cena digna de una princesa. Mientras te la sirvo, báñate, lávate el pelo, cámbiate de ropa y baja a cenar. Me niego a que me des el sí quiero cubierta de barro y excremento de ovejas —se indignó.

Y para demostrarle lo indignado que estaba, la volvió a besar.

# Epílogo

*Bathurst, tres años después*

Laila Sutherland.

Al oír su nombre, varias filas estallaron en aplausos y ella, con el birrete y la túnica, subió al estrado, muy sonriente.

Licenciada en Veterinaria.

Lo había conseguido.

Habían pasado el último año en Bathurst, estudiando muchísimo, y al día siguiente volvían una Burrabilla.

Volvían a casa.

Tras aceptar el título que el decano le entregaba, se giró y sonrió con aire triunfal, mirando a su gente. Allí estaban su padre y Marcie, casi puestos de pie, May, que no paraba de saludarla y de sonreír, Drew y Glenn y Aaron y Sandy, todos de pie, silbando y aplaudiendo con orgullo.

Jimmy también había ido y silbaba y aplaudía como un loco con su última novia, Chelle o Shana o algo así, sentada a su lado. Danni y Jodie también habían querido compartir aquel día con ella.

Incluso Dave Randall había ido desde Wallaby en un día tan especial para ella. Gracias a él, había aprendido un montón durante los seis meses que habían permanecido en el rancho antes y después del nacimiento de Ally.

Al principio, le había costado compaginar la maternidad con los estudios, pero Jake había insistido en que lo hiciera, prometiéndole que estaría siempre a su lado y que se encargaría de todo.

Y eso era exactamente lo que había hecho durante el último año, se había encargado absolutamente de todo, de la niña, de la cocina y de la limpieza mientras Laila se concentraba en su último año de carrera.

Laila miró hacia la primera fila, donde estaba sentado su amado Jake con su adorable hija, Ally Jennifer Sutherland, de pelo oscuro y ojos azules en el regazo.

Cuando, tras dieciséis horas de parto, el doctor Broughton había anunciado que era una niña, Laila estaba demasiado cansada para sorprenderse y

demasiado feliz con su hija recién nacida en brazos como para que le importara.

Jake había caído rendido a sus pies desde el primer momento, pero eso no le impedía tomarle el pelo a su mujer, que no había acertado el sexo del bebé.

Constantemente le pedía que vaticinara el sexo del niño del que estaba embarazada en aquellos momentos, pero Laila había aprendido la lección.

Desde luego, no era ninguna vidente.

Tampoco lo necesitaba. Se conformaba con ser la esposa feliz de un marido adorable y la madre de la niña más bonita del mundo, además de la nueva veterinaria de Burrabilla.